

HOJAS LITERARIAS

POR

MANUEL SANGUILY

AÑO II.—TOMO IV.—MAYO 31. 1894.—NUM. I.

SUMARIO

- I—UN GRAN ORADOR CUBANO.—(*Rafael Montoro, sus discursos y su política.*)
- II—PROPÓSITOS DEL GENERAL NARCISO LÓPEZ.
- III—LAS DOS PROCLAMAS.—(*Apéndice.*)
- IV—SOBRE EL HALLAZCO DEL SR. LA BARRA.—(*Carta al Sr. D. Enrique J. Varona.*)
- V—LA ASIMILACIÓN Y LA AUTONOMÍA.
- VI—IMPRESOS RECIBIDOS.



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
SAN IGNACIO, 24, altos
HABANA

NOTA

Este periódico constará de 64 páginas. El presente número es extraordinario.

A. Miranda y C^ª—Impresores

COMPOSTELA 69-TELEFONO 280.

HOJAS LITERARIAS

POR

MANUEL SANGUILY

AÑO II.—TOMO IV.—MAYO 31. 1894.—NUM. I.

SUMARIO

- I—UN GRAN ORADOR CUBANO.—(*Rafael Montoro, sus discursos y su política.*)
- II—PROPÓSITOS DEL GENERAL NARCISO LÓPEZ.
- III—LAS DOS PROCLAMAS.—(*Apéndice*)s
- IV—SOBRE EL HALLAZCO DEL SR. LA BARRA.
—(*Carta al Sr. D. Enrique J. Varona.*)
- V—LA ASIMILACIÓN Y LA AUTONOMÍA.
- VI—IMPRESOS RECIBIDOS.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

SAN IGNACIO, 24, altos

HABANA



UN GRAN ORADOR CUBANO

(*Rafael Montoro, sus discursos y su política*)

*La crítica, al cabo, es una de
las formas del combate.*

R. MONTORO.

I

EL libro voluminoso¹ en que el entusiasmo y la generosidad de un ilustrado peninsular, el Dr. D. Antonio González Curquejo, acaba de publicar muchos trabajos diversos del señor don Rafael Montoro, los cuales andaban dispersos en revistas ó sepultados en

¹ *Discursos políticos y parlamentarios, informes y disertaciones*, por Rafael Montoro,—Diputado á Cortes—1878-1893.—Filadelfia.—La Compañía Lévytype, impresores y grabadores.—1894.—506 págs. in 4º

diarios y periódicos, acaso olvidados unos, corriendo todos el riesgo de perderse,—evoca los últimos contrastados quince años de la historia de esta isla, y sobre ellos, como un pedestal de gloria, coloca, á la vista del lector maravillado, á un hombre de dominadora prestancia, sereno y majestuoso como un inmortal, cuya dulce mirada parece sondear tranquilamente las espesas tinieblas del porvenir, y cuya frente soñadora resplandece, como al fulgor de triple corona, por la virtud, la sabiduría y la elocuencia.

El libro es defectuoso, considerado como obra de tipografía: está cundido de erratas y resulta demasiado pesado y muy poco manuable; pero así y todo honra al editor, que ha prestado un servicio á nuestra política y nuestras letras, así como á la grande y legítima reputación de un cubano insigne, salvando del olvido trabajos suyos de verdadero mérito, y facilitando con la impresión de otros, los más numerosos y significativos, cuantiosos elementos de enseñanza provechosa, fuente caudalosa de in-

formación, á los que deseen estudiar, por alguno de sus aspectos, un período largo y difícil de nuestra vida política, económica y moral, y muy principalmente á los hombres conocidos y la turba de los desconocidos que allá muy lejos, en un medio social é histórico distinto del nuestro, nos mandan sin conocernos, invocan nuestra ventura para hacernos desgraciados y como decidieron del curso de nuestro pasado con todos sus infortunios y calamidades, disponen aún á su albedrío de nuestro presente ensombrecido de angustias y desasosiego y, por lo mismo, preparan también un porvenir tan confuso como temeroso, si no triste y miserable.

La colección no es ni sin grandes erogaciones hubiera podido ser completa. Montoro ha estado escribiendo, como redactor del periódico que, bajo diferentes denominaciones impuestas en los conflictos con la censura y la ley de imprenta, ha sido y continúa siendo el órgano oficial de su agrupación política, durante quince años, casi diaria-

mente, extensos, variados y muy notables artículos de la sección de fondo, así de doctrina como de polémica y, en ese mismo espacio de tiempo, ha subido á la tribuna incontable número de veces. Si todos esos trabajos se hubieran conservado é impreso en volúmenes, serían éstos más de quince probablemente, por lo menos uno por cada año transcurrido, y mostrarían constancia infatigable, vigorosa resistencia en el trabajo, fecundidad pasmosa, y más que todo la sencilla y admirable devoción que ha ofrendado sin violencia sazonados frutos de la actividad, del estudio y de la perseverancia, á la obra anónima de la propaganda colectiva de un periódico de partido.

Basta, sin embargo, con los materiales de tan diferentes géneros que en el macizo tomo se contienen, para adquirir idea cabal de las múltiples, extraordinarias aptitudes, de las condiciones morales é intelectuales, de los caracteres distintivos que adornan y realzan la personalidad del conspicuo cubano.

La obra consta de un *Prólogo* perje-

ñado por la correcta pluma del cuidadoso y atildado escritor, Sr. D. Ricardo Del Monte; de *Dos palabras del Editor*, en que se reproducen y prohijan párrafos entusiastas de un artículo que el Sr. D. Gastón Mora, distinguido redactor de *La Lucha*, había publicado en *El Figaro*, anunciando la impresión del libro y para honrar merecidamente á su ilustre autor; y de los trabajos coleccionados, que se distribuyen en cuatro partes, bajo rubros especiales. La primera se compone de los *Discursos Políticos*, en número de diecinueve, y que fueron pronunciados en ocasiones solemnes, desde 1878,—ya en festividades políticas ó para conmemorar los aniversarios sucesivos de la fundación del Partido Liberal; ya en momentos críticos y muy graves en la marcha de éste, como al celebrarse la Junta Magna que en 1882 provocaron los excesos del gobierno contra los derechos de los liberales y la legitimidad de su propaganda; ora en distintos lugares de la isla, como comisionado de la Junta Central de su partido; ora en el Con-

greso de los Diputados, como representante de los autonomistas del Camagüey.

Constituyen la segunda parte cinco *Informes* sobre interesantes sucesos ó problemas, principalmente sobre la situación económica del país, el arancel y el convenio de reciprocidad comercial con los Estados Unidos, repletos de datos, y en los cuales se exponen y sostienen sólidas doctrinas y se adoptan y proponen reformas convenientes y necesarias á fin de prevenir desastres inminentes, ya que no la ruina más ó menos próxima de la industria y la agricultura de esta isla. Después de otra sección de *Trabajos Jurídicos*, en que se insertan tres disertaciones acerca del derecho hereditario del cónyuge supérstite, sigue la que con el título de *Miscelánea* es la más variada y donde aparecen algunos prólogos, artículos de crítica y discursos, casi todos académicos, hasta el número de veintiuno, entre los cuales resaltan la interesante reseña de los méritos y las tareas de la Real Sociedad Económica de la Habana, y la soberbia

conferencia sobre *La Música ante la Filosofía del Arte*.

Esa personalidad sobresaliente, tan bien dotada, tan rica y tan multiforme, se manifiesta, pues, á primera vista bajo los aspectos del periodista, del crítico, del economista, del político, y más esencial y característicamente del orador. Todas sus cualidades y condiciones han concurrido, junto con sus antecedentes, el medio en que se ha movido y actúa, y el momento en que aparece en la escena pública de su país, para producir el orador, tal como le hemos oído y admirado, tal como lo muestran las conferencias y los discursos ahora juntos é impresos por primera vez. Entre las páginas del prologuista y las del editor, insertó una breve y modesta *Advertencia Preliminar*, en que estampa una frase sencilla que, sin haberlo querido, aquilata el mérito insigne de su obra al mismo tiempo que su propia personal significación y superioridad. «*Muchos de los trabajos que este tomo comprende corresponden á la historia de la colectividad,*» dice él en los momentos en que es-

cribe con delicada humildad una explicación de las circunstancias en que consintió la publicación de sus trabajos, la que más parece el deseo de recomendarse con una excusa de la timidez á la benevolencia del lector; y no obstante, con aquella expresión manifestó precisamente los timbres de su personalidad política y el valor permanente y específico de su acción pública, sus merecimientos y su influencia durante tres lustros.

Por su organización es un orador; por las cualidades de su estilo, por el influjo que sobre ellas tuvieron sus modelos de Madrid, por su amor á España, por su inspiración constante alimentada en el anhelo del bien y la gloria de su nacionalidad y de su raza, es un orador español, pero modificado por la acción del ambiente cubano, por su extensa cultura, su buen gusto, su mismo carácter personal y la continua lectura de autores ingleses. Por sus aspiraciones políticas, su consagración á la defensa del programa y á la propaganda de los principios é intereses del Partido Libe-

ral, es un orador autonomista. Síntesis y encarnación de tantos elementos, por esas mismas condiciones suyas, por sus cualidades, sus móviles, sus servicios públicos y su elocuencia, es un gran orador. Un examen imparcial de sus discursos, de las circunstancias que los motivaron y de la inspiración que los anima, no habría de escatimarle puesto honroso entre los verdaderos oradores del siglo.

Entre los mejores de España sería difícil asegurar que alguno le supera en absoluto, y mientras Cuba no ha producido otro de tan altas facultades, la América latina no puede enorgullecerse con ninguno que se le compare.

II

En plena adolescencia fue llevado Montoro á la Península donde amplió y completó sus estudios. Rodeado constantemente de oradores, viviendo junto á ellos, oyéndolos sin cesar en el Ateneo de Madrid y en el Congreso, su discípulo aprovechado primero, compañe-

ro distinguido suyo más adelante, adquirió por tal manera la cualidad esencial, el estilo de su discurso, que así se emplee en los problemas metafísicos, en las letras y las artes, lo mismo que en los asuntos de economía y de política, es siempre oratorio. Manejando con maestría una lengua sonora y majestuosa, educado en la escuela de los oradores más verbosos, en medio de una sociedad que tributa sus aplausos más apasionados á la facundia, aun cuando sea vacía y de mera hojarasca,—su oratoria se distingue por la riqueza del vocabulario, los períodos numerosos, la cadencia y la pompa. Siempre su entonación es grave, y sus disertaciones todas se desenvuelven con la naturalidad y la amplitud de un oleaje que rara vez se enfurece y en-crespa.

En cambio de esas como cualidades españolas y latinas, su gusto depurado, la seriedad de su inteligencia y su carácter y el estudio de las obras superiores de los oradores ingleses, le hicieron desechár los excesos é intemperancias de

sus modelos peninsulares, rindiendo, en contraste con ellos, culto apasionado á la claridad del concepto y á la verdad del pensamiento, antes que á la forma musical ó brillante, aunque vana, insustancial y vacía. Naturalmente tenía que inclinarse y decidir sus preferencias, su propio modo de ser mental, la condición misma de su entendimiento y su fantasía. No podría yo decir si por idiosincrasia ó por su dedicación á los estudios filosóficos en los años de su primera juventud, ya que no contribuyeran ambas circunstancias de consuno; pero es lo cierto que por lo general, hablando ó escribiendo, emplea el lenguaje directo, las palabras abstractas. Su imaginación no es pictórica, rara vez usa los tropos, el lenguaje figurado, á virtud del cual las palabras parecen vivir, ó se destacan, en su animación y colorido, como los seres, como las cosas mismas que sugieren ó recuerdan. Al contrario, como si lo tuviera por artificio innecesario y se avergonzara de emplearlo, como si temiera que una alegoría pudiera hacer sospe-

chosa su sinceridad y comprometiese la seriedad de su ministerio de apóstol honrado, previene en su caso al auditorio que va á emplearla, como para advertirle que lo hace á modo de simple recurso, en la mira de patentizar mejor sus ideas. Sólo esta conjetura explicaría la cláusula siguiente que leo en un discurso suyo de la Caridad del Cerro (p. 33):

«Si hubiera de expresar por medio de un símil mi pensamiento, diría que venimos á la vida pública al amanecer de un hermoso día, de aquel en que la paz y la libertad, tras de largo ostracismo, volvieron á este suelo».....

En compensación, su plan es ordenado, su exposición es clara, sus ideas aparecen con la transparencia del cristal. Hay frases suyas que son sentencias, precisas, nítidas, donde no puede cambiarse una sola palabra y que brillan así como diamantes,—límpidas, regulares, bruñidas, y reverberando la luz blanca de sus facetas inmaculadas. Podría reunirse en un florilegio multitud de esos apotegmas que parecen fundidos en un crisol, que revelan có-

mo la mente poderosa que los concibió sin esfuerzo, se caracteriza por la propiedad de cristalizar el pensamiento.

Su imaginación es más bien del tipo visual; se impresiona ante la magnitud de las masas terráqueas y la extensión del espacio, ante el mar y las montañas, y sólo con estos elementos comunmente construye sus alegorías. La imagen de las ascensiones alpinas y de los viajes transmarinos le facilitan los términos de sus más vivaces comparaciones,—la primera para hacer notar la angustia de una difícil jornada y la satisfacción que se siente al rendirla tras peligros y fatigas; y la segunda para significar la fe, la constante vigilancia y la resolución serena que hacen que el nauta, aun en las sombras de la noche ó en medio de horrible vendabal, busque siempre el puerto y llegue al fin á alcanzarlo.

Con tales cualidades es natural que sólo haya de conmover y electrizar los ánimos las pocas ocasiones en que él mismo se exalte y se conmueva,—cuando sus ideas estén caldeadas por algún

hálito encendido de cólera ó enardecidas de justa y profunda indignación. Entonces sí produce en su auditorio impresión profunda, y entonces también es el verdadero y el grande orador cubano, el verbo incomparable de los dolores, de las angustias, de la ira de su pueblo, el corazón en que repercuten las agonías y los inefables tormentos de otros corazones hermanos, la ardiente palabra en que resuenan los votos secretos, las esperanzas tenaces, las maldiciones de la patria desconcertada y herida.

Su fantasía es principalmente constructiva. El lineamiento de sus mejores discursos resulta intachable. Concibe su plan como el armonioso desenvolvimiento de una ó de varias ideas capitales, y los párrafos castizos, elegantes, ámplios, vigorosos y rítmicos van cayendo como los pliegues del manto sobre los contornos de la estatua de mármol, van siguiéndose como una ola tras otra hasta la playa arenosa, pero resonando como compases de una inmensa barcarola, como si en cada una,

muellemente balanceada, misteriosa sirena entonase su seductora canción. Mientras no se emociona, mientras solamente expone sus doctrinas, lo que en él admira es la corrección junto con la facilidad; la elegancia junto con la riqueza, el giro torneado de las frases, la espiral de los párrafos, la ondulación cadenciosa, esa facultad asombrosa de emitir períodos perfectos como por instinto, á la manera que emite el ruiseñor sus mágicos trinos. A veces sus giros, la ondeante y flexible construcción sintáctica, la série de párrafos soldándose sin esfuerzos unos á otros, como las vértebras prodigiosas que, disimuladas bajo la piel, se amoldan á todas las sinuosidades de la matizada sierpe, me obligaban á alzar los ojos para seguir el vuelo del águila serena que se cernía majestuosamente y unas veces en el mismo plano, otras ascendiendo tranquila, trazaba en los aires magníficos arabescos de oro. Sus excelencias artísticas aparecen á toda luz en su conferencia admirable sobre *la Música ante la Filosofía del Arte*, que tuve la delicia de oírle en el

teatro de Payret y ahora se incluye en la colección. Dos pasajes del elegantísimo discurso son ya entre nosotros famosos. El uno de ellos produjo conmoción muy honda en el concurso. Fué cuando recordaba «la emoción indescriptible» que le produjo *El lamento del esclavo* de Espadero, la primera vez que lo escuchó en Madrid en uno de los magníficos conciertos de Monasterio;... pero dejémosle por un momento la palabra:—«Un silencio profundo reinaba » al acometer aquella incomparable or- » questa los dulces plañideros preludios. » Y una emoción inmensa, indescripti- » ble se apoderaba insensiblemente de » cuantos estábamos allí, á medida que » el tema se desprendía y desarrollaba, » intenso, profundo, doliente como el alma del infeliz cautivo, y la melodía » penetraba en el corazón, y el período » musical, grave y sonoro, se recogía y » replegaba, al término de maravillosa » evolución, como las olas anchas y azu- » ladas que, al caer la tarde, se retiran » murmurando de nuestras playas. Y » cuando el público todo, arrebatado y

» conmovido—con una tempestad en el
» corazón y lágrimas de entusiasmo en
» los ojos—aclamaba al compositor y á
» la orquesta identificados en aquel su-
» premo esfuerzo musical, recuerdo que
» al conjuro de la prodigiosa melodía
» parecíame ver en el horizonte, real,
» presente, tangible, el suelo de la patria
» con los esplendores de su incompara-
» ble naturaleza y las densas sombras
» de sus incomparables infortunios».

El otro trozo, en todos sentidos muy superior al anterior, es uno de los mejores, iba á añadir, de la tribuna moderna, y me arrepiento, porque me atreveré á decir, de la tribuna de todos los tiempos. Es el párrafo final del mismo discurso. Seméjase mucho á la peroración conmovida y nerviosa de la espléndida conferencia de Enrique Piñeyro sobre *Dante y la Divina Comedia*. Fuera de esta reminiscencia no creo que nadie en lengua castellana haya pronunciado párrafo ninguno, no digo superior, que pueda siquiera comparársele airoosamente. Castelar que es tan asiático, tan exhuberante no lo hu-

biera podido hacer por lo mismo. Esa corrección de líneas, esa magnificencia; esa melancolía profunda; la gran visión de las tristezas y las ruinas humanas; la fe en los prodigios y la inmortalidad del genio; las pirámides mudas sobreviviendo á los faraones olvidados, la Grecia desaparecida dominando y amoldando á su espíritu inmortal el mundo; la sonoridad, la cadencia, la riqueza severa, la euritmia, consagran esos períodos maravillosos como un monumento de la más alta elocuencia, como un dechado insuperable en nuestro idioma,—de armonía, de elegancia y de majestad.

III

Cuando Montoro regresó á Cuba, tras larga ausencia, abriánse nuevos horizontes á la actividad intelectual y al patriotismo. Por medio de un convenio había cesado la guerra, que parecía interminable. El país, ansioso de paz, vió iniciarse un período de regeneración y de libertad. Las promesas eran halagadoras; pero nada ni nadie garantizaba en modo ninguno su cumplimiento.

El pasado debía desaparecer; pero nadie sabía en que forma y condiciones habría de subrogarlo un nuevo régimen definitivo. Todo el viejo edificio estaba minado y ruinoso; pero estaba todavía en pie. La Revolución había zapado sus cimientos, mas no pudo echarlo abajo por completo, como se había propuesto hacerlo. Era indispensable proseguir su obra interrumpida por la fatalidad; aunque naturalmente por otros medios muy diversos. Un grupo de jóvenes, de antiguos reformistas y de insurrectos veteranos, inspirándose en las necesidades públicas, fundó el partido liberal. Su principio cardinal era la evolución, el progreso pacífico. Su aspiración, constituir el país bajo el lema de la mayor descentralización posible dentro de la unidad nacional. Su postulado necesario, la creencia en la virtualidad de las ideas y en la capacidad de razón y justicia por parte de España. Andando el tiempo la fórmula sería más amplia y más definida á un tiempo: la descentralización se llamaría entonces la Autonomía Colonial. En fren-

te del partido que habría de sustentarla y propagarla, nació á los pocos días otro partido que se denominó conservador ó de la *Unión Constitucional*. Por más que el programa del uno se asemejase bastante en los primeros momentos al del otro, eran sin embargo dos tendencias contrarias que habrían de hacerse cruda é implacable guerra. El partido liberal estaba colocado entre la revolución y el antiguo régimen, entre la resistencia extrema de éste y las éxtimas reivindicaciones de aquella. La revolución quería francamente la libertad sin la soberanía de España. El partido conservador, aunque hipócritamente, sólo quería la soberanía de España sin la libertad. El partido liberal compuso su afirmación suprema con las dos supremas negaciones del antiguo régimen y de la revolución, proclamando la libertad bajo la soberanía de España. Como heredero de la revolución vencida materialmente, su fórmula no podía ser la independencia; pero tenía que ser á la postre la autonomía. Para adoptar ese credo político, para defenderlo y proponerse in-

culcarlo en el país, se necesitaban hombres a propósito, cuyo estado de espíritu fuese especial; y para impartirle fe, para creer en su eficacia y su realización, era preciso un optimismo demasiado fervoroso, sobre todo confianza invencible en la cordura, el desinterés, la previsora justificación de la Metrópoli. Era indispensable interesarse por Cuba, ansiar la libertad y al mismo tiempo amar sinceramente á España. Y requeríanse también grandes condiciones, una preparación difícil, estudios profundos de historia política y de historia colonial, ilustración muy vasta, conocimientos muy variados, dominio de las ciencias sociológicas, de la economía política. Ibase á luchar desde el primer momento. Forzoso era aumentar la hueste, prepararla, disciplinarla; la empresa revestía los caracteres de una verdadera conquista. Necesitábase, para ser, para vivir, para influir en la sociedad, triunfar muy pronto en los comicios; mas para eso, para sumar votos, para competir ventajosamente con el adversario que disponía de la influencia

oficial, de la tradición y del uso inveterado de su predominio hasta entonces incontrastable, debíase previamente captar las almas. El español estaba dominado, en su estrecho espíritu mercantil, de oscas prevenciones y tenía fijado de antemano su derrotero. El cubano se encontraba en una situación moral muy complicada,—fluctuaba indeciso entre la duda y la esperanza; palpaba el triunfo de las armas españolas; pero no podía tampoco avenirse todavía á considerar desvanecidas de una vez las magníficas promesas de la Revolución. ¿Quién entonces tenía suficiente fe en la libertad, confianza en la realización del derecho, interés por Cuba y amor á España? ¿Quién en vez de rencor traía el corazón henchido de esperanzas? ¿Quién estaba dotado de ciencia, de convicción, de elocuencia para aconsejar con acierto, dirigir con entereza y predicar con éxito? El único sin duda de aquel grupo compuesto de diversos elementos, y enaltecido por grandes méritos y cualidades, era no obstante, Montoro, que personificaba, aunque todavía modestamente,

la España nueva, la moderna sociedad originada en la Revolución de Septiembre, y por esa conveniencia y concordancia de sus condiciones con las necesidades de los nuevos tiempos y el carácter conciliador de la doctrina nueva, muy pronto fué el guía, el maestro, el alma y el verbo del partido autonomista.

El perenne debate, la vieja pugna de encontrados principios sólo se había modificado en cuanto á la naturaleza de las armas y al terreno de la batalla; pero era, tenía que ser, es todavía y será por mucho tiempo adelante una gran batalla, con sus jornadas de insertidumbre, sus días de triunfo parcial, sus escaramuzas continuas, asaltos felices, acometidas y retiradas, bregar incesante en que el humo obscurece el cielo, la noche muchas veces sepulta en tinieblas el horizonte relampagueante, sin que los ojos ansiosos del soldado perciban nunca el término, la hora ansiada de clavar la bandera en el último baluarte. Ah! un hombre, no obstante, el único probablemente, vé á lo

lejos el día de la gloria, y si flaquea también alguna vez, muy pronto se iergue de nuevo, extendiendo la diestra poderosa hácia la confusa y brumosa lejanía; mientras de sus labios vibrantes brota un raudal de mística leche para curar las abiertas llagas de sus compañeros y alimentar en su corazón la esperanza que vacila sin calor ni luz, como la llama amarilla y oscilante de un cirio funerario. Y á ocasiones se pone á la cabeza de la hueste reanimada, avanza serenamente, se adelanta atrevido, penetra solo entre la turba asombrada de contrarios,—como Héctor en medio de los griegos espantados—y con fuerte brazo los derriba, abolla los escudos enmohecidos, parte las lanzas sangrientas, quiebra los yelmos mal seguros, siembra el campo de despojos, á los repetidos golpes de su clava de oro, que traza en sus giros coronas de relámpagos que ciñen como un halo de gloria la frente olímpica del caudillo.

Porque en la tribuna no es Montoro propiamente un expositor; sino un polemista. En esta condición suya es

donde veo la influencia profunda y la influencia en algún sentido deletérea que han ejercido sobre él el Ateneo de Madrid y la vida de la Côte. Allí, en aquel centro, la disquisición hablada, improvisada, la discusión de todas las ideas, en un palenque que á todas por igual se abría, engendraban el escepticismo, desenvolvían las facultades dialécticas, enseñaban el pró y el contra de todos los problemas, de todos los principios, produciendo así una escuela de sofistas. ¿No explicará esta circunstancia, reforzada por la vida peculiar de Madrid, exterior y callejera, por la afición musical de los españoles, que se encantan y transportan ante las armonías de la palabra, su desdén por la seriedad y exactitud del pensamiento, la común frivolidad de sus oradores y las continuas apostasías de sus políticos, que sin embargo conservan la popularidad y se perpetúan en el poder, siquiera lo asalten ú obtengan periódicamente?

Ello es que Montoro, formado allí, desenvuelto allí, es un polemista formi-

dable, y es sobre todo un polemista. Condicionado por aquellas influencias, actuando en un medio agitado por la lucha de las ideas, sus discursos políticos tenían que ser y son por lo mismo polémicos,—la afirmación de los principios liberales, la defensa de la Autonomía Colonial, la solicitud, mientras se realiza esta fórmula que se tiene por salvadora, de reformas indispensables;—pero triturando los argumentos conservadores, combatiendo las pretensiones conservadoras, denunciando todos los abusos, desenmascarando todas las añagazas, evidenciando las falacias y los errores que aparecían, que aparecen en el camino, para dificultar, para estorbar la marcha desembarazada de su partido y el triunfo definitivo de sus doctrinas.

Y así debían ser y han de ser esos grandes discursos. Así realizan sus nobles fines, y así también adquieren valor real y efectivo y despiertan el interés del pueblo. Si no fueran así seguramente que parecerían demasiado áridos á veces. La cualidad dominante

de Montoro, esa expresión sencilla y abstracta de las ideas, en momentos de mera exposición, sin estar emocionado ni poder estarlo el orador por el ardor de la disputa, mantendría indiferente ó frío á su auditorio. Y tanto es así que cuando no está él impresionado, al acabar su oración nada quedó grabado en la mente: se conserva el apacible recuerdo de la delicia puramente intelectual con que se seguía los meandros de su palabra, la marcha solemne de sus cláusulas, el despliegue majestuoso de su discurso. En cambio, si siente, si le inspira alguna gran desgracia, si anubla su corazón el temor de nuevas calamidades, entonces la impresión que produce es honda y duradera. Así sucedió en el elogio fúnebre del Dr. Bruno Zayas, que le oí conmovido, sacudido por momentos como por eléctricas descargas. Ese discurso no está en la actual colección, ni creo que se haya publicado íntegro en otra parte, lo que es realmente muy sensible; pero queda, y está inserto en el volumen editado por el señor Curquejo, el soberbio discurso que

pronunció en el gran *meeting* autonomista del teatro de Tacón la noche del 22 de Febrero de 1892, que por la sola emoción que él sentía, por la sinceridad, por la franqueza de sus declaraciones, por la sorda y difícilmente contenida cólera del cubano indignado y del autonomista burlado y desmentido por la brutalidad de los hechos, caldeó la atmósfera de la vasta sala, enardeció los corazones, crispó los puños, arrugó los entrecejos, y entre el inmenso concurso, estremecido y delirante, el gran tribuno erguido, radioso, con la mano alzada como si acabará de lanzar contra la protervia y la iniquidad terribles anatemas, semejaba la encarnación magnífica del pueblo cubano que cansado de esperar, desengañado y sombrío, pedía al cielo el valor antiguo para ceñir otra vez y de una vez la arrinconada armadura, y confiar al azar de los combates la honra y el destino de la patria!

(Continuará).



PROPÓSITOS

DEL GENERAL NARCISO LOPEZ

EN su número correspondiente al 3 de Septiembre del año pasado de 1893, me invitaba *La Nueva Era*, periódico político de esta ciudad, que dirige el Sr. D. M. Morúa Delgado, á que expusiera mi parecer sobre el carácter de los sucesos ocurridos en nuestro país á mediados del siglo, ya que—en su concepto—«existen todavía muchas dudas respecto del ideal político que animára al general López en su expedición contra el gobierno español en Cuba».

Siquiera por el deseo de corresponder de alguna manera á una invitación que aun siendo por sí misma muy honorífi-

ca se hacía en términos demasiadamente benévolo para esta publicación y la modestia de su autor, me hubiera apresurado á complacer á mi curioso y amable favorecedor, manifestando mi opinión desautorizada; pero no era eso de seguro lo que de mí se pretendía. Yo abrigaba de atrás mi creencia particular, mas no podía apoyarla en pruebas fehacientes; por cuyo motivo preferí buscarlas, pues que presumía que no habrían de faltar, á emitir juicios meramente personales que mantuvieran la legitimidad de la duda ó no hicieran imposible la contradicción fundada. Esta consideración explica y justifica mi tardanza en deferir al honor que se me hacía. Ahora puedo exponer mis creencias sin temor ni vacilaciones; porque tengo las pruebas de que se conforman á la realidad de los hechos.

Descarto desde luego del asunto cuanto se refiera al carácter moral de la vida del general López y de los sucesos en que intervino; porque entiendo que sólo debo contraerme á sus ideas políticas, á su «ideal político», que en

hombre exclusivamente de acción como lo fué él, deben llamarse con más propiedad—«sus propósitos». Por otra parte, no se desprende de su biografía conocida que tuvieran en su ánimo ascendiente poderoso las ideas para decidir las grandes resoluciones que tomó en el curso de su vida. Por algo siempre por su puesto entrarían ellas; que, en todas las situaciones, tienen que actuar, aunque no sea sino muy mínimamente, las ideas en la conducta de los hombres; pero el general López fué más activo que reflexivo; más predominantemente emotivo é impulsivo. Desde la adolescencia no hizo más que pelear, y su iniciación en la carrera de las armas se debió á un estado moral que decidió de su destino. Madurose en las guerras americanas, que fueron guerras civiles, y en la guerra carlista y las violentas contiendas de los partidos de España. Era pues y no podía ser más que un combatiente, un guerrero del tipo español, un paladín de la raza y la escuela del Campeador de la leyenda y el viejo cancionero.

Es verdad que joven aún vino á Cuba, se relacionó con sus naturales y casó con una cubana de familia distinguida. Parece probable que desde entonces le interesara cuanto hiciera relación con esta tierra. Puede ser también que, conforme lo aseguran algunos que estuvieron á su lado y pudieron oírle en la intimidad efusiones del corazón, despertara su indignación de americano hasta entonces comprimida y amortiguada, la más grosera y brutal de las injusticias de España, la exclusión de la isla de Cuba de la representación en Cortes y la despedida descarada é inícua de sus diputados. Ello es que López era entonces Senador del Reino, y aunque no sé si utilizando aquella elevada posición protestó en alguna manera contra el terrible insulto y atropello, parece lo cierto que poco tiempo después pasó á Cuba en donde desempeñó diferentes empleos bajo el mando de Valdés y aun me figuro recordar también que bajo el brevísimo de Ulloa; que durante el de O'Donnell estuvo constantemente en calidad de reemplazo, y al fin conspi-

rando. Si entraron entre sus móviles su despecho y sus agravios por ese olvido acaso nacido de celos ó de rivalidades políticas, si no de su filiación, como amigo de los *ayacuchos*, ó de desconfianza por su condición de americano relacionado estrechamente con la sociedad cubana,—cosas son éstas que ignoro en absoluto, aun cuando se haya propuesto ó sugerido cada una de esas conjeturas por sendos adversarios ó apasionados.

No es posible, sin embargo, concebir que quien se mantuvo tan fiel á la bandera de España y fué tan esforzado en su defensa contra sus mismos paisanos; quien á su sombra derramó la sangre de sus venas por mantener la dominación española en América y el régimen constitucional en la Península, acabara su carrera y su vida en violenta contradicción, combatiendo lo mismo que tan constantemente había sostenido, sin causa racional, sin motivos incontrastables, sin una evolución de su espíritu que habría de llevarle de la devoción á la hostilidad, y de su asiento del Senado

al banquillo del garrote. Ese período fué, sin duda para mí, el de los cuatro años que rigió esta isla el general Don Leopoldo O'Donnell. Mas ¿fueron todos los motivos enumerados más arriba los que actuaron en su ánimo para decidir su conversión, ó algunos de ellos solamente? La explicación que en su *Bosquejo* patrocina y tan terminantemente expone D. Mariano Torriente me parece cruel en tanto grado como tosca. Lo que sí aparece á primera vista es que López empleaba su actividad particular, en aquella época, como quien no piensa regresar más á la Península. Sus varios proyectos para asegurar la subsistencia, tienen todos algún carácter de estabilidad, quiero decir, de obras intentadas por quien muestra estar resuelto á residir siempre en el país. Luego, eran sus relaciones con éste íntimas y afectuosas. Su amigo y compañero en Trinidad fué un joven, D. José Sánchez Iznaga, de abolengo revolucionario. Allí al cabo conspiraban ambos. El modelo político del mozo tenía que ser la América emancipada. Su pretensión debía ser la

independencia. D. José Aniceto Iznaga, tío carnal suyo, era un conspirador decidido por la independencia desde 1822. Y Narciso López, que la había combatido tan constantemente, no tendría de fijo en su mente otro tipo de la separación territorial de colonias de España que la independencia en la forma y manera como la realizaron los pueblos americanos del continente. Por otra parte, los Iznagas eran propietarios, debían sentir de un modo análogo á los demás propietarios, y ya desde 1846 la idea de la anexión, nacida de la presión continua que ejercía de una ú otra manera Inglaterra sobre España para suprimir la Trata, y del temor á los progresos de la activa propaganda que hacían los abolicionistas ingleses para suprimir la esclavitud, susurraba en el oído de los hacendados y agricultores cubanos las promesas más deslumbradoras. A más de esto, habían nacido no vanos temores de que los ingleses ocuparan á Cuba, proyecto que asomó terriblemente en aquella época, y con ello terminarían la trata primero y no mu-

cho más tarde la esclavitud, arruinando de camino á los propietarios. Y para acrecer la inquietud y hacer más sombría la desconfianza, la revolución francesa de Febrero de 1848, menos de dos meses adelante, realizó la abolición de la esclavitud en sus posesiones. Mientras tanto los Estados Unidos eran presa de agitación profunda y ponían en práctica una política agresiva y ambiciosa de conquista. México acababa de dejar entre las garras del águila rapaz casi la mitad de su inmenso territorio, al tiempo mismo que todos los anhelos, todas las concupiscencias, todos los cálculos, se fijaban en la isla de Cuba.

En la Habana se fraguaban planes anexionistas. Activamente se trabajaba porque invadiese la isla una división de cinco mil hombres al mando del general Worth, entresacados de los voluntarios americanos que se retiraban de México recién mutilado. Narciso López que, por su parte debía sublevarse en las Villas, se puso en contacto con aquellos conspiradores. Vino á la Habana, conferenció con ellos, se comuni-

caron sus mutuos planes y estuvieron de acuerdo en los procedimientos ulteriores. Lo natural es creer que López no procedería desde el principio sino á virtud de algún concierto con los hombres acaudalados de la Habana, propietarios de esclavos y partidarios de la anexión de Cuba á los Estados Unidos.

El plan de López fué denunciado, y sabido es que escapó prodigiosamente, refugiándose en la vecina república del Norte. Allí, en seguida, estuvo en relación estrecha con Gaspar Betancourt Cisneros y su grupo, anexionistas todos¹. También es notorio que López invadió dos veces la isla de Cuba; la primera, en 1850, en que se salvaron accidentalmente los expedicionarios del *Creole* después de ocupar algunas horas á Cárdenas; y la segunda, el año siguiente, que fué un desastre sin ejemplo para la temeraria expedición y su infortunado

1 V. los artículos en inglés, publicados en colección y «Dedicated to the Press and People of the United States, by the Editors of *La Verdad*, A Journal Supported by the patriots of Cuba, for the dissemination of republican principles and intelligence».—New-York—1849.

caudillo, el cual aun en el tablado de su patíbulo no mostró estar desengañado por completo, sino antes bien se mantuvo firme en la persuasión de que su muerte «no cambiaría *los destinos* de Cuba». No voy á repetir la historia de aquellas empresas. Iznaga dijo más tarde en un impreso que se efectuaron con dinero americano¹. Lo positivo es que sólo cuarenta y nueve cubanos acompañaron á López en la segunda invasión; pero hasta por las declaraciones mismas del papel que circuló su compañero, se tiene que convenir en que los propietarios de Cuba aprontaron gruesas sumas. Carlos Sedano, á quien considero muy bien informado de este asunto, calcula «que no bajarían de un millón de duros»². Por mi parte lo dudo mucho sin embargo, y para convencerme necesitaría de pruebas evidentes; porque—por mucho que mortifique,

1 Esa carta de Iznaga—«*A mis amigos en Cuba—Nueva-Orleans Mayo 4 de 1853*»—se inserta, desde la pág. 50, en el folleto *Páginas para la Historia Política de la Isla de Cuba*, por Juan Arnao,—Brooklyn—1877.

2 *Cuba—Estudios Políticos*.—Madrid—1872—p. 46.

conviene decirlo por justicia y por higiene—la experiencia me ha enseñado que juntos, en alguna forma juntos, son incapaces de reunir los cubanos un millón de pesos en oro contante y sonante, ni para la anexión, ni para la independencia, ni para las reformas, ni para la autonomía, ni para ganar el cielo. Que hagan combinaciones no muy ingeniosas, y emitan bonos, como los emitió el mismo Narciso López, y los emitieron después otros, no lo puedo poner en duda; pero que saquen de la bolsa, diez, cincuenta, cien de ellos, y junten en efectivo un millón de pesos, ah! si yo fuese capaz de creer eso, creería también en el misterio de la encarnación divina. Los considero capaces de tirar individualmente una fortuna, de quemar sus fincas, de arruinar y desolar su país; pero nunca de amontonar oro suficiente precisamente para evitar la ruina y la desolación y hacer digna y eficazmente viables y racionales sus empresas patrióticas.

Dejando pues á un lado la circunstancia de haber sido auxiliado, alenta-

do y sostenido por el dinero y los hombres del Sur, por los esclavistas americanos, y sus relaciones con anexionistas como *El Lugareño*, que al fin se torcieron y acaso decidieron la rota de sus huestes, y de su lastimosa dispersión y triste fin,¹—si Narciso López era sólo *separatista* cuando tramaba la sublevación de las Villas de 1848 á 1849, lo que no basta afirmarlo sin probanza, porque por muchos conceptos es muy dudoso,—ya en 1850 era declarado *anexionista*. Este aserto se comprueba con tres documentos olvidados y muy raros, dos proclamas suyas de aquel año, al salir con la primera expedición en el *Créole*, para entrar á Cuba con una legión de aventureros norte-americanos, y otra del siguiente, cuando se preparaba á zarpar en *El Pampero* en busca de la derrota y de la muerte. Con la mira de prestar un servicio á nuestra historia y para que no se ten-

1 V. el folleto: *Levantamiento en Puerto-Príncipe.—Joaquín de Agüero.—1851.—Estudio Histórico.—(Escrito para La Voz de la América.)—que se atribuye á Juan Clemente Zenea.*

gan por antojadizas mis creencias, público á continuación esos dos testimonios que las corroboran. En la que redactada en inglés dirige á su tropa (*Soldiers of the Liberating Expedition of Cuba*), después de recordar los recientes laureles de la guerra con México, de Palo Alto y Cherebusco, que califica de «inmortales victorias», les dice que van ellos—héroes de aquellas jornadas, ó hermanos suyos y sus dignos pares—á hacer en obsequio de los cubanos lo mismo que por haber realizado en el de sus antepasados un Lafayette y un Kosciusko, son inmortales en la historia, «y por acaso á añadir otra gloriosa » *estrella á la bandera que ondea ante del » mundo todo, sobre «la tierra de los libres » y el hogar de los esforzados*». Aludiendo á la enseña cubana que habían enarbolado, consigna estas expresiones: « Así que esté desplegada al viento en » las playas de Cuba, la bandera en que » *contemplais los tres colores de la Libertad, el triángulo que simboliza la » Fuerza y el Orden, la estrella del futuro Estado*, y las franjas de sus tres

» departamentos, bajo la custodia de
» espíritus ámpliamente poderosos para
» conducirse como en Buenavista al
» combatir cualquier fuerza que le opon-
» ga el detestado gobierno español,—el
» patriótico pueblo de Cuba se unirá á
» vosotros para sostenerla con regocijo;
» mientras dejais detrás número incon-
» table de secuaces ansiosos de pisar
» vuestra huella, bajo la conducta de
» uno de los jefes más eminentes de la
» sin par campaña de México; á menos
» que nos anticipemos ciertamente á
» ellos, consumando nuestra obra es-
» pléndida antes que tengan el tiempo
» de seguirnos». Y al final, prometiéndoles para estimularlos codiciada fortuna, agrega: «Y cuando llegue el momento de reposar sobre los laureles que brinda *vuestra posesión* (wich await your grasp), todos vosotros—así lo espero — estableceréis permanentes y venturosos hogares en el suelo herinoso de la Isla que vais á libertar, y allí gozareis ámpliamente de la gratitud que no es posible que deje ella de ofrendar á aquellos á quienes deberá

» el bien inestimable y sagrado de la
» libertad».

De la otra proclama de 1850 no conozco sino las frases finales por la copia que, juntamente con la anterior, me ha facilitado con desprendimiento que mucho le agradezco mi distinguido amigo el Sr. D. Manuel de la Cruz, el cual tuvo en sus manos los originales, pero sólo tomó de la que dirigía á los «*Habitantes de la Isla de Cuba*» las últimas palabras que no consienten la vacilación en cuanto se refiera á los propósitos anexionistas de Narciso López; y son las que siguen:—.....«y la estre-
» lla de Cuba, hoy opaca y aprisionada
» entre las nieblas del despotismo, se al-
» zará bella y fulgente, por ventura,
» *para ser admitida con gloria en la es-*
» *pléndida constelación norte-americana,*
» **Á DONDE LA ENCAMINA SU**
» **DESTINO**».

Estos dos documentos se publicaron según lo vió y asegura el Sr. Cruz, con el número de *La Verdad* del 27 de Agosto de 1850. Las palabras anteriormente copiadas fueron calcadas ca-

si, en la otra proclama de 1851.¹ Es probable que todas ellas salieran de la misma pluma; pero ya en las frases de 1851 se nota alguna diferencia con respecto á las transcritas de 1850. El párrafo final de la alocución de López, también dirigida esta vez á los «*Habitantes de la Isla de Cuba*», dice así:—

«Habitantes de Cuba! la Patria os llama por mi voz. La ocasión es propicia: el enemigo impotente; el éxito seguro, la gloria imperecedera. Un solo esfuerzo, y caerán convertidas en polvo vuestras cadenas! Venid á mi lado á sostener la bandera de la libertad, y la estrella de Cuba, que brilla en esa bandera, se alzará bella y refulgente, **ya sea para resplandecer con gloria independiente y eterna, ya sea para agregar su luz, si así lo determina el pueblo soberano, á la espléndida Constelación Norte-Americana, á donde parece encaminarla su des-**

¹ El ejemplar que tengo á la vista, procedente también como lo revela el papel, de las prensas de *La Verdad*, me lo ha facilitado y por ello le doy las más cumplidas gracias mi distinguido amigo el Sr. D. Rodolfo Guzmán. A no ser el Sr. Villaverde no sé quien pueda tener otro.

» *tino.*» En 1850 parecía que se disponía de la isla sin consulta de sus habitantes. En 1851 ya se declara que son ellos los que habrán de disponer de sí soberanamente; pero en ambas ocasiones la opinión de López es que, tarde ó temprano, de una ú otra manera, su destino la fuerza á incorporarse en la federación, ó en la confederación americana. La mayor seguridad de sus propósitos anexionistas que revelan sus proclamas de 1850 ha flaqueado en 1851 quizás á impulso de la necesidad de atraerse al grupo de otros separatistas desengañados de los Estados Unidos, y cuya divisa más adelante, pero sólo después del desistimiento misterioso del general Quitman, había de ser la *Independencia Absoluta*.¹

Ambas tendencias, no obstante, persistirán latentes y habrán de asomar todavía en 1868 y 1869. Céspedes enarboló en la Demajagua una bandera distinta de la que empuñada por López

1 Manifiesto de Domingo de Goicuria «A todos los hombres libres de Cuba», fecha en New York, Junio 10 de 1855.

ondeó por primera vez en Cuba el 19 de Mayo de 1850. Pocos meses después discutía la Cámara de Guáimaro sobre cuál había de ser el símbolo de la nueva República que acababa de fundarse, y la escasa fracción que pretendía que fuese la extraña insignia que había tremolado Carlos Manuel de Céspedes fue arrollada por los que, con Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana á la cabeza, hicieron adoptar y proclamar la misma enseña de Narciso López. Zambrana llevó en esos mismos días la voz de la mayoría del cuerpo en defensa de la anexión, y Agramonte, que se acostaba á esa tendencia, había adoptado poco antes, como miembro del *Comité Revolucionario del Centro*, la misma vacilante actitud que asumió López en su proclama, y aun prohijado ideas muy semejantes á las suyas en lo que se refiere al ulterior destino de Cuba.

Mas las empresas de López en 1850 y 1851 eran fundamentalmente esclavistas, como lo fueron el levantamiento inútil de Agüero en Puerto-Príncipe y el alzamiento ineficaz y desastroso.

también de Armenteros en Trinidad, por mucho que gratuitamente se haya pretendido lo contrario.¹ En el extenso y muy interesante «*Manifiesto á los Habitantes de la Isla de Cuba y Proclamación de su Independencia, por la Junta del Gobierno Provisional de L. S. L. D. PP.*», fecha en Puerto Príncipe á 4 de Julio de 1851, y firmado por Joaquín de Agüero y Agüero, Francisco Agüero Estrada, Waldo Arteaga Piña, en momentos de lanzarse con exíguo grupo á una lucha generosa aunque insensata, se confirman las estrechas conexiones de aquel suceso con los americanos que rodeaban á López y á Betancourt y sólo buscaban predominio electoral en su lucha con el Norte por medio de anexiones territoriales y la creación de nuevos estados organizados sobre la base del trabajo forzado; así como la índole esclavista de aquellos movimientos revolucionarios.

1 Villaverde, Juan Manuel Macías, entre otros, y los autores de «*La Question de Cuba*»—Paris—1859, y de la «*Vindicación de los Patriotas Cubanos mal juzgados por «La Revolución» del 8 de Febrero de 1870.*»

En ese documento rarísimo ¹ se declara lo siguiente: «Nosotros, además » de nuestros propios recursos, tenemos » en los vecinos Estados de la Unión, y » en todas las Repúblicas de la América, » los campamentos de nuestras tropas, » los depósitos de nuestros víveres, los » arsenales de nuestras armas».—Aparte la exageración, no puede negarse que no había impropiedad ni engaño en aquella hora en lo que hacen referencia aquellas frases á los Estados Unidos, y la carta-circular de Sánchez Iznaga, pero sobre todo los hechos mismos que ocurrieron á la sazón y los que sobrevinieron en los años sucesivos hasta 1855, les dan cumplida confirmación; aunque cuadra más á mi anterior aserto otro párrafo del citado documento en que los mismos que alegan entre sus agra-

¹ Me lo ha facilitado también mi amigo el señor don Manuel de la Cruz. Está íntegro como apéndice que lleva el núm. III, en una obra así mismo muy rara—«*Cuba y su Gobierno*, con un apéndice de documentos históricos»—Londres.—Imprenta de C. Wood, 38, Gracechurch St.—1853. Según le han informado al señor Cruz, se cree «con sobrado fundamento» que el autor de ese opúsculo es D. Pedro J. Guiteras, y se le aseguró que «su fuente principal de información ha sido la colección del periódico *La Verdad*, de New York.»

vios patrióticos contra España la feroz actitud del general O'Donnell en la llamada «*Causa de conspiración de la gente de color contra la raza blanca*», el año de 1844, y á la invocación de aquellos horrores procuran captarse á las víctimas y prevenir también en favor de su causa el concurso de «los pardos y morenos libres»,—mantienen, sin embargo, de un modo explícito y terminante el régimen de la esclavitud. Ese párrafo es el que copio á la letra:—«Colocados en » la actitud imponente de hacerse res- » petar, preferirán nuestros compatrio- » tas todos los medios de persuasión á » los de la fuerza; protegerán las perso- » nas de los neutrales cualquiera que » sea su procedencia; acojerán en sus fi- » las á los peninsulares como hermanos » *y respetarán las propiedades, sosteniendo » Á TODO TRANCE AQUELLA que es la BA- » SE PRINCIPAL DE LA RIQUEZA DE CUBA » y en cuya conservación y subor- » dinación estamos todos los hombres » libres VITALMENTE INTERESA- » DOS*».

Joaquín de Agüero recibía inspiracio-

nes y obedecía las órdenes de *El Lugareño*¹, y si ese *Manifiesto* no está redactado por el célebre escritor, no puede negarse que cuando más llegó á ser este ilustre camagüeyano partidario de la abolición gradual de la esclavitud², y que aun para realizarla en muchos años sin riesgos económicos ni perturbaciones creía necesario el amparo de un poder más fuerte que el de España, como el de la República americana; porque era un anexionista furibundo y fanático. Algunas expresiones de un discurso suyo pronunciado en la reunión política que celebraron los cubanos en New-Orleans, el 1º de Septiembre de 1854, «con motivo del tercer aniversario de la muerte del general Narciso López», han servido hace poco á uno de los apasionados de este jefe como argumento favorable en pro del trabajo legendario de transfigurar á la víctima, convirtiéndola en servidor infortunado de una idea más pura y generosa pero á todas luces no pueden

1 V. el folleto cit. de Zenea.

2 Revista Cubana—Año X. Tomo XIX—ps. 271 y 272: Carta del 19 Oct. de 1848 á Saco, que cita el Sr. Cruz en sus interesantísimos *Apuntes Biográficos*.

servir á ese fin. Las palabras del *anexionista* camagüeyano fueron las siguientes, según el panegirista del desgraciado paladín ¹: « *La independencia nacional de Cuba es el primer artículo de nuestro programa revolucionario* ². Por aquí vendrán ustedes en conocimiento de » *cuán lejos estaba de la mente de Narciso López y de los caudillos de la revolución* » la idea de anexar á Cuba á los Estados-Unidos *por medios indignos, humillantes y derogatorios de la dignidad del pueblo cubano*. Por aquí comprenderán » ustedes cuánto debe ser el dolor, y » cuán justa la indignación de todo cubano sensible y pundonoroso, al ver » *que sea precisamente el gobierno de los Estados-Unidos...* quien trate de adquirir la posesión de Cuba *por medio de una compra*, cual si se tratase de una » hacienda de ruín ganado para mejorar » la cría». El mismo que profería esas

1 Revista Cubana.—Año VII.—Tomo XIII—p. 115. Carta del Sr. Villaverde, 1888 (sin mención del mes).

2 El segundo sería la anexión. Se necesitaba de la primera para realizar la segunda, en cuanto fueran los cubanos sus fautores. Los Estados Unidos podían atacarla por sí solos, España podía venderla; pero ya se verá que esto era lo *humillante y deshonroso* para Betancourt y los *lopiztas*.

palabras ansiaba la anexión entre otros motivos «para mejorar la cría», para lograr que la raza pobladora de Cuba, *atravesada* con los yankees en el andar del tiempo, tuviera de españoles lo menos posible ¹. Pero de todos modos no comprendo cómo Villaverde alegó esa cita de *El Lugareño* á guisa de un testimonio fehaciente de que Narciso López no hubiese sido anexionista; porque ella sólo afirma que no quería la anexión por medios indignos, pero implícitamente conviene en que quería la anexión.

El discurso de *El Lugareño* era solamente una protesta contra la forma en que en aquellos mismos días procuraba el gobierno americano adquirir la isla de Cuba. Poco después de pronunciado, se celebraban las célebres conferencias de los tres plenipotenciarios americanos en Ostende y en Aquisgran para convenir el plan de obtener la venta de Cuba á los Estados-Unidos.

Quizás la reunión en que habló Betancourt tuviese por objeto condenar de paso también á los cubanos absoluta-

1 Apuntes cits.—R. Cubana—p. 272.

mente anexionistas, é invocaba y les oponía con esa mira, el nombre de Narciso López consagrado por el martirio; pero ellos á su turno creían asimismo tenerlo de su lado. El alma de aquella magna intriga americana para apoderarse de Cuba fue el célebre Mr. Pierre Soulé. De paso para Madrid, á donde iba como embajador con aquella escabrosa misión, se le hicieron grandes manifestaciones de simpatía.¹ En New York, Miguel Tolón, secretario de la junta cubana, le dirigió la palabra para consignar que hacía fervientes votos por el éxito de su empresa. Los emigrados cubanos concurrieron con estandartes, y alguno de ellos llevaba por lema estas dos palabras:—«López y Crittenden»!

1 C. Sedano.—Op. cit.—ps. 119 á 121.



LAS DOS PROCLAMAS

I.—LA DE 1850

Soldiers of the Liberating Expedition of Cuba

THE noble mission on which we have started together, is one which would alone suffice to nerve to heroism the arm of every one holding a place in our ranks, even if you were not already the men of the field of Palo Alto and Cherubusco, or brethren and worthy peers of the men of those immortal victories.

Citizens of the great Republic, you are going to give to Cuba that freedom for which your example has taught her to sigh; to strike from the beautiful limbs of the Queen of the Antilles the

chains which have too long degraded her, in subjection to a foreign tyranny which is an outrage upon the age; to do for your Cuban brethren what a Lafayette, a Steuben, a Kosciusko and a Pulaski are deathless in history for having aided to do for you; and eventually to add another glorious Star to the banner which already waves, to the admiration of the whole world, over «The land of the Free and the home of the Brave». The people of Cuba would not need that the first guard of honor around the Flag of her nascent independence should be mainly composed of their future fellow-citizens from the United States, but for the peculiar circumstances which have hitherto given to her tyrants a paralyzing clutch upon the throat of their prostrate victim. Unarmed, unable to effect the first beginning of organization for insurrection, and menaced by Spain's perpetual threat of converting into a worse than Santo Domingo, the richest and loveliest of Islands beneath the sun: your Cuban brethren have been compelled to wait

and long for the hour when a first nucleus for their revolution shall be afforded them by a gallant band of sympathizing friends, like that which I esteem it now the highest honor of my life to lead to this brilliant enterprise. The Flag on which you behold the Tricolor of Liberty, the Triangle of Strength and Order, the Star of the future State, and the Stripes of the three departments of Cuba, once unfurled to the wind on her shores, and guarded by a legion of choice spirits amply powerful to deal Buena-Vista fashion with any force which the detested Spanish Government in Cuba will be able to bring against it; the patriotic people of Cuba will rally in joy and escultation to its support; while you leave behind you untold thousands, eager to tread in your glorious track, under the head of one of the most eminent chief of the unparalleled Mexican campaigns, unless indeed we anticipate them by consummating our splendid task before they have time to follow.

Soldiers of the Liberating Expedition

of Cuba! Our first act on arrival shall be the establishment of a Provisional Constitution, founded on American principles and adapted to the emergencies of the occasion. This Constitution you will united with your brethren of Cuba in swearing to support, in its principles as well as on the Field of Battle. You have all been chosen by your Officers as men individually worthy of so honorable an undertaking. I rely implicitly on your presenting to Cuba and the world, a signal exemple of all the virtues as well as all the valor of the American Citizen-Soldier; and cannot be deceived in my confidence that by your discipline, good order, moderation in victory and sacred respect for all private rights, you will put to shame every insolent calumny of your enemies. And when the hour arrives for repose on the laurels which await your grasp, you will all. I trust, establish permanent and happy homes on the bountiful soil of the Island, you go to free, and there long enjoy the gratitude which Cuba will never fail generously to bes-

tow on those to whom she will owe the sacred and immeasurable debt of her Liberty.

NARCISO LÓPEZ.

II.—LA DE 1851

Habitantes de la Isla de Cuba

Ha llegado el momento en que merced á la Providencia Divina, salgáis de la abjecta condición de colonos, para ejercer como hombres libres el imprescriptible derecho que todos los pueblos tienen de gobernarse á sí mismo, y labrarse su propia felicidad. Pasó ya el tiempo en que Cuba ignorante y débil, pudo sobrellevar la dependencia del gobierno despótico y corrompido de España: los pueblos adquieren más nobles necesidades políticas y morales, á medida que su civilización adelanta; y Cuba que á despecho de sus tiranos ha logrado civilizarse y robustecerse á los rayos del Sol de la libertad que tan cerca de ella alumbra los destinos de la gran nación Norte Americana, no puede

ya soportar la cadena cada vez más pesada de injusticias y de crímenes con que la agobia su desmoralizada Metrópoli. Cuba conoce ya sus derechos: quiere, puede y debe ser libre; y lo será á pesar de cuantos se empeñen en oponerse.

Sí, lo será; yo os lo juro, Cubanos. Humilde, pero confiado instrumento de la Providencia y del patriotismo cubano, para realizar tan heroica empresa y noblemente apoyado por patriotas dignos de Cuba y de nuestra misión libertadora, he meditado profundamente sobre mi encargo, y no es una esperanza falaz la que me anima. Vosotros todos sabéis que hace ya mucho tiempo pudiera haberse ya desplegado triunfante la bandera de nuestra regeneración política. Empero nuestros planes que aún no estaban sazonados, fueron descubiertos; y antes que aventurar la causa de Cuba á los azares de una revolución, sin la seguridad de un éxito pronto y dichoso, preferí ausentarme momentáneamente de su seno, con el fin también de preparar mejor nuestros re-

cursos exteriores. Organizados éstos, me habéis visto hace poco á la vanguardia de mis valientes compañeros, apoderarme como por encanto de Cárdenás; y si causas superiores á la voluntad y á la previsión del hombre, impidieron entonces coger el fruto de tan fausto suceso, no por eso desmayó nuestro entusiasmo, ni desistimos de nuestro propósito. La libertad de un pueblo es empresa demasiado grande para que los que se consagran á la noble misión de conquistarla hayan de abatirse por contradicciones de que ni siquiera están exentos los negocios humanos menos importantes; y hoy me presento de nuevo en las playas de la oprimida patria cumplidos todos mis deseos de la manera más satisfactoria, en lo que reconozco que la mano de la Providencia Divina se tiende hácia nosotros para elevarnos á la defensa de tan Santa y gloriosa causa. A la cabeza de sobrada fuerza para sacar en triunfo la bandera de Cuba contra todo el poder de sus enemigos, vuelvo á dar la señal que tan impacientemente habéis esperado; y además de

preparados y resueltos á acudir inmediatamente al apoyo de nuestra revolución, cuerpos auxiliares numerosos, con jefes gloriosamente conocidos en el mundo civilizado por su valor y su pericia.

CUBANOS! Tres siglos y medio de iniquidad y de tiranía dicen mejor que yo las causas de nuestro levantamiento.

—¿Habrá uno solo de vosotros que no comprenda la degradación en que vive?

¿Ignora uno solo que cuando los gobiernos más absolutos reconocen ya los derechos políticos de los pueblos, únicamente Cuba se halla despoja de todos los suyos?

¿Hay quien no sepa que siendo Cuba el pueblo de la tierra más gravado de contribuciones no sirven éstas más que para remachar sus cadenas y alimentar la disolución de la Corte de España?

¿Se oculta á nadie que su propiedad, su vida y hasta su honor y el de sus familias, están á la merced de un gobernante omnímodo, y de sus subalternos, que no tienen más móvil que la rapiña ni más ley que su capricho? ¿Desconoce ninguno que el llamado Gobierno de Cuba, á trueque de hartar su voracidad insa-

ciable, y á despecho de la voluntad del país, viola los más sagrados compromisos de su nación y precipita la Isla hácia su ruina inevitable? Ese mismo gobierno, ó sus agentes ¿no han pregonado con escándalo á la faz del mundo civilizado, que desolará la Isla de Cuba, antes que consentir en verla libre y dichosa en poder de sus hermanos y de sus mismos hijos?—¿Qué esperanza le queda á Cuba mientras la gobiernen esos tigres?

. Propietarios, á quienes ninguna ley asegura el dominio de vuestros bienes contra la arbitrariedad y la codicia de un gobernante; labradores, que derramáis todo el año vuestro sudor, para que os robe vuestro fruto un diezmo vejaminoso; artesanos que no ganáis un pan con vuestro oficio, sin que os lo dispute el último Comisario de Barrio; padres de familias, que no podéis educar, ni establecer á vuestros hijos porque para ellos no hay profesión lícita en Cuba; vosotros todos, ricos y pobres, que no dormís seguros contra la alevosía de un delator, ni podéis siquiera salir de las

puertas de vuestras casas, si no pagáis la LICENCIA, como el más vil de vuestros esclavos; habitantes, en fin, de la Isla, ¿Habrá uno solo de vosotros que, lleno de noble indignación, no se presente al llamamiento de Cuba aparejado para el combate?  Y qué ocasión pudo ofrecerse más propicia? La corrupción de los Gabinetes y el progreso de las luces, han disipado entre los Españoles Peninsulares las rancias ideas de devoción al Rey y   la Monarquía. Tronos que parecían los más firmes han caido   titubeado hasta sus cimientos, al embate de las convulsiones populares; y las Monarquías Europeas, desalentadas todas, desmayan en sus proyectos de influir en los gobiernos de América. Por el contrario el Coloso del Nuevo Mundo, la República de los Estados Unidos grande y poderosa porque descansa en la libertad del género humano, presenta el espectáculo del único gobierno cuyo porvenir est  libre de los azares de una revolución. A su seguridad y bienestar interesa nuestra Independencia y la libertad de nuestras instituciones; suceso

nuevo, importante y grave, que debe decidir nuestro destino. De sus vecinas playas acudirán á millares, desde los primeros instantes de vida de nuestra naciente República, ciudadanos Anglo-americanos que ayudándonos á romper las cadenas, compartan con nosotros aquel amor á la libertad que arredra á los tiranos, que consolida el sosiego y felicidad de los pueblos y que ha elevado su Nación á la cumbre resplandeciente de gloria, desde donde vela y dirige la marcha sublime de la humanidad.

CUBANOS:—El 19 de Mayo de 1850 no ha sido perdido para Cuba. Vosotros todos habéis visto en aquel día solemne el terror de vuestros opresores, la ineptitud de sus gobernantes y jefes militares y la impotencia de sus recursos, á pesar de un vano alarde de fuerzas de que ellos mismos más que nadie desconfiaban.—La toma de una población como Cárdenas, por un puñado de valientes, casi á los tiros de las fortalezas de la Habana, donde ya no se consideraban seguras las Omnímodas Autoridades, y

las consecuencias de aquel hecho importante, deben haberos dado á conocer que el gobierno despótico de Cuba no cuenta en ella con más apoyo que su ejército; pero el soldado Español, víctima también de una opresión insufrible, en vez de esgrimir sus armas para despedazar á sus hermanos, las ofrecerá á su patria adoptiva, donde después hallará los goces pacíficos y honrados del Ciudadano. Una prueba de esta verdad tenéis en los dignos y generosos soldados de la guarnición de Cárdenas, que hollando las insignias innobles del despotismo, tomaron lugar en nuestras filas, y en ellas vuelven ahora para combatir entusiasmados á mi lado en defensa de la Justicia y de la Libertad.

Libertad y Justicia! Tales son los bienes supremos á que aspira Cuba y á que se encaminan mis esfuerzos y los de mis valientes compañeros. Con la Libertad y la Justicia por guía derrocaremos el despotismo; fundaremos el orden público; respetaremos y defenderemos las propiedades todas, tales cuales existen actualmente; y concurriremos por

último á establecer la forma de gobierno Republicano que mejor se adapte á nuestras necesidades. Esta misión tan benéfica como gloriosa será cumplida. El poder caduco de nuestros tiranos desconcertados, no posee elementos que puedan contrarrestar el alzamiento magestuoso y terrible de un pueblo que jura ser libre, independiente y soberano: ni fió jamás pueblo alguno con más fundamento en aquella verdad grato á los oprimidos,—que el Dios de los ejércitos levanta auxiliares á los que combaten por la justicia y el bienestar de sus semejantes.

Mas no se entienda por esto que proclamamos una guerra de venganzas y deesterminio. Cuba generosa, olvida sus agravios; vuelve la espalda á lo pasado, y llena de fe y de esperanzas, entra en la nueva vida que el porvenir le promete. Para ella no hay distinciones de españoles y criollos, de nacionales y extranjeros: á todos llama con la misma confianza á las armas para pelear por la libertad contra el enemigo común, que es el gobierno despótico; pues para

ella son cubanos todos los hombres honrados y laboriosos, para todos hay lugar en su seno, y á todos invita con sus tesoros.

Habitantes de Cuba! la Patria os llama por mi voz. La ocasión es propicia: el enemigo impotente; el éxito seguro; la gloria imperecedera. Un solo esfuerzo, y caerán convertidas en polvo vuestras cadenas! Venid á mi lado á sostener la bandera de la libertad, y la estrella de Cuba, que brilla en esa bandera, se alzaré bella y refulgente, ya sea para resplandecer con gloria independiente y eterna, ya sea para agregar su luz, si así lo determina el pueblo soberano, á la espléndida Constelación Norte Americana, á donde parece encaminarla su destino.

NARCISO LÓPEZ



SOBRE EL HALLAZGO DEL
SEÑOR LA BARRA.

Sr. D. Enrique J. Varona.

Mi distinguido amigo:

LEÍ oportunamente en *El Figaro* la carta tan instructiva que se sirvió usted dirigirme con motivo del artículo que inserté en el cuaderno anterior, sobre el opúsculo en que el profesor de Chile, Sr. D. Eduardo La Barra, había publicado los primeros versos del Poema del Cid, asegurando que eran auténticos; pero sin revelar donde los había encontrado ni qué circunstancias le depararon fortuna tan extraordinaria para un paleógrafo. Algunas de las razones que usted expone me hicieron

vacilar cuando examiné el fragmento. Confiésole sí que no me había fijado en aquel verso que usted me cita:

Sens lumbre es el fogar; los canes no han ladrado.

Con efecto, revisando con cuidado el poema he tropezado varias veces con la forma *sin*, ni una sola con *sens*; y aunque esa preposición desde muy atrás se escribía *sin*, *sen* y *sien*, á medida que pasaba el tiempo caían en desuso las dos últimas, y de todos modos es singular que el poeta en el mismo pasaje precisamente no emplee el *sens*, mientras repite *sin* varias veces.

Y si á pesar de otros indicios, olvidando el juicioso consejo de Ampère de rechazar lo cierto antes que aceptar lo dudoso, me incliné, sin embargo, á considerar como auténtico el fragmento, fué por dos consideraciones que en sí mismas no acreditaban mi decisión, pero que, así y todo, me hicieron mucha fuerza. ¿Qué se propondría el Sr. La Barra fingiendo un hallazgo tan extraño? ¿Qué sacaba en limpio con un rasgo de inútil ingenio? Mas si el Sr. La

Barra, á quien no conozco personalmente, es un maestro de la juventud americana ¿no parecía natural atribuirle seriedad de carácter, á la falta de pruebas en contrario? Entre dudar de un profesor acreditado y correr el riesgo de que se me tuviese por cándido, me decidí por este extremo, convencido de que al fin no sería yo quien más perdiese si resultaba chasqueado.

La carta de usted, que mucho le agradezco, me deja positivamente «suspenso y un tanto mohino». Claro está que dudo ahora con más fundamento; bien que no me atreva todavía á pronunciarme abiertamente. Si el Sr. La Barra se ha divertido en forjar un pastiche, no tardaremos en saberlo, y entonces será de usted la gloria de haberlo sostenido desde ahora; pero no podrán ser mayores ni la admiración ni la amistad sincera que siente hacia usted su afectísimo

M. S.



LA
ASIMILACION Y LA AUTONOMIA

Sistemas y procedimientos, artículos publicados por el Sr. D. Rafael Pérez Vento en *La Unión Constitucional*, de la Habana, números desde el 23 de Mayo al 3 de Junio de 1894..

DIEZ artículos ha publicado el Sr. don Rafael Pérez Vento en *La Unión Constitucional* para confutar las observaciones que hice á dos impresos suyos inspirados en la más infundada oposición á las reformas administrativas que decían haberse propuesto introducir en esta isla el Sr. D. Antonio Maura cuando no hace mucho era Ministro de Ultramar.

Como el Sr. Pérez Vento comenzó muy entrado el mes anterior la publicación de la serie de sus artículos, y no la terminó sino hoy, 3 de Junio, los lectores habituales de estos cuadernos excusarán la tardanza que habrá en el reparto del actual, ya que de otra manera me hubiera visto obligado á desatender por completo los reparos del escritor *asimilista* hasta fines del mes corriente, cuando ya nadie recordara los argumentos que uno y otro hubimos de alegar en pro de nuestras encontradas opiniones, sobre asuntos y problemas de verdadero, de grandísimo, de vital interés para el país, pues que se trata de los principios que lo rigen y que han de decidir de su ulterior desenvolvimiento y destino.

Por supuesto que sólo me es dable, á estas alturas, exponer festinadamente algunas breves consideraciones, las más generales y urgentes desde luego, reservando para el número siguiente el examen detenido de los artículos del señor Pérez Vento, si no me pareciere entonces demasiado impropio y tardío.

Al observar que estoy donde estaba antes de la polémica, y que lo mismo le sucede á mi tenaz contradictor, podría poner punto final por mi parte, dándole la razón á Mr. Fouillée cuando declaraba la esterilidad de las disputas de carácter histórico-político; pero aun cuando no fuese más que para hacerlo notar, no sería perdida mi insistencia y menos si se sacara en limpio la triste enseñanza de que en toda actitud política, de que detrás de toda creencia política, hay un elemento psicológico que la determina y la sostiene. Y ese factor considerable que, si inspira las ideas individuales, alienta también las grandes resoluciones colectivas, es un producto de multitud de factores. Engéndranlo de consuno el pasado, la raza, el medio, la educación, el carácter. Es pues una resultante de la historia, y al mismo tiempo el agente más poderoso de la historia. Ahora mismo, á virtud de su influencia, estamos frente á frente el Sr. Pérez Vento y yo, sin convencernos el uno al otro, después de escribir extensos alegatos. El Sr. Pérez Vento es,

por sí mismo, una representación y yo soy otra; pero acaso diametralmente opuestas. Prescindiendo de lo que pueda caracterizar cada una de nuestras personalidades, el *principio de individuación*, que nos particulariza y define respectivamente,—sostiene él creencias determinadas y las sostiene á su guisa, y yo, de un modo análogo, mantengo mis creencias propias, que son contrarias á las suyas. Si la razón fuera parte á que me convenciera de que las mías son erróneas, y pudiera fácilmente repudiarlas, ó viceversa; claro es que cesaría la oposición con todas sus consecuencias. Mas esto que no sucede ahora, no sucede corrientemente, no sucede casi nunca, que tal es la ley de la vida, la ley de la conciencia; aunque lo lamentable y lo trascendental es que infinidad de individuos comparten las creencias del señor Pérez Vento, como otros muchos las mías, y que lo que ahora es sencillamente una contienda académica entre dos adversarios corteses, ya fué un día, y quizás vuelva á serlo, temprano ó tarde, sangrienta lucha de dos pueblos.

Difícil es concebir que uno de los dos bandos no tenga la razón de su parte, la mayor cantidad posible de razón; pero mil circunstancias, la interferencia de incontables motivos, la oscurecen y ocultan, cuando no ocasionan su negación ó su desprecio; y por otra parte la razón es un *epifenómeno*, un accidente, las multitudes nunca siguen su consejo, si es que lo oyen alguna vez; y los hombres todos, aun los más cultos, no porque la perciban la obedecen,—que parece no ser condición humana determinar la conducta por los dictados serenos del entendimiento, sino dejarla sometida á la acción combinada de infinitos agentes desconocidos:

*... Video meliora proboque,
Deteriora sequor.*

El Sr. Pérez Vento es un distinguido peninsular. En tierra de España según tengo entendido nació, y allí, en aquel ambiente, se educó y formó tal como aparece. Un día su voluntad, ú otras causas, le deciden á establecerse en esta isla. Otro día, más adelante, se le ocurre influir en que sea la forma de orga-

nización y regimiento del país no de otro modo que según él lo desea, y en que también hayan de amoldarse conforme á él más le agradecerían, el porvenir de esta tierra y el destino de sus moradores. El Sr. Pérez Vento cree harto justificadas sus pretensiones, si es que alguna vez le asaltó la duda, en el hecho único de que hace cuatro siglos sus antepasados tropezaron con esta isla y se la cogieron. Pero hay por desgracia cerca de dieciocho millones de hombres que están persuadidos, que nacen persuadidos, de que les asiste ese derecho, de igual modo que el Sr. Pérez Vento y por la misma causa. Pensando ellos así, obrando así, se desentienden del pueblo nacido en la isla, descendiente también de los primeros ocupantes, sus descendientes directos, con más derecho, en consecuencia, que los que vienen de allende el mar, empujados fuera de su tierra por motivos particulares; porque, en esta edad prosáica en que vivimos, no arriban ciertamente á las playas de Cuba los hijos de la Península á fin de conquistar nuevos territorios para la

Corona ni á convertir infieles al Catolicismo, en empresas románticas y nacionales; sino para ganar el sustento ó mejorar de fortuna. Lo mismo el que emplea su actividad en escribir cuartillas que el que se dedica á medir varas de tela; lo mismo el burócrata que el soldado; lo mismo el Capitán General que el abacero han atravesado el océano por motivos muy diferentes; pero seguramente nunca ó casi nunca lo hizo ninguno ni por la honra ni por la gloria de España.

No puedo pretender que el peninsular se quede siempre en casa y que renuncie á la oportunidad de medro legítimo que le brinda su traslación á un país más rico que el suyo y en que disfrutará de las indudables, extraordinarias ventajas de pertenecer á su nacionalidad y de hablar su propia lengua. Lo que repugno es que cada inmigrante peninsular, por el hecho, se olvide de que es un simple mortal, una persona respetable, ó un pobre pelagato, y se crea investido de una especie de derecho divino para disponer á su antojo de esta

tierra que no es la suya, con olvido y menosprecio del derecho natural que tienen los cubanos para amarla más que él, de las razones y causas que le asisten para interesarse por ella más que él; y para regirla infinitamente mejor que él. No basta que esta parte del mundo sea de nacionalidad española para que cada español se crea dueño y señor de ella; porque si es—quien lo duda!—española esta región, cada español en cambio no es la nación, ni la representa tampoco. En los asuntos de Cuba no tienen derecho á intervenir más que los cubanos, y sólo á la nación corresponden los derechos mayestáticos. Un grupo, por grande que sea, de individuos nacidos en la Península é inmigrados en Cuba, que se organiza, atribuyéndose la representación exclusiva, intratable y estrepitosa de España, comete pues una usurpación; y si, además, se subroga al cubano; si lo suprime, ó si lo estrecha, lo disgusta, lo mortifica con petulante é irracional sospecha; si cada día lo denuncia como enemigo público; si lo acecha, lo amenaza, lo desespera,—se

convierte así y se instituye en agente odioso de perturbación, de desorden y de infelicidad para el país; paraliza el desenvolvimiento natural de la sociedad; contribuye á mantener en ella un estado político inferior; corrompe las conciencias; siembra la inquietud; aviva las pasiones; engendra los sentimientos más antisociales; compromete el crédito; compromete la paz; compromete el porvenir; compromete en fin la nacionalidad misma y aun los propios particulares intereses de sus falsos ó imprudentes defensores.

Esto, ni más ni menos, es lo que sucede, es lo que viene sucediendo hace tres cuartos de siglo. Demócratas como el Sr. Pérez Vento desde que asientan la planta en Cuba, se ligan y confunden con los carlistas, con los republicanos, con los monárquicos de todas las denominaciones y matices, y desentendiéndose de sus principios de escuela, enarbolan como una turba de insensatos ó como una comparsa carnavalesca la bandera española, proclamando por única divisa «la integridad nacional»,

que así ampara los votos del patriotismo más estrecho y recalcitrante como encubre las concupiscencias del egoismo más feroz. ¿Se comprende acaso que seres racionales, que hombres de convicciones, capaces de concebir y amar un ideal político, hubieran de resignarse á esas amalgamas abominables, si no fuese porque para cada uno de ellos es ese solo un estado transitorio y, para todos los que están aquí y los que sucesivamente vayan viniendo, la garantía indefinida de un usufructo nacional? Ese híbrido compuesto humano, ese conglomerado viviente, sin doctrina, sin principios,—porque «la integridad nacional» no es un principio, ni siquiera una verdad, y la *asimilación* no es una doctrina, sino la negación de toda doctrina y el eufemismo de una situación de fuerza,—constituye una hueste armada, inquieta, que se rodea de precauciones, porque ni quiere ni pretende más que asegurar para sí, mientras lo pueda, el goce ilegítimo de la tierra agena.

Para ocultar esas miras personales, para disimular ese espíritu de hostili-

dad contra un pueblo inocente, para encubrir la inmensa rapiña del mercado empedernido y despreocupado,— ¡cuántos sofismas se alegan, cuántos absurdos se sostienen, y con cuánta hojarasca! Hay que sostener—y se sostiene invariablemente desde hace media centuria—que este es un país *nuevo*; que su población está muy diversificada; que no se halla en condiciones todavía para que en él se implanten reformas descentralizadoras; que esas modificaciones ocasionarían trastornos; que probablemente facilitarían ellas los medios de separarse de la comunión española, y que para prevenir tamaños males y evitar tan graves peligros conviene proceder despacio y con suma prudencia, al punto de que nunca llegue la hora de proceder; pero sobre todo que se debe ir asemejando poco á poco la colonia á la metrópoli hasta identificarlas,—para lo cual, como inferencia, como necesidad también, se impone la obligación de infundir en los cubanos, por medio de la educación pública, amor y respeto hacia España, á fin de que se extinga

en su corazón el virus corrosivo del separatismo. Y eso lo sostienen seriamente los españoles—la gente más heterogénea, más levantisca, más profundamente desordenada; el pueblo clásico de los *pronunciamientos*; el pueblo en que la vida política es una mojiganga perpetua, en que el presupuesto es el botín de las facciones hambrientas y de los partidos escépticos; en que, como ejemplo alentador para las repúblicas Sudamericanas, que calumnian á diario y eso que no son ellas sino víctimas de su herencia y educación, se ofrece el espectáculo de la más lastimosa ya que no sea irremediable decadencia!

Lo natural fuera más bien educar á los peninsulares, infundir en el espíritu español otra disposición moral muy distinta de la que generalmente manifiesta y sobre todo arrancar de las entrañas de aquella gente el cáncer que la devora y que arruina y aflige á sus míseras colonias,—ese intransigente espíritu antiguo atiborrado de declamaciones mortíferas y ese mercantilismo protéico y sin escrúpulos, que se enmas-

cara con el danto de la nación; que se atreve á llamarse gloria, patriotismo, grandeza moral,—cuando en realidad es codicia, es especulación, es hambre, es hipocresía; que pretende conservar, y sólo destruye y aniquila; que á nombre de la integridad territorial y de la honra nacional se apodera del gobierno, se aferra al timón, conduciendo la nave carcomida por mares procelosos cuyas olas revueltas arrastran á la vista de la tripulación raquítica y sombría los despojos de reciente y colosal naufragio.

De otro modo giraremos constantemente en un círculo de hierro; el mismo sofisma dará los mismos frutos; el país hará más ó menos toneladas de azúcar, pero permanecerá sujeto al azar y lo desconocido; andará tropezando como un ciego, peor que un ciego, pues que sus guías—la desconfianza y el empirismo—no ven siquiera los precipicios que él mismo les anuncia; estará á la merced de agena voluntad, como un mísero inválido; impotente para evitar los peligros, incapacitado para emprender por caminos más fáciles, for

zado á trepar peñascos, cubana sin término ni objeto; ansiando desesperadamente el bien, mas compelido por la fatalidad á labrar su propia desventura; soñando con la luz de la patria, mas empujado sin remedio hacia el abismo!

Porque bueno es siempre fijar los elementos que determinan el conflicto, antes que andar otra vez inutmente el Sr. Pérez Vento y yo en dimes y di-retes, repitiendo con mayor ó menor novedad é ingenio los mismos argumentos. Los cubanos, un partido político en su mayoría compuesto de cubanos, dirigidos por hombres capaces, competentes, algunos realmente merítisimos, estudian la situación de esta tierra, sus problemas múltiples, y animados de noble y legítima impaciencia, pero también del patriotismo más desinteresado, del ánsia ardiente de elevar su país, borrando los estigmas del pasado y evitando nuevas y asoladoras colisiones,—se vuelve á la nación para decirle: «Queremos la paz y en la paz realizar todos los progresos posibles. Este país que rijes desde hace cuatro

siglos está, sin embargo, desquiciado. Lo que en él destruye todas las fuerzas útiles, ó las empequeñece, es el desorden; pues eso que á tí te parece la paz es sólo el marasmo; lo que pudieras tomar por signo de estabilidad es sólo el impulso inicial que mantiene las agrupaciones sociales en que el alma se ha amortiguado. Tus soldados, tus marinos, tus cañones, tus buques de coraza, devoran casi todo el presupuesto, mientras la tierra languidece como una factoría ruinosa. Al rededor de tanta fuerza innecesaria é inútil, tejen para todos una mortaja, invisible los efluvios de la muerte. Bajo esa autoridad formidable se agita en convulsiones la anarquía. Tu bandera extiende una noche espesa sobre las iras de dos castas hostiles. Tu ley es injusta, es inícuca. No te ofendas, piensa con serenidad, para que procedas juiciosamente y con grandeza. Somos cubanos, tan españoles por lo mismo deberíamos ser como los que vienen de la Península, y sin embargo ahora, de igual modo que ayer, tienen estos el privilegio exclusi-

vo de representar la nación, de hablar y proceder en su nombre, y el exclusivo aprovechamiento y dominio de este país. El funesto régimen subsiste, modificado en la apariencia, pero idéntico en el fondo al que produjo convulsiones continuas que no sirvieron de provechosa advertencia, sino únicamente para hacernos más desventurados, hasta que un día la cólera puso término á la indigna resignación. Entre tanto los males públicos se han agravado con los desastres de la guerra, y á par de ellos háse avivado la suspicacia. Abre tu corazón á la justicia y oye mis consejos: si quieres conservar á Cuba para tu bandera y para tu raza, renuncia al viejo sistema, no pretendas regir esta isla desde tan lejos sin conocerla. Arroja de tus hombros esa carga que te perjudica, que nos hace tan miserables. Déjanos á nosotros rejirnos como creemos que más nos conviene y á todos aprovecha, que entonces lo que deseas habrá de realizarse, brotará en nuestro pecho ese afecto que hasta el presente nunca has merecido, y antes que odio-

sa sombra del árbol maldito que sólo cobija nuestro resentimiento, verían en tu bandera nuestra conveniencia y nuestro orgullo satisfechos, el signo de la civilización y de la libertad!»

Mas ah! el mismo día que se juntaron aquellos cubanos escarmentados, porque fué al terminar la larga lucha en que se agotaron las fuerzas y se logró el heroísmo de los separatistas, contemplaron con profunda zozobra cómo ahogaba su voz serena y suplicante la algazara marcial, el vocerío rencoroso de los conservadores, del grupo de peninsulares aquí establecidos que se había reunido de prisa para atajar al nuevo partido cubano que invocaba la concordia y clamaba por la justicia. La nación durante quince años ha oído solamente las obyurgaciones de la interesada suspicacia, y el partido liberal, temeroso del porvenir, enfrente de la obstinación y la ceguedad del partido conservador, créee percibir al través del Atlántico el eco de la antigua maldición bíblica que lo condena á eterna y desesperada lidia: «.....pondré enemis-

tades entre tu linaje y su linaje, él quebrantará tu cabeza, y tú pondrás acechanzas á su calcañar!»

Además de la crisis económica, á par de ella, y acreciendo su intensidad é importancia, hay—como se ve—una profunda crisis moral, que data de muy atrás, cuyos orígenes remotos desaparecen en las sombras más distantes de la historia y la *etiología* de España. Explicarla diciendo que los americanos son pérfidos é ingratos, como dijo, entre otros, el Sr. Navarro Rodrigo, y que lo son también por iguales causas los cubanos, parece cosa de broma; como es muy burdo, muy inconsistente y muy vacío el alegar que hay en ellos una tendencia constante á la separación y á la independencia.

Por alguna razón, por la fuerza de alguna verdadera necesidad, habrán querido unos las reformas, quisieron otros la anexión, porfían estos por la autonomía, como corrieron al sacrificio y resistieron con admirable perseverancia al poder y las iras de España, durante diez años de formidables energías y de

iniquidades terribles, dos gloriosas generaciones de cubanos; por alguna causa permanente é ineludible para el corazón y la conciencia humana la historia de Cuba en lo que va corrido de este siglo es un calvario y una hecatombe; y por alguna razón profunda el español cubre el suelo cubano de soldados, monta sus castillos con monstruosas máquinas de muerte, y apesar de tantas precauciones desconfía, sin embargo, á extremo de haber querido ampararse de los poderes extranjeros para garantir su posesión territorial, y arma legiones de sus hijos contra los naturales indefensos, y tiembla ante la libertad, y se indigna ante la constancia resuelta, y se exaspera ante la resistente dignidad de este pueblo digno de mejor destino; olvidando que no está fuera sino dentro de su propio corazón ese enemigo que desliza el veneno hasta el fondo de la copa para amargarle sus festines señoriales, como el espectro de la reparación y del derecho que se levanta en su conciencia perturbada, anunciándole aterradores la ruina de

su inícuo predominio y el advenimiento de la justicia, sea por obrade general conveniencia, sea por obra de la fuerza.

¿Quién puede decir que fueron imbéciles y farsantes aquellos cubanos que pedían sin cesar reformas; aquellos otros que desesperando de su raza quisieron echarse en brazos de los codiciosos extranjeros; aquellos en fin que sintieron bullir en la indignación reprimida tanto tiempo la altivez de su estirpe batalladora y lanzaron un reto de muerte á quienes olvidando que eran ellos sus descendentes y sus hijos pretendían ciegamente mantenerlos en humillante dependencia? ¿Quién tampoco puede asegurar que son imbéciles y farsantes también los autonomistas que desde hace quince años recomiendan modificaciones equitativas y se afanan por convencer á la nación de su necesidad y de su conveniencia? ¿Ni quién podría afirmar que sólo el Sr. Pérez Vento no se equivoca y que es él el único que se conserva cuerdo, que ve exactamente la verdad y que trae en la mano la panacea maravillosa?

Ah! los autonomistas han *querido* la paz pública; los autonomistas han resistido y combatido á la revolución. Habrán hecho bien ó mal; no es hora de examinarlo y decidirlo; pero la verdad es innegable, y es también inconcuso que, procediendo así, en el espacio de quince años—«largo espacio de la vida mortal»—gústete á unos, desagrádele á otros—*probaron* la firmeza de sus propósitos y la sinceridad de sus principios. Y, sin embargo, viene ahora el Sr. Pérez Vento, en nombre de la asimilación, es decir, en nombre del absurdo empapado de sangre, á declarar, bajo el patrocinio de *La Unión Constitucional*, esto es, del Partido Conservador, que son los autonomistas unos tontos, que son embaucadores y farsantes, que sus procedimientos—(los procedimientos más pacíficos que jamás los dominadores de todos los tiempos pudieron imaginarse!)—son peligrosos, que su acción y sus doctrinas son funestas; que esos hombres, de quienes yo dije que eran y sostengo que son los más inteligentes y cultos del país, «*sorprenden* la

» buena fe y el patriotismo de sus conciudadanos con sistemas de Gobierno y administración que *no significan lo que se quiere hacer creer, ó que sólo son estratagemas, ridículas en cualquier pueblo, pero que pasan en éste á los ojos de la pasión y de la ignorancia*, como productos de la mayor de las sabidurías y del más grande y refinado maquiavelismo»!

Y ¿qué no deberá creer *nuestra pasión y nuestra ignorancia* de colonos españoles (casi como quien dice, *colonos asiáticos*) de *las sabidurías*, y de la buena voluntad, y de la sinceridad, y del *refinado maquiavelismo* metropolitanos? Pues qué; ¿tenemos acaso tan mala memoria? ¿tenemos acaso tan poca vergüenza? ¿No recordamos que se nos dió un puntapié en 1837 que todavía nos debería doler, en nombre de la *asimilación*? ¿No ha sido la *asimilación*, alguna manera de asimilación, el llamado sistema de las *Leyes de Indias*? ¿No es un *hecho* que aquel sistema engendró el separatismo y fué causa poderosa de la independencia de las posesiones continentales de España? ¿No es positivo que á virtud

de ese sistema nos pisotearon á su sabor Tacón, O'Donnell, Roncali, D. José de la Concha, D. Francisco Lersundi? ¿No fué la *asimilación*, alguna manera de asimilación, lo que engendró la guerra de diez años y mantiene ahora todavía la desconfianza y la incertidumbre y el temor en todos los ánimos? ¿No fué por mantener ese sistema de gobierno por lo que mientras unos gritaban ¡Viva Cuba libre! gritaban otros ¡Viva España!? Y ¿en el nombre de España, de nuestra pretensa madre, no se fusiló, se quemó á los cubanos, no se azotó á las cubanas, no pasearon al través de la isla la bandera de España aquellos batallones del Conde de Valmaseda, del general Caro, del coronel Montaner, del capitán Tizón, aquellas guerrillas de Lolo Benítez, de Sandoval, de Barrabás, aquellos presidiarios del *Orden*, aquellos fascinosos *Jibaros*, entre sangre, devastación y horrores, haciendo á la revolución una guerra muy semejante á la que practicó el general Bugeaud para la pacificación de la Argelia?

Ay! la experiencia parece inútil! Se

habla todavía, y nada menos que aludiendo á la conducta de los autonomistas, de la *pasión* de los cubanos; y se invoca precisamente por quien pretende que «no puede haber paz, armonía » en los intereses, NI CORTESÍA EN EL TRATO», sólo porque un orador autonomista tuvo en reciente *meeting* más ó menos viveza en su elocuente peroración á numeroso y entusiasmado concurso, y por que aprovechó la presencia de dos ó tres mil espectadores á caballo para hacer una inocente metáfora!

El Sr. Pérez Vento recuerda demasiado el *meeting autonomista* de San Antonio de Río Blanco, y olvida demasiado el banquete *conservador* del Teatro de Tacón. El Sr. Pérez Vento se inquieta, se preocupa, al punto de ver muy de cerca el espectáculo de una horrenda carnicería, por causa de insignificantes manifestaciones de la política y de la oratoria, aquí menos peligrosas hasta ahora durante quince años, menos ocasionadas aún á conflictos personales, de esos en que sólo interviene la policía, cuando más, que en parte al-

guna del mundo donde se pronuncian discursos y se defienden *plataformas* y se preparan elecciones. Pero en Cuba, en cuanto se riza siquiera la superficie del lago, se teme, se anuncia una próxima tremenda tempestad. Hasta para los hombres más inteligentes y de espíritu menos estrecho, no hay orden en Cuba si no reinan el silencio y la inmovilidad, como en vasto cementerio!

Y, no obstante, lo que alarma al Sr. Pérez Vento—ó son sencillamente cosas que aun cuando no caigo en qué sean, no serán muy graves, pues que las califica de—«*mistificaciones* que no tienen justificación plausible»,—ó meros accidentes de la vida constitucional, aquí más insignificantes que en cualquier parte, mucho menos graves siempre que las que suelen ocurrir en la misma España, y que por esa razón á él propio no se le ocurre decir de ellos apesar de disponer de una imaginación adusta, sino que son: «manifestaciones *verdaderamente cursis y bravuconas*; esto es, si á su juicio son también «*nocivas*», lo que resulta muy vago y muy anodi-

no, al cabo son cuando más ridículas.
• El Sr. Pérez Vento prevé la guerra en lo futuro; quiere decir que el señor Pérez Vento está convencido de que las aspiraciones de los cubanos no habrán de realizarse, de que no habrá de realizarse, en consecuencia, esa fecunda armonía que yo deseo y por lo que él—si no me equivoco—me ha aplaudido con delicada ironía.

¡Qué le vamos á hacer! Será sin duda porque así debía resultar, ó—como otros dicen—porque Dios lo quiere! No será ciertamente por falta de advertencia, de súplica, aun de humillación, por parte de los cubanos! Yo mismo, aun cuando peleé ya una vez, sin saña en una guerra enconada, sin interés, pero sin vacilación tampoco,—por lo mismo que conozco lo que es y lo que significa una guerra en Cuba, quisiera evitarla, de todo corazón quisiera que fuese innecesaria á la postre, ó que al menos los mismos testigos de los pasados no contemplasen otra vez los renovados horrores de aquella lucha salvaje. Alejado de los partidos militantes, pero in-

teresado en el destino de mi país, y amándolo tanto como lo compadezco, no puedo asistir indiferente al drama que á mi vista se despliega. Sin alistarme bajo la única bandera que puede defender con gloria actualmente cualquier cubano, contribuyo, desde mi humilde posición, á estimular á sus defensores—ora con alguna ironía, ora con verdadera y cariñosa simpatía; con ira, con indignación, si se quiere también; pero siempre con amor entrañable de hermano; porque hermano soy de todos los cubanos que se desviven ó que mueren por su patria; como soy amigo, auxiliar y compañero de quienquiera que sea y en cualquier forma que sea, que pretenda el bien y la honra de la isla de Cuba. Aquí no soy enemigo sino de los que quieran sujetar á Cuba y ahogar en su espíritu las nobles aspiraciones de justicia, de libertad y de gloria.

Y como el Sr. Pérez Vento parece, aquí ó allí, aunque erróneamente, inspirarse en deseos de ventura para mi país, yo no puedo sentirme enemigo suyo.

Y como el Sr. Pérez Vento invoca en la política la ciencia, yo le preguntaría ¿no es cierto que *los métodos* hasta aquí empleados por la Metrópoli han sido funestos, han engendrado el separatismo, han acarreado la inmensa ruina de España, y do quiera rencores é incesante guerra? Y ¿no es prudente, no es sabio, no es científico, no es necesario, desecharlos por otros? ¿No se imponen pues, las reformas en Cuba? ¿No es, pues, en Cuba el político más científico, más avisado, más patriota por lo mismo,—aquel que abraza la causa de las reformas? ¿No crée un demócrata como el Sr. Pérez Vento que la expresión de la voluntad, del alma de los cubanos, organizados precisamente en un partido para exteriorizar y revelar su espíritu, las necesidades y los clamores de su conciencia, se cifran y compendian en la Autonomía Colonial? Y ¿no crée así mismo el Sr. Pérez Vento que contrariar esa tendencia tan general, tan legítima, es propio, no de la democracia á que él pertenece, sino de los partidos *doctrinarios*? ¿No es verdad que aho-

garla sería tiranía, que desatenderla sería temeridad?

La *Asimilación* tiene su larga historia, anales de desastres. La *Autonomía* tiene la suya; pero, si breve, gloriosísima. En Cuba la Asimilación (¿porque qué otra cosa que un eterno sentido *asimilista* ha inspirado desde 1837 á sus gobiernos?) ha hecho sus pruebas. Al cabo de tantos años, todavía uno de sus más ingeniosos mantenedores no vé dibujarse en el horizonte cubano si no una lluvia de sangre!

Hágase, pues, la prueba de la *Autonomía Colonial*; pero no de la que pide el Partido Liberal cubano. En esto, al fin, estoy de acuerdo hasta con el desdén del Sr. Pérez Vento. Esa *autonomía* es estrecha, ineficaz, mezquina para la grandeza y la gloria que desea á Cuba el amor y el orgullo legítimo de sus hijos. Implántese la autonomía á estilo y manera del Canadá, por ejemplo, y entonces—¿habría disgusto, habría rencores, habría conflictos graves? ¿Vería el Sr. Pérez Vento la guerra acechando en cada esquina para asal-

tar al primer transeunte peninsular?

El Sr. Pérez Vento en uno de sus artículos bosqueja una alegoría, ó algo análogo, para poner un ejemplo con que aclarar de algún modo un concepto suyo muy oscuro; suponía que se quisiera civilizar por medio de la música á una tribu salvaje, lo que sería muy divertido y no hubiera parecido imposible á don Enrique González que se propuso escribir de qué manera se llegaba por su mediación á la verdad;—y afirmaba el Sr. Pérez Vento (no tengo á la vista su artículo) que podía observarse que resultaba inútil la guitarra, por lo cual se probó el clarinete, que dió buen resultado; y aquí fué donde el Sr. Pérez Vento que se entristece é indigna porque un orador autonomista no fué tan medurado como él hubiera querido y no cabía, sin embargo, en lo posible,—no vaciló en atribuirle, entre los que aspiran á reformar á Cuba, el papel del violón al partido *reformista*; y esto, ó no tiene atadero, ó implica que el partido *autonomista* tiene la guitarra, y el partido *conservador* el clarinete. Pues bien,

siga España la indicación del Sr. Pérez Vento: suprima el clarinete, y emplee primero el violín, si le parece; pero no deje de utilizar muy pronto la guitarra. Precisamente ese instrumento debe dar mejor resultado que los otros; porque es el preferido por el pueblo cubano.

¡Así se evitaría que el campesino se decidiese á tocar el guamo, oyendo los clarines españoles!





IMPRESOS RECIBIDOS

- Las Tres Américas*—New York.
Revista Estomatológica—Madrid.
El Mundo Judicial (Prospecto)—Habana.
El Expositor »
Revista Cubana »
El Pensamiento—Guanabacoa.
El Mosáico—Santa Clara.
La Fraternidad—Sancti-Spiritus.
El Liberal—Bejucal.
El Oriente—San Antonio de los Baños.
La Batalla—Guanabacoa.
La Luz—Sagua.
Diario de Trinidad—Trinidad.
La Alborada—Pinar del Río.
La Doctrina—Holgufn.
Camagüey—Puerto Príncipe.
La Patria—Santiago de Cuba.
La Democracia—Cienfuegos.
La Unión Constitucional—Habana.
El Liberal »
Las Avispas »
La Nueva Era »
La Igualdad »

ERRATA

Pág. 75.—línea 4,

donde dice:—á la falta de
léase:—á falta de

RECOMENDACIÓN

Suplico á los favorecedores de este periódico que se sirvan saldar sus atrasos con la Administración, y á los Señores Agentes que procuren enviarle el importe de las remesas anteriores, á la mayor brevedad posible.

M. S.

No se admiten suscripciones por trimestres, ni semestres, sino únicamente mensuales.

HOJAS LITERARIAS

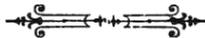
POR

MANUEL SANGUILY

Condiciones de suscripción y venta:

En la Habana, un mes...	50	centavos	plata.
Interior de la Isla.....	60	»	»
España y Extranjero.....	60	»	»

Los pagos serán adelantados, ó al recibir cada número. Dirijase la correspondencia administrativa y periódicos, á San Ignacio 24, altos. (Plaza de la Catedral).



La correspondencia literaria y libros, al Sr. D. Manuel Sanguily, en la misma dirección anterior, ó á la «Playa de Marianao.»

HOJAS LITERARIAS

POR

MANUEL SANGUILY

AÑO II.—TOMO IV.—JUNIO 30. 1894.—NUM. II.

SUMARIO

- I—UN GRAN ORADOR CUBANO.—(*Rafael Montoro, sus discursos y su política.*)
- II—LAS REFORMAS POLÍTICAS Y EL DARWINISMO.—(*El Conde de Pozos Dulces.*)
- III—NICOLÁS AZCÁRATE.
- IV—IMPRESOS RECIBIDOS.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

SAN IGNACIO, 24, altos

HABANA

NOTA

Este periódico constará de 64 páginas. El presente número es extraordinario.

A. Miranda y C^a—Impresores

COMPOSTELA 69-TELEFONO 280.



UN GRAN ORADOR CUBANO

(Rafael Montoro, sus discursos y su política).

La crítica, al cabo, es una de
las formas del combate.

R. Montoro.

IV

MAS ese tribuno insigne es al mismo tiempo un político serio, convencido y constante en cuyas oraciones, así como en su conducta, domina siempre noblemente el interés de su partido, como en su individualidad domina siempre como soberana la razón. Si su indignación, si su cólera, si sus pasiones apareciesen alguna vez proporcionadas á su aspecto y su estatura, debe-

rían ser en realidad formidables; pero pocas veces se habrá realizado en un hombre equilibrio más estable y perfecto de todas las facultades del espíritu; pocas veces se habrá visto correspondencia más cabal y ajustada entre las condiciones exteriores y las interiores, entre lo físico y lo moral, que en esa personalidad singular del egregio propagandista y brillante mantenedor de la autonomía política de Cuba.

En sus conversaciones privadas no se sospecharía que es el mismo orador excelso que arroba ó extremece cuando lo quiere á un auditorio numeroso; ni imaginaría nadie entonces su cultura profunda, su instrucción vastísima y una de las formas características de su inteligencia,—el *renanismo* aristocrático y sereno que lo aparta del vulgo, que le infunde desconfianza y como sagrado horror de la plebe, que en política le coloca tan lejos de las escuelas radicales como lo está, por su justificación, su conocimiento de la filosofía y de la historia, y su nobleza de alma, de las escuelas absolutistas y reaccionarias. Por

eso es tan cortés, tan comedido y afable en sus relaciones sociales, de tal manera y á tal punto que departiendo con los que le son inferiores, es decir, la generalidad de los que se le acercan continuamente por diversos motivos, parece ser él quien aprende de los otros, y seguramente es él el que habla con menos frecuencia, y sin oirse jamás, sin énfasis, sin impaciencia, como si su interlocutor ó visitante le hiciera favor ó le honrase robándole un tiempo precioso. Por eso quizás prodiga en sus discursos y en sus críticas, siempre por lo general exageradamente benévolas, y por lo mismo descoloridas, los más extremados calificativos en muestra de consideración y de estima, hasta proclamar *ático* el estilo de un compañero muy intencionado y sarcástico, que se distingue precisamente por lo contrario,—resultando al cabo, de ese modo, por ese resabio de ateneista madrileño, que es un vicio de los oradores españoles, visible y corriente sobre todo en los discursos del Congreso, confundidos los que valen y las medianías más ó

menos insignificantes en el mismo elogio desbordado y desdeñoso, al punto que acaso fuera señal de verdadero mérito, y por parte suya honor extraordinario, el merecer de su pluma la contradicción y aún la hostilidad. Y por eso también en sus labios no es violenta jamás la invectiva; pero es terrífica en cambio, amarga é incurable, la comúnmente rápida expresión de su desdén. Cuando brota repentinamente es tan certero como mortífero, y en tal momento el orador, hasta allí majestuoso, escultural, cuasi divino, cual si estuviera exento y libre de las humanas debilidades, muéstrase hombre un instante, como al fulgor de un relámpago, y de su boca, que destila frecuentemente balsámica miel, salta la centella que va derecho á quemar y retorcer en breve espasmo el corazón de la víctima. Pero la víctima rara vez es el hombre, el individuo particular; casi siempre es el representante de una escuela, de una tendencia, de un vicio social, nocivo ó funesto para su partido y su país. Es él tan correcto, tiene tal y tanto domi-

nio de su raciocinio y su palabra, que lo que pasma positivamente, oyéndole en la tribuna, ó leyendo sus discursos, es esa seguridad prodigiosa, esa disciplina que le permite detenerse en el lugar y en el instante precisos. Cuando hablaba en el Congreso, y le interrumpían maliciosamente los conservadores, replicaba al momento y no replicaba sino con moderación intachable y con sobriedad á veces inconcebible. Empezaba un párrafo soberbio, alentado, vibrante, y..... en vez de despeñarse, á impulso de la indignación ó de la ira, espoleado al borde del abismo por la astucia ó por la maldad, por la mala intención ó el cálculo frío, concluía sereno y triunfante donde lo creía procedente y oportuno, á manera de una mágica esfera de marfil que lanzada por un pulido plano inclinado pudiera detenerse precisamente en cualquier momento de su velocidad. Este poder inmenso sobre sí mismo implica cualidades excepcionales,—rapidez vertiginosa y fertilidad de razonamiento, facilidad y riqueza de vocabulario, á la

vez que el predominio de la inteligencia sobre la sensibilidad, en íntima y permanente armonía; constituyendo así un organismo peculiar en que las emociones están subordinadas á las ideas y las ideas están ya apercebidas y dispuestas al servicio de la razón, como un ejército brillantemente equipado que atiende á la voz de su jefe y maniobra con la precisión inalterable de una máquina.

Su aspecto mismo revela esas condiciones superiores. Es robusto sin ser fuerte. Su gran corpulencia no muestra el desarrollo y endurecimiento muscular del púgil, como en quien consagrado á la vida sedentaria del estudio ha tenido que descuidar la gimnástica; pero está dotado del vigor necesario para nutrir y sustentar un gran cerebro. Su cabeza es voluminosa, esférica, realmente olímpica. Destácase arriba, como para percibir desde más lejos y dominar la marcha de la historia, como para guiar mejor, á modo de un faro que irradia sobre alto torreón. Su mirada despide suave resplandor; sondea,

excruta, tranquila, sin ardor ni llama, vaporosa y soñadora. En su frente amplia y levantada no hay arrugas permanentes, y rara vez el pliegue pasajero y casi furtivo de la piel denuncia el rápido serpear de las pasiones. Parece un mármol terso donde las tempestades del espíritu no han podido dejar, en algunas vetas de ténues matices violáceos ó azulosos, siquiera leve huella de su paso. En contraste, sus labios contraídos apenas disimulan el rictus persistente de indiferencia soberana ó compasivo desdén. Y el conjunto produce la impresión de un hombre superior, honrado y noble, bueno y frio, de inteligencia extraordinaria, de exquisita ecuanimidad, á quien sostiene flotando sobre las contrariedades y las oposiciones una voluntad perseverante é inquebrantable bajo las apariencias más blandas; un hombre que antes que resistir creeríase que cede siempre, y antes que dominar, que habrá de someterse fácilmente y que prefiere á la gloria y á la popularidad el retiro y la penumbra. Muy difícil, en yerdad, sería encontrar

juntas tantas excelencias y á la par tanta modestia; tanta elevación moral y tan despectivo instinto aristocrático; tanta fuerza de razón á la vez que tanta fuerza de palabra,—la convicción hermanada con la calma; la elocuencia unida estrechamente á la serenidad; la influencia personal sin mezquina ambición; por eso desde su modesta posición de vocal de la Junta directiva es el árbitro real de su partido, es, mejor dicho, el partido mismo; por eso es respetado y querido; más respetado que querido; porque apenas parece un ser humano en sus excelencias y su efectiva grandeza. No estoy muy á menudo cerca de él; no le conozco en la vida íntima; pero por lo que oigo y por lo que veo no sé que tenga ningún defecto. ¿Quién puede pensar que le asiste razón para considerarle un enemigo? ¿Quién tampoco podría alegar motivo alguno para ser enemigo suyo? No se crea, sin embargo, que el insigne cubano no está, como los demás, sometido á desfallecimientos y aun contradicciones, pues la personalidad es una sucesión de es-

tados de conciencia diferentes y aun contrapuestos, que así como cada pueblo al través del tiempo es una unidad abstracta, la síntesis de elementos diversos, continuación indefinida de estados pasajeros y antagónicos á veces,— el individuo es también por modo análogo una unidad que subsiste en medio y á expensas de cambios continuos, denegaciones y de antítesis que van tejiendo la urdimbre misteriosa de la vida.

Algunas veces aparecen, efectivamente, en sus discursos contradicciones inexplicables, donde se nota la influencia del Ateneo de Madrid, el hábito allí adquirido de considerar en sus fases opuestas todas las cosas, en ejercicios dialécticos que aguzan el entendimiento, pero también desprestigian ó adulteran los conceptos, sacrificados casi constantemente por necesidades de la disputa, en que la forma va poco á poco adquiriendo ascendiente sobre el fondo, la expresión dominando sobre su contenido, la brillantez sobre la exactitud, la habilidad sobre la razón, la elocuencia

sobre la verdad, la palabra, en fin, sobre la idea. Porque Montoro, aun siendo pensador conceptuoso y sólido, al cabo es un polemista, y un polemista formado en el Ateneo. El propio ha dicho de sí que era «hombre de discusión» *desde sus más juveniles años*.¹

¿Qué mucho, pues, que distinga como cosas opuestas la evolución, y la revolución ó la guerra? Ni que á ocasiones muestre admiración á España no fácilmente justificable, é inadvertidamente hasta en mengua de los cubanos, así como que,—por último—les ofrezca á éstos como garantías de éxito, en ocasiones críticas, méras afirmaciones personales?

Porque es lo cierto que Montoro ha mostrado profesar menosprecio invencible, á veces muy cruel, por la revolución de 1868 y ha logrado infundirlo en el ánimo de muchos de sus correligionarios; injusticia aparente acaso y tanto mayor cuanto ha tenido él que declarar varias veces, que reconocer explícitamente, que la guerra fué un resultado

1 Discurso de Irijoa.—p. 137.

fatal, que fué el producto de medio siglo de errores y de iniquidades y que toda la responsabilidad recae por lo mismo única y exclusivamente sobre la Metrópoli.

Para Montoro y los autonomistas la revolución fué una calamidad que vino á interrumpir el desenvolvimiento progresivo de la sociedad cubana. En su discurso de *La Caridad*, del Cerro, el 9 de Agosto de 1893, se preguntaba: «¿Era » posible creer que, una vez restaurado » el nuevo régimen, dejaran de renacer » aquí *las aspiraciones cuyo* DESENVOLVI- » MIENTO *interrumpió la guerra*, pero que » ella no pudo destruir?»¹ Y su ilustre prologuista, el Sr. D. Ricardo del Monte, ha consignado el mismo concepto casi con idénticas palabras:... «la Revolución de Yara, que remitiendo á las » armas el desagravio de seculares ofen- » sas, *interrumpió diez años el proceso de » la evolución pacífica iniciada desde prin- » cipios del siglo.*»²

Nada habría que objetar á esos tér-

1 Pág. 37.

2 Prólogo—V.

minos equívocos si en otros lugares de la obra que comprende los diversos notabilísimos trabajos de Montoro no se hiciera responsables de la guerra á los revolucionarios. Y si me detengo á señalar con la injusticia el error en que se incurre, no es sino porque quiero rastrear en cuanto lo pueda el pensamiento fundamental del insigne cubano, con el sólo objeto de ver si doy al fin con la clave de su política, si tropiezo con el móvil profundo que la inspira, con la razón fundamental que la determina y la sostiene al través de sus contradicciones doctrinales, en su marcha vacilante, y la casi estéril aunque infatigable perseverancia de sus mantenedores.

V

Piensa Montoro que el cambio de gobierno que inesperadamente llevó en 1867 á don Alejandro de Castro al Ministerio de Ultramar y dejó sin cumplimiento la obra iniciada dos años antes con la convocación de la *Junta In-*

formativa por D. Antonio Cánovas del Castillo, fué un hecho accidental y pasajero y que no era entonces el momento oportuno de entregarse los cubanos á la desesperación; sino que lo prudente, »y lo más racional, era perseverar, ro- »bustecer más y más el elemento refor- »mista, propagar sin descanso sus ideas »entre todas las clases de la sociedad, y »esperar en actitud firme, pero circuns- »pecta, *la inevitable salvadora catástrofe* »que en el horizonte de la Madre Patria »con toda precisión se dibujaba»; porque así «los luminosos informes de los co- »misionados, al calor de las altas perso- »nalidades que venían apoyando la re- »generación de Cuba, *germinarían vigoroso- »samente* tan luego como fracasara—y »claro estaba que había de fracasar pron- »tamente—aquella loca reacción clerical »de 1867.»¹ En su concepto sólo el Con- de de Pozos-Dulces, en tan graves cir- cunstancias, por ser él un político avisado y perspicaz, había comprendido la supre- ma necesidad y conveniencia de conde- nar «las impaciencias revolucionarias»;

¹ Pág. 441.

pero en «aquellos tristes días» pudieron «la *frivolidad* y la *inexperiencia*» sobreponerse «poco á poco á la sana previsión del hombre de Estado.»¹

El pensamiento de Montoro queda completo con el párrafo siguiente: «Li-
»mitémonos á consignar que *la concien-*
»*cia pública y la historia* han dado ya
»la razón al Conde, *y se la han dado por*
»*completo. La revolución fué, SIN DUDA,*
»*un hecho inevitable, puesto que ni aun*
»*fué dado al Conde impedirlo. Provo-*
»*cáronla exasperaciones, legítimas al ca-*
»*bo, puesto que tenían grandes agravios*
»*por origen y hacía largos años que in-*
»*quietaban con razón el alma del pue-*
»*blo. Pero considerando las cosas desde*
»*el punto de vista de la reflexión y DE LO*
»*QUE DEBIÓ HABER SUCEDIDO, parece-*
»*nos lo cierto que el Conde tenía razón y*
»*que, si hubiese perseverado en el plan*
»*que trazó, Cuba HUBIERA LLEGADO MU-*
»*CHO ANTES AL TÉRMINO DE SUS ASPIRA-*
»*CIONES...*»²

1 Lot. cit.

2 Lot. cit.

Por lo pronto, puede fundadamente preguntarse hoy, en este año de gracia de 1894, como victoriosa refutación de las lucubraciones anteriores:—¿Acaso ha realizado ya la isla de Cuba sus aspiraciones, tras quince años de paz casi universal en la Monarquía? Si esas aspiraciones consisten en un sistema de reformas, en una Cámara insular, sin gobierno responsable, como pretendieron los viejos *reformistas*; ó en la Cámara insular, con un gobierno responsable, como pretenden los autonomistas; si consistiesen siquiera en la *Diputación Unica* con las después de todo estrechas facultades que apuntó el Ministro de Ultramar Don Antonio Maura; ó en las no muy amplias que quisieran atribuirle los nuevos *reformistas* ¿puede nadie ni por delirio sostener— ¡no digo que se han realizado!—que hayan de realizarse ni aun en lo que resta de este siglo, á menos que ocurrieran aquí circunstancias especiales, como la concordia y unanimidad de españoles y cubanos que por lo inauditas no es presumible ni menos todavía pro-

bable que en ese espacio de tiempo se verifiquen?

Pero ¿no hizo el Conde, según lo indica el mismo Montoro, cuanto estuvo á su alcance para evitar el predominio de los *inexpertos* y los *frívolos*, como dice él que lo prueban sobradamente la supresión de *El Siglo*, y su apartamiento de *La Opinión*, como lo probaría más que nada, á ser cierta, «*su franca actitud* frente de las impacencias revolucionarias?»

Empero, no hubiera podido el Conde de Pozos-Dulces, ni en perfecto acuerdo con los reformistas, ni muchísimo menos solo, hacer más de lo que hizo, de lo que hicieron sus correligionarios, y así lo reconoce Montoro terminantemente: «el partido reformista—ha dicho él—no pudo ejercer una acción más eficaz ni sostenida, porque no pudo organizarse jamás como tal». Las leyes entonces vigentes no hubieran tolerado esta organización... «no teniendo jerarquía, ni disciplina, ni organización, le fue IMPOSIBLE resistir el primer choque á LA PRIMERA IMPRESIÓN desfavorable que se es-

parció por la multitud». ¹ Ah! de fijo que no fué aquella la primera impresión desfavorable, desde 1837, ni fué tampoco la menos amarga y ofensiva. La *Información* misma había sido una farsa mentirosa. Don Antonio Cánovas del Castillo, celebrado á menudo por Montoro con gran respeto, no hubiera realizado jamás ni nunca «las aspiraciones de Cuba». Quien ideó y realizó la composición de la *Junta Informativa* tal como se congregó en la Corte, no mostraba deseo demasiado sincero de conocer las necesidades y los anhelos del pueblo cubano, ni tampoco por consiguiente de realizarlos. Muchos años seguidos rigió á España, con posterioridad, como Presidente del Consejo de Ministros, cuando su poder y su autoridad eran incontestables y no obstante... contra la política que mantuvo en Cuba, contra su espíritu funesto, sus errores y sus iniquidades ha luchado sin cesar, lucha aún, y no sé si luchará por mucho tiempo más, el partido autonomista, el partido de Montoro, y han reso-

1 Pág. 440.

nado para condenarles y para maldecirlos los acentos más inspirados y enérgicos del insigne tribuno cubano.

Y cuando volvieron á esta isla los comisionados cubanos de 1865, el desengaño que muchos habían anunciado hizose general. El Conde de Pozos Dulces había perdido, como los demás, vanas esperanzas de un momento;¹ porque bueno es recordar que él no fué nunca, ni pudo ser tan sincero español como se ha pretendido, ni consideró las reformas, como se consideran ahora, como un *fin*, sino como un *medio*, entonces oportuno, de alcanzar sucesivamente la plenitud de la soberanía, de llegar alguna vez al término único de sus patrióticas ánsias—la independencia de su patria; y tanto es así, tan persuadido estaba él, del mismo modo que otros muchos lo estuvieron y todavía lo están, de que la regeneración de su tierra, según corrientemente se ha entendido, sólo habría de alcanzarse

1 «Pozos-Dulces volvió desconsolado»..... *Morales Lemus y la Revolución de Cuba*.—Estudio Histórico por Enrique Piñeyro—New York—1871—pág. 84.

emancipándola del poder de España que sus últimas palabras fueron la expresión de su «desconsuelo» de no ver realizada «la libertad de Cuba» que había sido «el sueño de toda su vida». ¹

Ni tampoco *El Siglo*, que pudo durar hasta fines de 1868, continuó representando la voluntad del país, el cual miraba ya á otros rumbos del horizonte, ni el Conde de Pozos Dulces conservó por entonces prestigio suficiente para oponerse y menos para poder contener el curso de los acontecimientos, la nueva dirección que había tomado «la conciencia pública», en el supuesto de que la suya hubiera con ella estado en desacuerdo. Sus amigos, sus compañeros, los hombres que sostenían *El Siglo*, ó estaban justamente desanimados, ó se inclinaban á la revolución. Todos ellos, incluso el ilustre escritor, habían sido, y en el fondo de sus corazones continuaban siendo partidarios de la indepen-

1 Con la mira de completar fundadamente mi pensamiento, y por el interés que por sí mismo despierta este asunto, me decidí á reproducir en este número un trabajo que publiqué en *El Cubano*, «diario autonomista de la tarde», el 29 de Octubre de 1887.

dencia. Desastres ruidosos y recientes, dificultades gravísimas, y temores y desconfianza fundados, fueron motivos poderosos para que hubieran querido aprovechar, como lo procuraron, la situación realmente escepcional, adventicia, casual y en modo alguna duradera, que ocasionaron en la isla el carácter y la actitud personal de los generales Serrano y Dulce, favorable por primera vez desde 1820 á la expansión del espíritu público y á los anhelos generosos y hasta entonces comprimidos de reformas económicas y administrativas y de libertad política. A la vuelta de esperanzas nacidas en tan vanas condiciones, habría de estar siempre el desengaño. Tras Serrano y Dulce vendrían Manzano y Lersundi, como tras O'Donnell vendría Narváez y González Bravo; y—por otra parte—nadie era profeta para estar convencido de que las agitaciones siempre abortadas de Prim llegarían á ser la conjuración de los generales, que ese movimiento esencialmente militar habría de triunfar y convertirse de intriga soldadesca y mo-

narquía en triunfante revolución. En la famosa batalla de Alcolea, que no fué sino un combate, pudieron ocurrir las cosas de otro modo; lo que fué triunfo relativamente fácil de Serrano pudo haber sido victoria de Novaliches y— ¡quién sabe!... pero los cubanos, ni nadie, podían preveer esos sucesos, y menos que nadie los cubanos, porque constantemente estuvieron engañados, y desconocieron siempre en consecuencia el desenvolvimiento y la índole de aquel por lo demás incierto y confuso período. En su editorial de 1º de Octubre de 1868, decía el *Diario de la Marina*—refiriéndose á los telegramas de París y Londres insertos en periódicos de New York hasta el 24 de Septiembre,—que «son en su mayor parte tan » *contrarios* esos despachos á lo que ya sa- » bemos *de oficio*, y resalta, además, de » un modo tan claro *la falsedad* de cier- » tas noticias que el espíritu de partido » ha propalado, que nos limitaremos á » reproducir aquellos cuyo carácter nos » parece *auténtico*», y añadía—en tal concepto, por de contado—que el Mar-

qués de la Habana había dirigido á los representantes de España en las Cortes Extranjeras un despacho *en que dá la seguridad de que la revolución será sofocada*. Los telegramas del general Concha, Presidente del Consejo de Ministros, que insertaba la *Gaceta* eran completamente falsos. En el del 25 de Septiembre, inserto en el número del periódico oficial del siguiente día, afirmaba el jefe del gobierno que con excepción de la sublevación del Sur, amenazada por Pavía «con fuerzas respetables», permanecían «Cataluña, Aragón y Valencia completamente tranquilas, *así como el resto de la Península*». El 27 aseguraba que «*el país en general teme á la revolución*», y que «*el espíritu del Ejército está muy levantado en defensa de la Reina*». En esos momentos cabalmente estaban, sin embargo, á cuatro kilómetros los ejércitos contrarios que á las veinticuatro horas debían luchar en el puente de Alcolea, y al decir—parece—del propio autor del anterior telegrama, refiriéndose al corto período de su gobierno, era lo positivo que «ni uno solo

» de los muchos oficiales generales que
» residían en Madrid, se le presentó en-
» tonces, ni aun después, con el objeto
» de pedir un puesto para combatir la
» revolución». ¹

Como se vé, resulta evidente el propósito de engañar á los cubanos. Si no era posible en la Habana adquirir idea aproximada de aquellos pronunciamientos militares, difícilmente le hubiera sido dable penetrar su sentido á Carlos Manuel de Céspedes en el rincón apartado de su ingenio de la jurisdicción de Manzanillo. Puede ser que hasta allí llegara el vago rumor de la distante lucha; pero en ese caso hubiera sido razón de más para decidirse, aprovechando tan favorable coyuntura. En esta capital se supo de un modo cierto el triunfo de la sublevación de Cádiz el trece de Octubre, y ya hacía tres días que Céspedes había alzado pendón por la independencia. Lo que seguidamente fué sucediendo no era tampoco

¹ *Historia General de España*, por D. Modesto Lafuente, continuada por D. Juan Valera, D. Andrés Borrego y D. Antonio Pirala.—Barcelona.—1890.—Tomo XXIII, pág. 324.

para quebrantar, sino antes bien para enardecer legítimamente la revolución cubana. La reina Isabel huía de España, cediendo en su aislamiento y justísimo desamparo á la sublevación victoriosa, y pasaba el 30 de Septiembre la frontera de Francia. Esto no obstante, el 4 de Octubre, por ser sus días, y el mismo 10, por ser su cumpleaños, recibía Corte, en el Palacio de Gobierno, el Capitán General de Cuba, representante de la nación, y el 17 se confrieron los grados académicos en la Universidad de la Habana «bajo juramento de obediencia á Doña Isabel II.» El 13 de Noviembre recibía Lersundi del nuevo Ministro de Ultramar un telegrama en que se le participaba que el Gobierno estaba «*altamente satisfecho de su digna y patriótica conducta*»; y ya entonces se había celebrado aquella *Junta de Notables* (24 Oct.) que fué á reclamar respetuosa y previsoramente que se hicieran extensivas á la isla las recientes innovaciones liberales realizadas en la Península é interrumpió brusca y desabridamente, bajo el pretexto de que *eso mismo pedían*

los sublevados de Yara, el violento soldado que a la misma hora soñaba en desligar á Cuba del gobierno supremo «y proclamar en ella á los Borbones»,¹ á pesar de haber asegurado muy pocos días antes, en un parte telegráfico al Comandante general del Departamento Oriental, que «la Isla de Cuba *es* de España, mande quien mande en la Península.» Mientras tanto nada había decidido en favor de este pueblo el sedicente liberalismo de la nueva situación pública. El documento del Gobierno Provisional que insertó la Gaceta el 17 de Noviembre, el único documento dirigido hasta entonces á los cubanos, fué considerado con razón como lo que realmente era, como «una afrentosa burla» que abría la herida de 1867, recordaba añejas injusticias y constantes errores, é irritaba «las cicatrices de 1837.»²

Y no puede decirse que fuese ese depreciativo olvido derivado de falta de advertencia y reclamación oportuna por parte de los cubanos. Lo que Mestre y

1 Piñeyro.—Op. cit.—pág. 72.

2 Piñeyro. Op. cit.—pág. 76.

Modet solicitaron el día 24, para lograr tan sólo que estallase la torpe cólera de un mandarín soberbio, y verse perseguido el primero y deportado violentamente el segundo,—lo habían pedido, aunque inútilmente, desde el primer momento, dos conspicuos hijos de esta isla, Don Calixto Bernal, muerto hace algunos años, y D. Nicolás Azcárate, que acaba por desgracia de bajar también á la tumba, por medio de una Exposición al gobierno recién instalado en la Corte. Habíase promovido también una agitación de los cubanos residentes en Madrid en favor de las reformas que consideraron más urgentes, y aun con ese mismo objeto ya desde el 16 de Octubre quedaba establecida una Junta de doce vocales bajo la presidencia y vicepresidencia, respectivamente, de D. José Joaquín de Arrieta y el Marqués de Villaytre. Todo fué en vano, y cuando llegó Dulce á la isla, enfermo, casi moribundo, en Enero del año siguiente, acaso era de todos modos demasiado tarde. La intransigencia y el odio habían empuñado el timón, la insurrección

se fortalecía, las esperanzas en la Metrópoli apenas podían ni concebirse, y al resplandor del vasto incendio difícilmente se vislumbraba ninguna solución conciliadora y fecunda, á no ser ya la independencia.

VI

Y del mismo modo y al propio tiempo que el preclaro autonomista repugna la revolución, considera como los mejores y más notables servidores de Cuba á los que se empeñaron en preparar y obtener para ella, sin conmociones ni trastornos, la reforma del régimen á que, con sólo mudanzas superficiales, ha estado durante el siglo casi continuamente sometida. Así se colige de varios de sus escritos, y en particular del que dedicó á los apuntes biográficos del Dr. D. Vidal Morales y Morales relativos al Conde de Pozos Dulces; pues que allí primero afirma que la vida de aquel varón benemérito, *«como la de todos los cubanos ilustres, carece de vicisitudes sin-*

gulares y de hechos sorprendentes,»¹ y luego lo repite sin excepción, como si fuera carácter constante é invariable de nuestra historia:—«*La vida activa del Conde de Pozos Dulces se resume, pues, como la de todos los cubanos eminentes que han descado servir á su país, en una serie de estudios y de escritos, interrumpida de tiempo en tiempo por las persecuciones ó la emigración.*»² Confieso que no se me alcanza la actitud de Montoro, su severidad desdeñosa, en frente de los revolucionarios cubanos, ni el sentido íntimo y cabal de las precedentes proposiciones tuyas; porque, conforme á algunos lugares de su libro,³ más de una vez en la tribuna ha reconocido y noblemente declarado que los únicos responsables, exclusivamente responsables de la lucha armada que al fin sobrevino en 1868, fueron el régimen político y administrativo imperante en la colonia, y los gobiernos metropolitanos que á su sombra la estrujaron y

1 Pág. 437.

2 Pág. 438.

3 Págs. 98 y 111.

agraviaron hasta sumirla en la desesperación; y porque el Conde de Pozos Dulces había sido prominente revolucionario y murió haciendo fervientes votos por la independencia de Cuba; de igual manera que otros cubanos no menos ilustres que él, como el gran Heredia, como el insigne Varela, como *El Lugareño*, como Morales Lemus, como Juan Clemente Zenea, como Miguel Aldama, como José Manuel Mestre, como José Antonio Echevarría, que fueron también no menos sinceros revolucionarios y decididos separatistas. Esclarecidos y famosos únicamente por virtud de sus altas inspiraciones revolucionarias y por su vida heroica, por sus ideas de regeneración política, sus sacrificios, sus hazañas y su martirio, sobresalen en nuestra historia Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera, Domingo Goicouría é Ignacio Agramonte, de gloriosa é inmortal memoria.

Mas parece lo cierto que para Montoro y sus cofrades la revolución fué una gran calamidad en lo pasado y se-

ría una inexcusable locura en lo sucesivo; parece indudable para él y los suyos que la mejor manera de servir al país consiste en perseguir las reformas sin abandonar jamás los senderos de la paz, y que ésta ha sido la aspiración constante, la verdadera aspiración de los buenos hijos de Cuba en el transcurso de esta centuria. Ese ha sido—á juicio de Montoro—«el puro ideal reformista» según se muestra «desde los albores del presente siglo.»¹ Ese—en concepto que expresa también Ricardo del Monte casi con palabras iguales á las de su compañero y amigo—era «la idea que habían perseguido *los genuinos liberales cubanos* desde los albores del siglo»²—idea «que esbozaron el Presbítero Caballero y Valle Hernández,» que formuló luego el Padre Varela, que explicó y propagó Saco «en sus numerosos escritos», y cuya fórmula más comprensiva y general trazó en *El Siglo* la pluma del Conde de Pozos-Dul-

1 Pág. 37.

2 Prólogo—V—y XIX.

ces: «*Todo por la evolución, nada por la revolución*». ¹

Al festejar los liberales de 1878 la fundación de su partido, con el gran banquete que celebraron en la Quinta de Santovenia, proclamóse otra vez y se adoptó el lema de *El Siglo* como síntesis de la conducta que habían de seguir. Ninguna oportunidad podía haber sido mejor que aquella para haberla inscrito en la bandera de la incipiente agrupación política, pues que la revolución había fracasado; pero al fin y al cabo el triunfo de España había sido un triunfo de la fuerza. Con ello obtenía más bien, aunque estrechamente interpretada, una confirmación resonante la doctrina *darwinista*, que invocaban ó profesaban algunos de los doctos comensales de aquella fiesta; mas por ello no podía por de contado condenarse ni como injusta ni como absurda la revolución. Desplegó ésta menos fuerza durante el conflicto y sólo por eso sucumbió. Injusto y absurdo era el régimen que defendían los soldados espa-

¹ Loc. cit.—XX.

ñoles; pero representaban fuerza mayor y por lo mismo pudieron triunfar. Tan fundada, tan generosa, tan necesaria había sido la revolución desde el punto de vista de sus causas y sus propósitos, que aquel festín que celebraron los liberales era en sí mismo, por su origen y por su objeto, la demostración de que su obra grandiosa no había aún terminado y no debía tampoco interrumpirse ó abandonarse. Quedaban en pie todavía muchas iniquidades, y el nuevo partido cubano no podía engañarse en cuanto á que la misión que voluntariamente se imponía, bien que para acometerla empléase medios muy diversos, había de consistir en derrocar por completo el antiguo régimen, en efectuar una revolución radical, más difícil acaso, pero tan grande como la que no pudieron ver realizada los insurrectos por medio de las armas.

Lo que no se quería ya era otra guerra semejante á la larga y devastadora que acababa de terminar. Juzgábasela ineficaz, peligrosa, imposible tal vez en lo futuro, y la reciente dolorosa expe-

riencia parecía confirmar la impotencia de los cubanos para provocarla y sostenerla de nuevo con asomos siquiera de éxito. La consigna del partido liberal fué por tales motivos la paz á todo trance. Años adelante se llegó hasta la caricatura de aquella fórmula primitiva: «*queremos la evolución lenta y mansa*», decía un periódico liberal ¹ no sé si por resignación ó por extraña y curiosa soberbia. El mal, pues, era la guerra. Desacreditarla había de parecer una necesidad, combatirla un deber elemental. Como condición imprescindible de adelantamiento, de reforma y de prosperidad debía procurarse que desapareciera del corazón de los españoles la suspicacia, desvanecer sus recelos, inspirarles, en fin, confianza; requeríase previamente, en consecuencia, la pacificación de los espíritus, ese «*trabajo de apaciguamiento*» ² á que aludió Montoro en uno de sus discursos de Cienfuegos, y al cual había de contribuir desde luego y contribuyó resuelta y poderosa-

1 *La Autonomía*, de Guanabacoa.

2 Pág. 6.

mente el partido liberal desde sus comienzos. Poco más ó menos eso mismo sostuvo más adelante y recomendó con entusiasmo y encarecimiento á los cubanos en un opúsculo ¹ publicado en esta ciudad el eminente orador Antonio Zambrana, ya por entonces afiliado bajo la bandera de la autonomía.

Nada ha alterado ni un solo día esa línea de conducta. La situación de Cuba actualmente es casi la misma, es en lo esencial la misma de los ominosos tiempos de Tacón. Todavía su destino está fuera del alcance de sus hijos; todavía depende de extraña dirección y poderío; todavía ese «árido problema» queda—como ha dicho Montoro—«*sometido de lleno; sometido en absoluto é*» IRREMISIBLEMENTE á la decisión de los «partidos peninsulares que turnan en el poder», y «á dos mil leguas de distancia han de examinarse, pues, nuestras quejas y han de juzgarse nuestras necesidades por quienes no entienden siempre las unas ni conocen bien las

1 *Un viaje á la Metrópoli.*

otras.»¹ Las condiciones fundamentales del país no han variado en estos últimos quince años, y si en 1885 declaraba públicamente Montoro que el modo de ser político en Cuba era «*realmente intolerable*»², en 1892 con voz vibrante, en acentos doloridos ó en párrafos caldeados por noble y comprimida indignación, advirtió la urgente necesidad de una profunda é inmediata transformación, porque «fuerza es reconocer»—decía—que en nuestras instituciones «*hay algo podrido que es preciso amputar resueltamente.*»³ Hace pocos meses que «insistía Montoro en ese que llamaba «*obstáculo tradicional*, y proclamaba con inquietud y angustia que «*están ahora, como antes, FUERA de la acción efectiva y real de los habitantes de la isla*» su legislación y su suerte.⁴

Tan dura, tan irracional, tan humillante es para su corazón de cubano, para su previsión y su inteligente patriotismo, para su dignidad de hombre alti-

1 Págs. 65 y 66.

2 Pág. 63.

3 Pág. 235.

4 Discurso de San Nicolás.

vo, y aun para su incomprendible pero resistente españolismo, la condición á que se sujeta á este pueblo, que está persuadido de que sólo él, entre los diferentes que constituyen la nacionalidad, fuera capaz de soportarla: «¡Quisiera yo ver en cualquier provincia »peninsular—exclamaba un día indignado, exasperado ya—implantado el »sistema que aquí rige! ¡Ah! Si allá se »tuviese por norma de conducta en algún modo ajar y deprimir á los naturales de la provincia, ridiculizar sus usos y costumbres, escarnecer sus mayores y más venerandas personalidades, insultar una y otro vez desde violentísimos periódicos sus sentimientos más arraigados; si allí por el mero hecho de venir de fuera á establecerse ó á servir bien ó mal, un destino, se creyese »alguien con derecho á vilipendiar al pueblo en cuyo seno venía á librar el combate de la vida, *seguro estoy*, yo que he visto de cerca la vida española, *de que eso no sería tolerado jamás; de que no lo sería un solo instante; de que contra eso se protestaría con viril arrogancia*, como

»protestan Barcelona y sus hermanas á
»cada paso contra todo lo que amengua
»el nombre catalán ó compromete el in-
»terés de la localidad; como se unen en
»eterna protesta los vascongados contra
»todo lo que atenta á sus venerandos
»privilegios ó puede deprimir el histó-
»rico blasón de sus libres montañeses.»

«*Pues todo eso—concluye con legítimo
asombro Montoro—se sufre aquí con
»mansedumbre ejemplar, con resignación
»incomparable!*»¹ Y no obstante, los
peninsulares no se dan por satisfechos,
á extremo de verse el atribulado cuba-
no en el caso de reconocer en doloroso
desaliento que todavía «se nos tilda de
» intransigentes y se nos tacha de dís-
» colos, suponiendo que somos inmere-
» cedores de amplias libertades, y que
» tenemos índole tan aviesa, que vuelve
» ríamos su ejercicio contra la Madre
» Patria!»

Con esas premisas no se comprende
fácilmente que concluya siempre sus
terribles exposiciones, sus análisis tre-
mendos, recomendando la perseveran-

¹ Págs. 63 y 64.

cia en la marcha fatigosa, hasta ahora inútil y siempre sin objeto; no se comprende que inculque incansablemente la fe; la fe en qué?, la fe para qué?; no se comprende que haya dicho alguna vez que ella, «la fe inquebrantable», es lo que *dignifica* al pueblo cubano «ante la conciencia nacional»!¹

Semejante conducta sería ignominiosa, tan magnífica oratoria sería corruptora en sumo grado, esa propaganda incesante de quince años sería sólo el fruto de la depravación ó de la insania, si no tuvieran algún fundamento, alguna razón profunda derivada de las condiciones históricas y morales del país.

Porque no cabe dudar que hombre de tan grande y perspícua inteligencia de tanta nobleza personal, de tanta dignidad, como Montoro; que sus compañeros, también dignos, inteligentes, generosos; que un grupo selecto de hombres de honor y patriotismo, no estén penetrados de la irremediable lastimosa situación del país, de la absoluta carencia de medios por parte de los

¹ Pág. 93.

autonomistas para transformarla en la medida necesaria, y de la íntima é irreductible contradicción que entrañan su conducta y sus discursos.

Montoro y sus colegas saben que la revolución fué un hecho indefectible y glorioso, y sin embargo han procurado desacreditarla, saltar sobre ella y buscar más lejos, en otros tiempos y otros hombres, su genealogía política y sus precursores liberales; saben que el partido autonomista es impotente, que el régimen en que vive Cuba martirizada es tan inícuo como inexpugnable ante los esfuerzos de la razón y la conmovedora elocuencia de la palabra; saben que el destino de los cubanos está á la merced de gente extraña que tiene interés en conservarlo en sus manos de hierro, para sugetarlos y explotarlos sin compasión; saben que en las modernas democracias el gobierno es á la postre la nación, y que la conducta de una nación se determina por mil circunstancias que constituyen su *etiología*, el alma del pueblo, que los siglos forman lenta y exclusivamente, como forman

las rocas del planeta, y que sólo la acción paulatina de los siglos puede modificar; y apesar de todo, viviéndose como vivimos al azar, dependiendo como dependemos de lo indeterminado y lo desconocido, solamente ofrecen como panacea la acción de una propaganda contradictoria y estéril y el ineficaz recurso de una perseverancia sobrehumana, de tal manera y á tal punto, que su lema más adecuado pudiera ser: esperar, esperar siempre, aunque no haya esperanza ninguna! Y si nó, véase cómo un hombre tan lleno, tan sólido, tan nutrido de ideas, tan respetuoso del fondo aun al través de su riqueza y brillantez de forma, ha podido pronunciar, ha tenido que pronunciar, por la fuerza misma de embarazosa situación, palabras vanas, sin sentido real. Así—por ejemplo—en 1886 decía ante un concurso numeroso de camagüeyanos, en Puerto-Príncipe:—«La Autonomía podrá tardar más ó menos: tres, cuatro, » más años, no lo sé: pienso solamente » que un pueblo, *cuando tiene razón y sabe esperar*.... cuando tiene ánimo, cons-

»tancia y justicia, *acaba siempre por vencer* AUNQUE SE OPGA EL DESTINO!«¹

VII

¿Cuál es, si existe, esa razón profunda que decide de la actitud de los autonomistas, que aun sin abrigar esperanzas ciertas los mantiene aferrados á su lema de paz, con la espalda vuelta al pasado revolucionario y mirando sin cesar á lo lejos por si luce por ventura en el horizonte el día que no asoma hasta ahora?

Ah! porque si ellos empuñan la bandera nacional, no es que sean, ni puedan ser real y efectivamente españoles como los que nacen y se forman en la Península, que sientan en su alma amor sincero y entrañable por España; porque con el sistema que rige en la colonia no se enciende el afecto, ni se inspiran el respeto y la veneración,—que— como ha dicho Montoro—así, por medio de la injusticia y el despojo no se enseña «á querer y bendecir el nombre de

1 Pág. 105.

la Madre-Pátria». ¹ Al contrario, esa política desatentada, egoista y sin miramientos, sólo puede producir como su resultado más natural y positivo el desamor del cubano respecto á la nación que lo estruja y aun lo humilla. ²

No es tampoco que sea el autonomista un hombre distinto á los demás hombres, incapaz de heroísmo y de grandeza, incapaz de comprender y de sentir el mérito del sacrificio y la á menudo sublime fecundidad de la lucha, la á veces indispensable necesidad de *amputar* los miembros *podridos* del organismo social. Si algo admira realmente Montoro en la historia de España, y quizás sea lo único que admire en ella, no es la moderación inglesa, por otra parte muy discutible y que no se ha mostrado siempre ni en toda circunstancia, no es el sentido sajón de evolución prudente y pacífica, cuando los sajones saben combatir así que es necesario y el origen mismo y el desenvolvimiento de sus pueblos se ha debido también á

1 Pág. 64.

2 Pág. 66.

grandes guerras; como esos Estados Unidos, tan justamente admirados, que vinieron al concierto de las naciones después de ganar su independencia en larga lucha y asombraron luego al mundo con la contienda formidable tras la cual arrancaron de su corazón «el envenenado dardo de la esclavitud»;¹—sino el ardor patriótico, violento y generoso que no vacila ante el sacrificio y la muerte; no es, pues, ni sobre todo la sabiduría política ni el progreso intelectual, ni la prosperidad de la nación española, ni menos su espíritu colonizador,² ni la índole de sus empresas de conquista y expansión en el pasado y los móviles que la alientan en la conservación de los restos de su antiguo imperio transmariño;—sino el empuje tremendo, la energía formidable, la activa acometividad guerrera, sus hazañas gloriosas, «la inmortal epopeya» de su audacia y heroísmo.³

Esas son cabalmente las más nota-

1 Pág. 34.

2 Loc. cit.

3 Pág. 4 y *passim*.

bles cualidades del pueblo español y las que admira de veras Montoro, olvidándose enorgullecido ante su recuerdo de la evolución lenta y mansa que tanto se recomienda, de las transformaciones pacíficas y mesuradas á la inglesa, absolviendo en consecuencia á esos revolucionarios escarnecidos durante los doce meses del año, y acreditando siquiera por un momento á sus pocos adeptos de otros tiempos hoy clavados compasivamente á la picota,—«aquella parte de la »juventud *exaltada y aventurera* que en »una sociedad ordenada suministran argumento y tipos al dramaturgo y al »novelista, como en tiempos revueltos y »países mal regidos nacen predestinados al martirio ó á la gloria». ¹

En un brillante y entusiasta artículo sobre *Gambetta* decía Montoro, confirmando mis anteriores asertos: —«*Los »hombres que presumen de fríos y juiciosos* han censurado severamente á *Gambetta* por su *FURIA patriótica* que le llevó á preparar y combatir por una *guerra sin cuartel* contra el invasor. *Podrá*

1 Psólogo. XVII.

» *ser que ante la fría razón merezca su*
» *conducta tales críticas. Pero para los*
» *hombres de nuestra raza serán siempre de*
» *poco valor»... por lo que.... «nosotros,*
» *hijos de una raza heroica aunque infor-*
» *tunada, que entre la ignominia y la muer-*
» *te ha preferido siempre abrazarse á su*
» *culto heroico y generoso, que bendecimos*
» *la memoria de los patriotas, TEMERA-*
» *RIOS, sí, pero SUBLIMES, QUE NO PENSA-*
» *RON EN EL ÉXITO, SINO EN EL DEBER Y*
» *EN EL HONOR; que en América como en*
» *Europa, en los arenales caldeados del*
» *Africa como en los remotos mares de*
» *Oceanía, MOSTRAMOS CON ORGULLO*
» *LA HUELLA DE SANGRE QUE EN MEMO-*
» *RIA DE SU HEROISMO HA DEJADO NUES-*
» *TRA RAZA, nosotros admiramos á Gam-*
» *beta improvisando los bisoños pero*
» *entusiastas ejércitos de Aurelles, Chan-*
» *zy y Faidherbe, acumulando recursos,*
» *reconstruyendo el armamento, resta-*
» *bleciendo la administración militar,*
» *trabajando día y noche por prolongar*
» *la guerra para que se salvase al menos*
» *el honor de la Francia»...¹*

1 Págs. 468 y 469.

¿Qué motivo substancial pueden entonces tener hombres como ese tan dominado por el espíritu impetuoso de su raza, y sus inteligentes compañeros, al persistir en una propaganda que ha llegado recientemente á los últimos límites de la repulsión por el gran esfuerzo revolucionario de 1868 á 1879;¹ que les fuerza á preferir siempre, inflexiblemente, á los azares de nueva lucha, una situación que nunca varía en su esencia y condiciones fundamentales y que ellos, en cumplimiento de la misión que se han impuesto, se afanan con perseverancia por desacreditar y transformar, y cuando al término lejano ó próximo de tan grandes y constantes esfuerzos temen sólo desastres y horrores?²

Ah! para ellos si el régimen político y administrativo de Cuba es abominable, la revolución en cambio sería algo peor, sería la miseria y la desaparición de la cultura. Con el régimen que

1 Véase el discurso pronunciado en San Nicolás por el Sr. D. Manuel R. Angulo. (HOJAS LITERARIAS—Año II.—Tomo III.—Núm. III.—p. 211.)

2 Discurso de Montoro, en Taóón, el 22 de Febrero de 1892—p. 225.

mantiene España en esta tierra, los cubanos viven desesperados, es verdad; pero subsiste no obstante en alguna manera la civilización. No hay motivos racionales para esperar en el triunfo próximo, ni aun muy remoto de la Autonomía; pero hay fundados recelos de que la revolución comprometería con la riqueza los más altos intereses morales del país. Por manera que lo que realmente se teme, lo que realmente repugna, lo que realmente espanta, no son los peligros de la lucha y la abnegación suprema con que habría que arrostrarlos; no es tampoco la lucha misma; sino únicamente el triunfo de la revolución.

Ese fundamento profundo de la política autonomista, que yo he estado buscando hasta aquí, no se encontraría en ningún discurso de Montoro; pero está ligeramente esquiado en el *Prólogo* á la obra «Cuba y sus Jueces», de don Raimundo Cabrera el cual se insertó en la colección de trabajos editada por el Sr. Curquejo.

Cuba está sometida por fatalidades

históricas á *monstruosas condiciones sociológicas* que importa reformar á todo trance»,¹ acaso más que nada porque pueden perturbar la adaptación á su clima y topografía de razas superiores que apesar de «desalentadoras conclusiones pesimistas», pueden producir, estableciéndose y reproduciéndose en nuestra zona, variedades étnicas que excederían á toda esperanza.

En concepto de Montoro «no podrá tacharse de exajerada esta esperanza si se considera cuan vasto es el campo que ofrece nuestro, aun en gran parte, inhabitado suelo, no solamente al desarrollo de la actual población, sino á crecido número de nuevos inmigrantes y á su descendencia». ² Recuerda que «según los más atinados cálculos, en Cuba se cuentan 12'84 habitantes por kilómetro cuadrado», y si se asombra ante «el tiempo y los esfuerzos que ha menester nuestra sociedad para que la densidad media de la población sea en esta isla lo que en cualquiera de los

1 Pág. 436.

2 *Lot. cit.*

países que pueden considerarse ya plena ó ampliamente aprovechados siquiera»,—está persuadido por otra parte de que ese desenvolvimiento «ha de seguir el mismo curso de nuestra regeneración», así como que «ésta no es posible si antes no se reforman sustancialmente las condiciones á que vivimos sujetos». ¹

«Mas ¿son por ventura reformables?
» *¿Es lícito esperar* días mejores en que
» según la hermosa frase de un estadista español «empiece para Cuba el reinado de la justicia»?—se pregunta Montoro, al tiempo mismo de reconocer que ese es «el punto cardinal de la cuestión»; y aunque él aprovecha la ocasión para declarar una vez más su optimismo voluntarioso, sus discursos, por el fondo, comunmente son escuela luminosa de pesimismo político para quien sepa meditarlos, y aquellas mismas preguntas, el hecho sólo de hacérselas, implican que no hay cómo ni por dónde contestarlas en ningún sentido con fundamento legítimo, y menos aun de con-

1 Lot. cit.

testarlas en el sentido de las esperanzas de los autonomistas. El propio Monitoro no ha podido menos de reconocer á continuación que «*las dificultades son gravísimas*». ¹ Aunque no quiere esto decir que á su juicio sea la revolución ni el remedio ni la solución apetecibles. Al contrario: de la paz, únicamente de la paz dependen el progreso de la cultura, el adelanto y la prosperidad, las venturas todas del porvenir. En el entretanto, el deber del patriotismo previsor consiste en mantener, recabar y procurar que sea tan grande como íntima é inalterable, la concordia entre los elementos caucásicos; porque de su enemiga, de sus odios y sus conflictos sangrientos, dependen los males del presente y habrían de originarse todas las calamidades futuras: «Mas sea cual » fuere la solución que haya de dar el » tiempo á *este fatal problema, de algo po-* » *demos estar seguros ya, y es de que no* » *se alcanzará paz moral, ni aun sosiego* » *verdadero, orden, prosperidad, NI CUMPLI-* » *DA CIVILIZACIÓN, mientras no se ponga*

1 Lot. cit.

» término á la enemiga con que batallan.
» entre sí LOS DOS ELEMENTOS DE NUES-
» TRA POBLACIÓN BLANCA»; porque «de
» su concordia depende todo bien, como
» de sus discordias nacen todos los males
» y todos los peligros». ¹

De ahí que sea el partido autonomista tan decidido por la paz á todo trance, tan opuesto á la lucha armada, tan constante y desdeñoso adversario de la revolución. La guerra fué para él un error de la pasión y de la violencia irreflexiva y torpe. La guerra sería en su concepto el desastre definitivo. Combatirla ha tenido que ser en consecuencia una necesidad de su política. Desacreditarla, un hábil recurso en sus miras. Es preciso vivir en fecundo apaciguamiento, acercar y fundir en un solo espíritu, las dos hasta ahora enemistadas variedades del mismo tronco étnico. Fuera de eso no hay salvación posible: la Autonomía ó el desastre: «to-
» do nos prueba que la suerte está echa-
» da por la ley de la historia entre el
» triunfo de esa doctrina nuestra y la

¹ Pág. 436.

» ruina definitiva de nuestra sociedad»—ha dicho Montoro ¹ como la última sentencia del patriotismo y de la razón. Para el partido autonomista la civilización, la honra y el porvenir de Cuba están comprometidos siempre ó siempre amenazados por la obcecación y las torpezas de la Metrópoli y por el vandalismo de los revolucionarios. La única fuente de salud está en la autonomía de la colonia, en su organización autonómica bajo la dependencia de España; porque así estaría asegurada su tranquila libertad y su ulterior desenvolvimiento en el seno de una sociedad de diez y ocho millones de seres homogéneos. Si esta solución no se realiza, Cuba estaría perdida sin remedio *para sí misma y para España.* ²

En consecuencia, el partido autonomista se resigna á ser actualmente un mero partido de oposición y de propaganda, cede sus derechos al presente, si necesario fuere, con tal de asegurar el porvenir, y animado por tales inspira-

1 Pág. 56.

2 Pág. 436.

ciones entiende que su misión verdadera consiste en la difusión de sus ideas, en la conquista de las almas por el medio único del convencimiento y la predicación. «Tendremos toda la calma y »templanza necesarias para esperar; pero »hemos de tener también toda la libertad »indispensable para preparar lo porvenir,»¹ son palabras de Montoro que condensan los propósitos y las aspiraciones de su partido en la oposición irreductible que representa en la historia y en la política de Cuba.

Hasta ahora los resultados son harto mezquinos. Las reformas estrechas y para muchos equívocas de Maura están sin embargo á punto de naufragar. La resistencia reaccionaria muéstrase tan formidable como antaño, y más soberbia, audaz y amenazadora que nunca. El partido autonomista, cuya acción é influencia en la política son apenas perceptibles, abandona desengañado su derecho á elevar en los cuerpos colegisladores la voz doliente y estéril de sus quejas y sus esperanzas. Españoles son

1 Pág. 40.

los que aquí todo exclusivamente lo disponen y allá en la Corte, so pretexto de la organización y el régimen á que haya de seguir la isla sometida, combaten entre sí, bajo la denominación general de «representantes *cubanos*,» bajo las denominaciones accidentales de *constitucionales* y *reformistas*, que son el eufemismo de una misma aspiración de absoluto predominio. Esta pobre colonia no es más, al término de sus calamidades y sufrimientos, que un inmenso latifundio español de que el Ministro de Ultramar es el omnipotente é inexorable dezmero.

Y si para muchos cubanos, tras quince años de propaganda liberal, no cabe vislumbrar esperanza ninguna en el horizonte siempre cerrado de la Metrópoli; si para un número mayor la revolución es una distante pesadilla; si los mejores pensadores se espantan, sumidos en invencible decaimiento, contemplando el espectáculo de la corrupción de arriba que descende y de la degradación de abajo que sube y todo lo contaminan y

envilecen, ¹ para otros el mejor recurso, el único recurso todavía consiste en el empleo desesperado de la fuerza.

Pudiera creerse como es consiguiente que el partido liberal ha trabajado en vano. No faltan quienes llegan á pensar que su influencia ha sido funesta y lamentable. Por mi parte sólo me atrevo á consignar el hecho inconcuso de que ni ha matado por completo, como parecía haberse propuesto, el sentimiento separatista en esta tierra, ni ha podido infundir en ella, como lo ansiaba, el sentimiento español;—pero sin haber logrado siquiera la concordia de los dos grandes grupos caucásicos, ni tampoco la adhesión general y sincera á sus procedimientos y á su doctrina de otros elementos étnicos diversos, ha impreso en la conciencia cubana la duda y la vacilación, y ha enflaquecido y desviado de su cauce la tendencia natural del espíritu cubano, producida por el medio de consuno con la historia, en harmo-

1 *Revista Cubana*—número de Junio último: artículo del Sr. D. Enrique J. Varona sobre «La obra de Montoro.»

nía con las leyes que rigen la conciencia humana.

La gran elocuencia de Montoro no ha podido encender en los españoles fecundante amor á Cuba, ni menos inspirar á los cubanos sincero amor á España. Su partido ha despertado en el país esperanzas que parecen irrealizables; pero con ese objeto ha procurado apagar estímulos más poderosos de su actividad; ha derribado el ara antigua donde los corazones buscaron fortaleza en otro tiempo, y sin fe ya, sin alientos, sin rumbo fijo en el desierto, la tribu dividida apenas si vuelve al cielo las manos suplicantes.

Trabajando las conciencias perturbadas actúan siempre en el país las mismas causas históricas. Esa levadura de muerte puede un día volver á fermentar. El partido autonomista habrá contribuído también, y en gran manera, á esa terrible descomposición. Su magnífica tribuna, la tribuna generosa que es como el Sinaí en que ha tronado la elocuencia relampagueante de sus eximios oradores y esa divina elocuen-

cia de Montoro, ha sido una piqueta para el régimen colonial. Su brillante oposición, una crítica implacable y demolidora. El partido español ha cavado en Cuba un abismo sin fondo y el partido autonomista ha lanzado sobre él el foco resplandeciente de sus análisis, ha invitado continuamente al país á contemplar los horrores de la sima, pero se ha mantenido al borde peligroso, empeñado en tender un puente, mas sin poder colocar los sillares y sin decidirse á huír ni á saltar, buscando la tierra de promisión que divisa y señala en el extremo opuesto.

El partido autonomista vive de ese modo, en completa si no absoluta y seguramente muy dolorosa contradicción. En su espíritu luchan dos principios opuestos. En su predicación las premisas pugnan con las consecuencias. En su seno palpitan en ritmo opuesto, sin sangre ni vigor, dos corazones rivales; que no es posible enseñar los vicios profundos é incorreglible del régimen colonial, despertar la voluntad de destruirlo, y resignarse al mismo tiempo á

las eventualidades del incierto destino. No es posible tampoco encender para ninguna eficaz actividad el corazón cubano, á la vez que se desacreditan las obras de la fe, del entusiasmo y del patriotismo.

Mientras los españoles empujan á la desesperación, los autonomistas reprimen y aplacan los corazones desbordados. Así es un auxiliar poderoso del régimen que detesta. ¿Qué hacer? La noche cae sobre los espíritus, la noche se levanta en las conciencias, la noche se extiende fría, espesa, caliginosa por el horizonte del país. No hay más que la noche! Y la noche es la duda, la indecisión, el escepticismo, la desunión..... la anarquía..... la impotencia! Entre esas sombras mortales se me aparece el insigue Montoro como un español ideal que sin quererlo enseña á los cubanos á no ser españoles y á querer serlo á pesar de todo, y el brillante partido autonomista una magnífica reunión de académicos que sentados sobre las ruinas de la revolución muestran al pueblo desconcertado y afligido

cómo la audacia, la hipocresía y el mercantilismo estrujan al país con menosprecio, sin que haya para él otra esperanza que la contrición y la renuncia voluntaria, en los tiempos por venir, de los mismos que medran y dominan por el vasto é insaciable saqueo.

Acaso Dios se apiade de nosotros! Mientras tanto se decide á ejercitar su piedad en beneficio nuestro, fuerza es reconocer que nos ha dejado hasta ahora de la mano. Estamos sometidos á la fuerza, y carecemos de fuerza. Blancos y negros somos actualmente en Cuba un hormiguero de grupos sin concierto, sin unidad y por lo mismo sin porvenir. Somos impotentes para fundar. Esterilidad terrible que lleva consigo un estigma de indignidad. Incapaces,—Infelices! Todos, en cambio, hemos minado hasta en sus cimientos la monstruosa arquitectura que los siglos habían ido levantando, y el día menos pensado su inmensa mole desquiciada, acaso á todos nos aplaste. Quizás entre la polvareda de los escombros los ayes postreros de las víctimas sean también sus últimas maldiciones!



LAS REFORMAS POLITICAS
Y EL DARWINISMO

EL CONDE DE POZOS DULCES¹

*Carta abierta al Sr. D. Ricardo Delmonte,
director de EL PAÍS.*

Sr. D. Ricardo Delmonte.

Mi distinguido amigo:

Tengo contraído con nuestro común amigo el Dr. D. Vidal Morales y Morales, el compromiso de decirle mi parecer sobre las notas biográficas referentes al Conde de Pozos Dulces, que publicó en el número de *La Enciclopedia* corres-

¹ Del número 88 de *El Cubano*, diario autonomista de esta ciudad, correspondiente al 29 de Octubre de 1887.

pondiente á Julio de este año; y ninguna coyuntura más favorable se me había presentado hasta ahora para salir del aprieto, que la que me ofrece la publicación, en *El País* de hoy, del extenso y meditado artículo que dedica usted á la memoria de aquel ilustre ciudadano; pues que, al mismo tiempo que cumplo con el autor del trabajo histórico, me es dable, y más cómodo, ofrecer á la consideración de usted algunos reparos y observaciones, sugeridas por la disquisición que publica usted con el fin de *reparar una falta*, de *pagar una deuda antigua*, y como *ofrenda* de amor y veneración, no ciertamente *humilde*—según le fuerza á declarar su reconocida modestia,—sino, por muchos conceptos, valiosísima.

Empero, usted lo ha confesado ingenuamente: usted escribió movido de muy nobles sentimientos; pero, al cabo, movido por sentimientos personales hacia una grande y querida memoria; sentimientos múltiples, además, como amigo y compañero, como cubano, y como autonomista; como autonomista, sobre

todo; como hombre que se halla afiliado á un partido y que, procurando encontrarle raíces en este suelo, husmea en el pasado, rastrando su progénie y abolengo, para construir la propia leyenda política; por cuyos motivos tiene, naturalmente, que pararse, con sentido respeto y religiosa unción, ante un *inmediato precursor histórico* que fué también *elocuente y hábil expositor y propagandista* de las doctrinas que usted en la actualidad sostiene.

Desde luego reconozco que está usted en su perfecto derecho y que procede con acierto y tino; mas, por tal manera, hace usted—á su turno—obra de propaganda; aunque en modo alguno haga usted obra de crítica.

Lo propio le pasa al Dr. D. Vidal Morales y Morales, puesto que escribe y publica su *bosquejo biográfico*, como él mismo lo declara, «*inspirado por el más alto y patriótico móvil* de mantener viva en el pecho de nuestra generosa juventud la memoria de los hechos realizados por el numeroso grupo de cubanos perseverantes y varoniles que ilus-

»traron el suelo natal en todas las esfe-
»ras de la actividad humana.» Por eso,
dados el móvil y el objeto de la obra del
Sr. Morales, resulta ésta, indudablemen-
te, muy *patriótica*: es un trabajo realiza-
do por un *autonomista*, para que—según
manifestación de usted—*los que andan
confusos y desconcertados* puedan conocer
*el valor de ese breve período del reformis-
mo*. Por eso también la meritoria obra
del Sr. Morales no es un estudio crítico.
Pero es, por manera especial, un estudio
muy deficiente. Aun cuando el auto-
rizado Sr. D. José Bruzón, en carta que
se inserta en *El País* de hoy, piensa
que el Dr. Morales *ha podido con rara
intuición penetrar en el fondo* del carácter
del Conde de Pozos Dulces, lo cierto del
caso (en lo que se relaciona con mi an-
terior aseveración, y como para confir-
marla) es que—conforme con el mismo
Morales, que así lo confiesa—reconoce
que son sus «datos y noticias *tan defi-
cientes*» que, apreciando los aciertos y
las cualidades del panegrista del Con-
de, lo estimula «para ser su *biógrafo* y
»acometer trabajo *más serio y de más al-*

»to vuelo;» lo que significa que para el Sr. Bruzón el esfuerzo, si bien plausible, deja todavía que desear.

A mi juicio, la deficiencia se manifiesta en la índole misma del bosquejo; porque, sencillamente, indica en orden cronológico la vida, y enumera la sucesión de trabajos, del Conde de Pozos Dulces; pero no explica al Conde de Pozos Dulces; y sabido es que hoy no se hace ya de ese modo la historia de un hombre ó su *biografía*; mas como el Sr. Morales no ha querido hacer sino lo que ha hecho, no he de inculparle porque obrase en conformidad con su deseo; por más que de ello viniese al mundo una relación desmedrada, una *biografía* incompleta, como él lo escribe y yo lo lamento.

No está, sin embargo, en esto lo más grave y sensible: lo grave es que la deficiencia se note y haya de lamentarse en aquellas circunstancias, precisamente, más interesantes, de importancia mayor, en la vida del ilustre cubano. ¿Qué valor real puede tener el consignar un accidente tan baladí, como—por ejem-

plo—que la «*Revista de Cuba* fué el primer periódico que aquí consagró un recuerdo á su memoria»?

En cambio, siendo tan trascendental, en este caso, y tan larga, la vida revolucionaria del Conde de Pozos Dulces, del cual se decía en un libro admirable publicado en 1871, que era un «cubano de *conocidos* antecedentes políticos, que había tomado *parte muy principal en todos los movimientos anteriores*, que había sido perseguido y desterrado»; quien tanta diligencia y nimiedad puso en asuntos de poca monta, tiene, sin embargo, que resignarse á interrumpir su tarea y confesar que no ha podido estudiar por «*falta de documentos*» esa faz de la existencia de Pozos Dulces, no obstante reconocer que «se halla íntimamente enlazada con importantísimos acontecimientos de la historia política de Cuba», y de estar el escritor de *La Enciclopedia* en fácil, afectuosa y constante relación con los íntimos amigos y compañeros del Conde de Pozos Dulces.

En cuanto á usted, amigo Delmonte, no es solamente la falta de datos lo que

le hace pasar como sobre áscuas por aquel período; sino que alega usted razones sumamente graves para tender, como tiende, un velo sobre aquellos sucesos de la vida de su ilustre jefe en la prensa: «No nos dice nada de este período su *Biografía*, ni nosotros sabemos más, ni aunque supiéramos habríamos de empeñarnos en dar relieve á hechos y dichos enmendados y corregidos deliberadamente por actos posteriores.»

¿Es verdad que él *deliberadamente* trató de enmendarse y corregirse por actos posteriores de su vida? ¿Sería posible que usted, su amigo y cofrade, no supiese más de su pasado revolucionario, que el biógrafo de *La Enciclopedia*? Y ¿cómo y por qué, á virtud de qué profundas influencias propúsose, al declinar su carrera, *deliberadamente* el Conde de Pozos Dulces enmendarse y corregirse del generoso vicio, de la culpa feliz de sus años de entusiasmo y madurez? ¿Será realmente cierto—por otro lado—que tuviera tales propósitos y lograra enmendarse y corregirse, á la postre, de tantos *hechos y dichos* como constituye-

ron gran parte de su vida y toda su alma?

Y lo peor de todo esto es que sin el conocimiento de aquellos *hechos y dichos* no es posible una verdadera, una luminosa briografía del Conde de Pozos Dulces. No veo la necesidad de *empeñarse* en darles *relieve*, como usted dice. Ese procedimiento no es histórico, ó científico; como no lo es tampoco el de desfigurarlos ú omitirlos. Basta á las exigencias de la ciencia y de la justicia, presentarlos tales como fueron exactamente, y explicarlos con ánimo entero y desapasionado; pero precisa presentarlos y examinarlos si se quiere saber quien era el Conde de Pozos Dulces; pues, de otro modo, sería imposible explicarse por qué, habiendo estado complicado en una vasta conspiración, el año 1852, y sido revolucionario en 1854, y tan conspícuo que se le dió la vice-presidencia de la Junta de New York, á cuyo puesto *llevó la seriedad y energía que caracterizan todos sus actos*, renunciara por aquel entonces á sus proyectos y luego, cambiando radicalmente—en la apariencia, al menos,

—volviese á Cuba á *combatir á disidentes que habían sido compañeros de aventuras revolucionarias*, á realizar una «*gran obra política*,» enarbolando una bandera que era la negación de su anterior bandera, proclamando nuevos principios que eran la negación de sus principios anteriores: *nada por la revolución, todo por la evolución*, produciendo, en fin, la agitación del país por medio de un diario, *El Siglo*, del cual afirmaba que había venido á *cerrar la era de las revoluciones*.....

En cualquier pueblo culto y digno, semejantes circunstancias — presentadas las cosas como lo hacen usted y Morales,—son suficientes para privar á un hombre de autoridad y de influencia políticas; y, sin embargo, el Conde de Pozos-Dulces no solamente las tuvo grandísimas; no solamente llegó á ser para muchos, como lo fué para usted, *durante algunos años, el más excelso de los hijos de Cuba*; sino que, con popularidad creciente, creó aquel que se ha dado en llamar «el gran *Partido Reformista*», que «unifica las aspiraciones, con-

funde á los que conspiran en el extranjero, recaba el respeto de los primeros estadistas y los gobiernos de la Metrópoli».....

A ser absolutamente exacto cuanto encierran estas frases de usted, estaríamos en frente de un fenómeno extraordinario, singular tal vez, que entraña dos complicados problemas de psicología individual y de sociología, y mientras no se resuelvan, la vida del Conde de Pozos-Dulces queda inexplicada, y serán siempre incomprensibles su influjo personal y su obra política.

Pero ¿se debe realmente al *Darwinismo*—como usted lo pretende—la actitud del Conde de Pozos-Dulces, en la segunda gran etapa de su vida pública? ¿Es exacto y fundado decir, como lo hace usted, que fuera su nuevo programa político «*deducido de las novísimas teorías que empezaban á dar poderoso impulso á las ciencias experimentales y acaso prematuramente aplicadas por el Conde á la política colonial.....?* En aquella época de su vida, ¿realmente era *darwinista* el Conde de Pozos-Dulces? Sobre que no

se necesitaba ser *darwinista* para aceptar la *evolución* de las cosas, la *evolución* de los pueblos; porque antes que Darwin conocía la humanidad ilustrada el fatalista *devenir*, el perpétuo evolucionismo de la dialéctica de Hegel, y antes que Hegel ya debía tener noticia de las ideas del célebre Leibnitz sobre la *serie*, el *desenvolvimiento continuo*, el progreso histórico,—¿puede, acaso, llamarse propiamente *darwinista* á una tendencia política que preconiza la paz, cuando Darwin proclama, como soberana ley, la lucha universal, el combate por la vida? Y puede sustentarse con fundamento y en buena lógica que no sea *la revolución* una forma—á veces necesaria, y siempre fatal—de *la evolución*?

Importa, principalmente, á nuestro caso averiguar si desde Mayo de 1863, en que aceptó la dirección de *El Siglo*, hasta Marzo de 1868, en que desapareció este diario, era *darwinista* el Conde de Pozos-Dulces.

Desde luego sostengo que nó. El único dato que existe, según creo, para decidir este punto, es un artículo del mis-

mo Conde de Pozos-Dulces, inserto en el tomo 8º (1880) de la *Revista de Cuba*, y cuyo título es: «*Sobre el origen de la especie por medio de la selección natural, ó la conservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida.—Por Carlos Darwin.—Londres, 1860.*»

Ese artículo, de 1º de Setiembre de 1868 —fijese usted bien en esta fecha,—no es por cierto el de un adherente entusiasta como *después* lo fué el Conde de Pozos-Dulces. El párrafo final es como sigue: «Por lo demás, queremos dejar «consignado aquí que *no nos arredrarían* «las consecuencias de *la supuesta mutabilidad de la especies, si semejante hipótesis descansase en hechos y pruebas incontrovertibles*. Nada nos parece más *hacerlo* que conciliar en ese sistema las «verdades científicas con las verdades «reveladas, y salvar la *espiritualidad* y «la dignidad del hombre, aun cuando «estuviese demostrada—*que esta muy lejos de serlo*—su filiación directa con «otro tipo con el cual tiene tantas afinidades en el reino de la materia».....

Le advierto á usted que la palabra es-

piritualidad está en bastardilla en el texto.

El Sr. Jorrin, íntimo amigo del Conde y que lo acompañó en sus últimos años, piensa que fué para él «*casi un dogma*» el darwinismo, es decir el *transformismo*, ó séase *una teoría de historia natural*. (V. *Revista Cubana*, 31 Diciembre 1885, pág. 539);—pero no fija cuándo, en qué momento de su vida; ni por el contexto parece referirse á ese transformismo generalizado que constituye lo que con más propiedad se denomina: *doctrina* ó *teoría de la Evolución*; ó más particularmente: *Filosofía de Spencer*.

Las palabras del Sr. Jorrín no dejan duda:—«Casi fué un dogma para mi «insigne amigo la teoría de Darwin. La «ley del *transformismo de las especies*, «esa misteriosa cadena de *evoluciones* «del reino animal, cuyo primer eslabón «se esconde en la noche de los tiempos, «le pareció desde que hubo de conocerla «y profundizarla, algo semejante por su «grandeza á la atracción newtoniana....» (loc cit).

No obstante, en 15 de Noviembre de

1874 todavía para el Conde de Pozos Dulces no era *casi un dogma* el darwinismo. Con esa fecha decía en carta al Señor D. José Bruzón: «Si la teoría de Darwin y de sus principales adeptos es cierta—y yo creo que lo es—»..... & (*Revista Cubana*, número citado, p. 540.)

En 11 de Marzo de 1875 distaba aún de ser *darwinista* convencido. En la misma citada Revista, pág. 542, en otra carta dice: «Creo en el *transformismo por toda la eternidad*. Nada perece; y «cuando mi mismo cuerpo reducido á «átomos *gire eternamente en el seno de la creación*, ¿por qué *ese otro yó, quinta esencia de mi vida, formado de anhelos, ideas y aspiraciones*, se ha de desvanecer al «soplo de la muerte? ¿Por qué no he «de vivir eternamente?»—No sé lo que pensarían Darwin y Hœckel de este transformismo; pero sí me atrevo á afirmar que tales ensueños sentimentales no provienen del transformismo moderno y científico; son un residuo del tiempo pasado, un aluvión, un resto perdido de la fe, puro *trascendentalismo*, modo especial de ver las cosas por dos vidrios dife-

rentes á la vez; ideas que, siendo viejas, sobreviven en muchos espíritus todavía y que entonces se aceptaban comunmente. Es una manera peculiar de *espiritismo*, de que participaron otros naturalistas, en el siglo pasado, como Robinet y el ginebrino Carlos Bonnet, autor de *La Palingenesia filosófica, ó ideas sobre el estado pasado y sobre el estado futuro de los seres vivos*, y que no está muy lejos de las creencias del español Somoza, uno de los concurrentes á la tertulia de Quintana, y del célebre francés Juan Reynaud que había ideado una *inmortalidad sideral*, como Fourier ideó una *inmortalidad terrena*.

En carta al Sr. Jorrin, de 17 de Noviembre de 1876, (Revista citada, p. 546) muestra empeño de que ni siquiera se sospeche de él que pueda ser materialista. Por primera vez en esa carta es cuando se dice discípulo del *evolucionismo*,—*partidario de Darwin y de la escuela evolucionista en general*; aunque conservando, siempre creyente y firme, la fe en la necesidad de «una causa primera, distinta del Universo, y á la cual, bajo el nom-

«bre de Dios, debemos reverencia y adoración». ¿Qué doctrina es esta, fundamentalmente considerada, sino el *espiritualismo filosófico*?

El que así se expresa es un naturalista que divide en dos inmensos hemisferios la creación, mirando el uno con los ojos de la ciencia y el otro con los ojos de la fe. Es un *darwinista* en historia natural: en lo demás es *espiritualista*; un sabio en las cosas del mundo físico, y fuera de ellas un creyente. No está muy convencido de que todo sea *animalidad* en el hombre, de que su alma sea un resultado extraño é inexplicable del juego y la acción exclusiva de las fuerzas mecánicas de la naturaleza; sino que cree en «*la espiritualidad y la dignidad del hombre*». Aunque cada día que pasa, los sucesos humanos le hacen notar algo que no se armoniza bien con la *evolución pacífica*, el tremendo combate por la existencia. En plena guerra de Cuba, escribía al señor Bruzón, desde París, con fecha 15 de Noviembre de 1874, estas luminosas palabras: «*Por donde quiera que tiendo la vista, observo la mis*

«*ma lucha por la vida que Darwin ha proclamado como ley de evolución en el reino orgánico.....*» (*Revista Cubana*, 31 Dic. 1885, pág. 540.)

No es posible, en consecuencia, sostener que aquella actitud del Conde de Pozos Dulces, en el mes de marzo de 1864, que dió origen al llamado *partido reformista* fué deducida, ni pudo ser deducida, de «*las novísimas teorías*»; sobre que, además, los hombres no proceden comunmente á impulsos de sus *teorías* porque, aun cuando tienen las ideas influencia no escasa en nuestra vida, y—como dice Fouillée—cierta tendencia á realizarse, lo natural y corriente es que, si acaso, decidan nuestros actos—como afirma Taine—así que se han convertido en *preocupaciones*. El hombre se mueve y procede á virtud de causas múltiples, internas y exteriores, próximas y remotas; pero ni hombres, ni pueblos se mueven y conforman en sus procedimientos por virtud de una teoría cualquiera, y muchísimo menos de una ó varias «*novísimas teorías*.» La especulación, la reflexión misma, tienen par-

vísima parte en la dirección de los actos individuales y en la marcha de los pueblos.

Por otra parte, al hacerse cargo de la dirección de *El Siglo*, el Conde de Pozos Dulces no llevaba, manifiestamente, otra mira concreta que la exposición y ampliación de sus doctrinas económicas, á las que atribuía importancia inmensa para la Isla de Cuba. Usted lo dice explícitamente: «.....con el único propósito de continuar predicando en sus columnas *las reformas agrícolas*»..... El carácter político que fué luego tomando aquel diario debióse á las circunstancias, y el nacimiento del *reformismo*, como tendencia visible y agitante, no fue más que la inesperada consecuencia de un acto, que el resultado casual (en considerable parte, cuando menos) del carácter personal del Conde de Pozos Dulces. *El Siglo*, hasta aquella fecha memorable, parecía ser un órgano cubano, un diario *anti-español*; y aunque no lo fuese, teníanlo, sin embargo, por tal numerosos cubanos y casi todos los peninsulares. Es-

trechado, al cabo, precisamente por ese mismo motivo, le llegó la hora solemne de declarar, *franca y lealmente*—y así se le exigió—*si era español ó trataba de que el país no lo fuese*. (Véase *La Enciclopedia*, Julio 1887, p. 337). El Conde, como era procedente y necesario, oyó en tan peligroso trance á sus amigos, y, al fin, decidió publicar el famoso artículo de 24 de Marzo de 1864 en que hizo las conocidas declaraciones «acogidas con agrado por el gobierno y sus órganos «oficiosos», que usted considera como *la profesión de fe* del insigne patricio.

Por supuesto que no puedo estar de acuerdo con esta última gratuitá aseveración; porque las circunstancias difíciles dentro de las cuales se escribió el mencionado artículo, evidencian que no pudo ser obra de la espontaneidad y del convencimiento lo que había sido formulado bajo la presión de las amenazas. Los resultados de aquel escrito, el mayor y más importante de sus resultados—la aparición de *los reformistas*, no hubiera podido ser por nadie predi-

cho. Si el Conde de Pozos-Dulces, á quien la junta propietaria de *El Siglo* otorgó un voto de confianza, se decide por la terminación del diario cubano antes que violentar la conciencia, puede ser que otras cosas hubieran acontecido; pero de seguro no ocurre la formación de la secta reformista. Bien es verdad que la ocasión era sumamente grave y comprometida; mas por fuerza, esas, ó ningunas, son las circunstancias propias para las grandes resoluciones. El público de Cuba pudo, más adelante, persuadirse de que, no siempre, por peligrosa que sea la situación, es fuerza que al enérgico mantenimiento de la dignidad suceda la catástrofe. Ardiendo ya la guerra, el general Lersundi «exigió á Morales Lemus que en *El País* se condenase la insurrección ó que » cambiase de director si el que lo era » entonces se oponía, y *Morales Lemus* » no hizo ni una cosa ni otra». (*La Verdad Histórica sobre Sucesos de Cuba*, por F. Javier Cisneros. New York. 1871. p. 14). Pocos días más tarde, el mismo general «propuso, primero á Mora-

» les Lemus y después en particular á
» Echeverría, que en viasen comisionados
» á sus amigos los sublevados de Yara,
» ofreciendo al último los salvo-conduc-
» tos necesarios, y uno y otro tuvieron la
» entereza de no aceptar...» (Loc. cit.) Y
nada de particular, sin embargo, les
aconteció ni á Morales Lemus ni á
Echeverría.

El grupo reformista, en general, no
abrigaba, ni podía abrigar, con verda-
dera convicción, las doctrinas que lo
caracterizaban; no consideraba las re-
formas como un *fin*; sino como un *medio*.
El mismo Conde de Pozos Dulces así lo
dejó traslucir cuando, en el «banquete
de Asquerino», hizo aquel brindis «á las
reformas políticas en las provincias ul-
tramarinas como base y garantía de
unión, como *punto de partida* para todas
las conquistas!»

Su sueño, el sueño de su vida, no fué,
no pudo ser la realización del progra-
ma reformista. El Conde de Pozos Dul-
ces, que se había educado en los Esta-
dos Unidos, y que tantos años había
vivido lejos de la influencia de España,

era acaso el menos español de los hijos de Cuba. Amaba á Cuba con vehemencia, y en armonía con su temperamento, su educación y su carácter, ansiaba para ella, ansió desde muy temprano y hasta su último momento, algo que él y muchos de sus compatriotas consideraban mejor y más alto que el ideal reformista.

Que en fuerza de las circunstancias llegara á estar de lleno entre el grupo cubano que abrazó la enseña de las reformas, no es motivo suficiente para creerlo reformista de corazón; como no lo es tampoco para pensar de él que fuera enemigo de los suyos, el que se hubiera creído obligado á aceptar, y aceptara, en plena lucha revolucionaria—*horresco referens*—el puesto de vocal que el gobierno español, sin duda para acabar de desprestigiarlo, le asignó en el *Consejo Administrativo de Bienes Embargados*.

Aceptó este puesto por la misma causa porque había escrito el ruidoso artículo de 1864. El Conde de Pozos-Dulces distaba mucho de ser un hom-

bre heróico, el varón fuerte que no llega á estremecer la catástrofe. Era simplemente un hombre débil. Tras alguna espera, y no pequeñas vacilaciones, se decidió por escribir un artículo habilísimo, *vibrante* si se quiere; pero un artículo falso. Muchos pretendían entonces que antes que escribir esas cosas, se enmudciera de una vez; quien pensaba que el Conde debía embarcarse; quien juzgaba propicio el momento para iniciar la revolución. Los hados decidieron de modo muy diferente. De aquella obra del temor, brotaron un programa y una vasta asociación para realizarlo. El Conde, como sucede en esos casos, se vió enredado en su propia urdimbre. Y así continuó, acaso fingiéndose á sí mismo, acaso creyendo alguna vez de veras, que era reformista, que seriamente había efectuado un cambio natural, que ya no era revolucionario por que ya era digno y noble y decoroso no serlo; que ya por consiguiente era español, como su Majestad la Reina Isabel, ó como cualquier peninsular. Los hechos están ahí, sin embargo, más elo-

cuentas que sus artículos, para revelar la verdad, en la confusión de las conciencias.

Cuando sonó el momento decisivo de la revolución, ya él había andado demasiado lejos por otro camino. Se encontró solo con su indecisión y sus flaquezas..... y al finalizar el año de 1869 embarcóse para Europa y permaneció allí, distante de la patria y en ella pensando siempre, pero con los brazos cruzados, languideciendo, soñando, esperando, entre delirios y dudas, devorado por tristísima nostalgia, decaído, débil, enfermo al cabo, desesperado casi... y así hasta el fin de su existencia.

Murió con el alma pendiente de su país, de su destino, de las calamidades de la guerra, de las zozobras respecto al resultado definitivo, entre cubanos solícitos y cariñosos; y como si recógiere todas sus fuerzas en un voto solemne, en que seguramente puso su ser entero, pronunció estas memorables palabras, que fueron como el testamento de su patriotismo:

«Muero con el desconsuelo de no ver

» realizado *el sueño de toda mi vida*: la
» libertad de Cuba. Espero que mis
» amigos no la abandonen y que jamás
» transijan con sus opresores.»

(*La Verdad*.—New-York, 17 de Noviembre de 1877).

Estudioso agrónomo, escritor inspirado y elegante, caballeroso en la sociedad, virtuoso en su hogar, cariñoso con sus amigos, cortés y mesurado con el contrario, afable con todos, en corazón noble, en inteligencia grande, en las ciencias aventajado, reunió el Conde de Pozos-Dulces excelencias que pocas veces se encuentran juntas constituyendo la personalidad, por tales títulos elevada y superior, de un solo hombre. Pero fué, al cabo, un hombre, y por eso no pudo vivir exento de debilidad y de error.

Hoy se le enaltece y aun se disculpan sus faltas, en gracia de sus merecimientos personales y de su dedicación y servicios á la causa de su patria; pero es justo y es necesario, sobre todo,—reconocer que agitó largo espacio su país, que encendió las conciencias en la idea

del derecho é inflamó los corazones en los ardores de seductor ideal, y no tuvo firmeza bastante cuando sintió acercarse la tempestad, evocada por sus conjuros.

Los pacificantes de la hora presente entienden que hizo bien. Puede ser quizás. Por mi parte, lo recuerdo con amor y respeto, como uno de los que se adelantaron más en el camino solitario; olvido su interesante debilidad de un tiempo fugaz, en gracia de su largo batallar; pero siempre lamentaré que no hubiera resistido en el reducto tormentoso, que no hubiera sido de la que parecía su gran familia, la corta legión de los mejores y los más grandes; que con ellos no hubiera estado como en su puesto más digno,—y si V. quiere—que con ellos no hubiera caído en el olvido de hoy, que es la gloria de mañana!

Sobre la tumba de Pozos Dulces el invierno de Francia extiende acaso ya su mortaja de nieve; pero allí está, sabemos con seguridad donde está, y día llegará en que vuelvan á Cuba sus huesos cuidadosamente recogidos, para ser depositados en sagrado mausoleo, don-

de habrá flores que el patriotismo de los cubanos no dejará marchitar nunca. ¡Feliz él que recoge, muerto, la ofrenda de adhesión y de cariño que no le faltó tampoco mientras estuvo vivo!

Otros, más merecedores de veneración y de amor, porque se acercaron más al ideal, y acaso lo sirvieron mejor y hasta el fin, han desaparecido; sus huesos pulverizados, como las cenizas de los maldecidos Epígonos de Grecia, han volado en alas de los vientos...

Sobre ellos el silencio se asienta con el índice en los labios... ¿Qué importa su vida ni su muerte á esa pobre humanidad, cortesana del triunfo, esclava vil del éxito? Ah! fueron, sin embargo, los más nobles, cayeron vencidos—*gloria victis!*—y sobre ellos—como sobre el granito del planeta—se alza la patria. Somos los cubanos, desordenadas huestes que, al través del tiempo, van en sucesivo avance hacia la brecha, pisando sin saberlo ni sentirlo nuestros propios muertos, aquellos que iban delanteros y por lo mismo cayeron más lejos y más pronto... La humana gratitud

no puede fácilmente conservar la memoria de todos los que sucumbieron en pro de la obra común...—ay! son muchos, son el infinito; que se necesitan víctimas sin cuento para contentar al hambriento Minotáuro del patriotismo! —pero los jefes, los guías, los que llevan con alegría y heroísmo el oriflamo; los que se expusieron más en el peligro; los que rodaron desde mayor altura é hicieron más grande ruido que los otros, —esos no pueden olvidarse:—pueblo que no los reverencia es una desgraciada muchedumbre, sin corazón, sin conciencia y, consiguientemente, sin porvenir y sin esperanza;—esas grandes representaciones son como los esqueletos de las caravanas infortunadas que en el desierto africano señalan el camino, continuamente borrado por tempestades de arena, á las caravanas que vienen detrás; son conductores de la vida pública; algo así como la Vía Apia de cada pueblo que lucha, que quiere avanzar y vivir; una serie de sepulcros al borde de la abrupta senda; pero cuyas emanaciones son gratas como los perfu-

mes del árbol de la Arabia, y cuyas inscripciones ó epitafios son fragmentos del gran poema del espíritu, hojas indelebles en que, con sangre y lágrimas, se va escribiendo la historia de la patria!

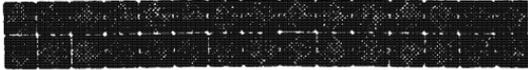
De V. affmo. amigo y atto. s. s.

q. b. s. m.

MANUEL SANGUILY.

Habana, Octubre 26 de 1887.





NICOLÁS AZCÁRATE

ACABA de morir en esta ciudad, rodeado de familiares é íntimos, sin fortuna, alejado de la vida política, ajeno ya, desde hacía algunos años, á los escasos empeños que constituyen nuestra pobre vida literaria, quien fué rico, activo y enérgico mantenedor de sus aspiraciones de cubano generoso, y decidido y constante protector de las letras. Quien había sido tan popular, vivió en estos últimos tiempos retraído, consagrado exclusivamente al sostenimiento de su familia, gracias sólo á un puesto oficial—la Secretaría del Consejo de Administración—que sirvió con asiduidad, inteligencia y honradez. Quien había hecho en su país tanto ruido, en

el foro y en la sociedad, al punto de haber estado *de moda* en una época, ha desaparecido en el silencio y tal vez la indiferencia del pueblo. Así sucede casi siempre. Pero le acompañaron constantemente, en vida, le han seguido hasta la tumba y durarán mientras ellos no mueran también, el cariño, la simpatía profunda y la tristeza sincera de los amigos leales que supieron conquistarle, con firme adhesión, su corazón nobilísimo, sus apasionados sentimientos, su noble entereza de carácter, su culta tolerancia, su desinterés, su cortesauía, su bondad, su rectitud, esas cualidades superiores que integraban su ilustre personalidad, tan distinguida en nuestra historia, y tan simpática para los que de cerca le conocieron para rendirle su cariño como tributo merecido. Yo supe su enfermedad y su muerte en circunstancias que me impidieron acercarme á su cabecera y luego acompañarle muerto á la morada en que cesan las pasiones del combate y comienza para unos la resignación entristecida y para los demás la serena crítica que absuelve ó que con-

dena creyendo invariable y definitiva su sentencia. Porque él, sin motivo ninguno, me mostró cariño y benevolencia, tuvo siempre para mí la más bondadosa é inmerecida deferencia, brindándome su sabio consejo, alentándome, infundiéndome confianza en mí mismo, haciéndome así figurarme alguna vez que era yo menos insignificante de lo que siempre había debido creer,—y aun cuando nuestras ideas, nuestras ideas políticas únicamente, eran tan opuestas, nunca quiso imponerme las suyas, bien que doliéndose, en mi caso como en el de otros innumerables, de principios que él consideraba equivocaciones funestas y de veras lamentaba, pues creía por su parte estar en lo cierto y lo verdadero. Así lo pensó hasta el fin, obrando constantemente en consecuencia. Fué invariablemente cubano sincero; pero también fué asimismo español sincero. Este es el mejor elogio de su carácter y la excusa de su conducta. Su ideal político fué, y siguió siendo, el credo temporal del antiguo *reformismo*. Este fué su error, por más que él estuviera per-

suadido de lo contrario. Los tiempos habían corrido desde entonces, las ideas habían cambiado. Él, aferrado á su bandera, se empeñó en permanecer donde había estado. Los demás, pasaban por su lado, le saludaban con cariño ó con respeto; pero proseguían la marcha, mientras le iban dejando detrás. Al cabo, parecía haberse quedado solo, y—aun cuando vivía en medio de nosotros—podía considerársele como un representante venerable de otra edad y otro pueblo. Un día, hace muchos años, intentó influir en la opinión en obsequio á sus doctrinas, empuñando lleno de ilusiones la bandera de la democracia, mas aquel grupo sirvió solamente para colocarlo en frente del más poderoso de paisanos suyos que pudo demostrarle que era también fundamentalmente demócrata; pero que estaba, por añadidura, y por otros extremos de su programa, más en armonía con las permanentes y aun las nuevas necesidades del país. Entonces entró definitivamente en su tienda, oyendo desde allí el rumor de la agora bu-

lliciosa y lamentando con melancolía invencible el distante pasado, ya para siempre desvanecido.

Probablemente no hubiera podido pensar de otra manera. Nacido en la Habana el año 1828, en el seno de los elementos aristocráticos, hasta los veintidós de su edad recibió las influencias de un medio en que dominaban las ideas de conciliación y de templanza. Más tarde la ejerció muy grande en Madrid Don Domingo Delmonte y su grupo de amigos, compuesto por los más distinguidos españoles de la Corte, progresistas primero, y posteriormente de esclarecido renombre en los orígenes de aquella brillante y generosa democracia.

Allí también, y en el mismo círculo, contrajo esa afición á las letras nunca amortiguada, y el entusiasmo que le impulsaba á fomentar su adelanto y á proteger á sus cultivadores.

De regreso en Cuba el año 1854, después de haber recorrido con provecho algunos países de Europa, establecióse en esta ciudad como abogado, alcanzando en poco tiempo caudal, influjo y nom-

bradía. Promovió entonces la creación del Liceo de Guanabacoa y contribuyó eficazmente á su sostenimiento, y en unión de D. José Manuel Mestre, D. Francisco Pesser y D. José Ignacio Rodríguez fundó y sostuvo con éxito la *Revista de Jurisprudencia*.

En breve creció de punto su fama de orador forense, fogoso y elocuente, interviniendo en pleitos civiles de grandísima importancia, así como en las causas más célebres de aquel tiempo, mostrando en todas sus defensas el calor de su temperamento, el ardoroso empuje de su sangre caudalosa, la energía de su poderosa voluntad. Todavía viven amigos ó contemporáneos suyos que fueron testigos entusiasmados de sus triunfos, como Mendoza, como Piñeyro; como Antonio Zambrana, entonces estudiante de derecho y acaso uno de los que, á la par de Ignacio Agramonte, con más pasión le aplaudían.

Defendió á D. Miguel de Embil, por desacato al Capitán General, D. José de la Concha, y á D. José Manuel Mestre, que como Juez interino lo había absuel-

to, y al cual se procesó por desacato al Fiscal en un incidente de la ruidosa causa;—al famoso D. José Pío Díaz, cuyo proceso que en la vista duró treinta días y treintiuno en la revista fue el más célebre de entonces, y en que sobrevino un incidente con el Fiscal por haber proferido palabras ofensivas á la clase de abogados, que la defensa logró hacer retirar, por lo que mereció las más calurosas felicitaciones del Decano, D. José Antonio Cintra;—al negro José Laffitte, en un caso curioso de medicina legal, que le valió una carta de aplauso de Morales Lemus;—á una esclava que mató á sus tres hijos y en vano trató de suicidarse, enloquecida á consecuencia de haberse pactado la venta del mayor de aquellos, con destino á un ingenio;—y, para terminar la enumeración, al esclavo J. D. Echemendía que injustamente agolpeado por su amo, y después de recibir cuarenta golpes con un manatí, algunos de ellos en la cara, dejó muerto á su verdugo atravesándole con un cuchillo de trabajo. En un soneto que conservaba Azcárate en un álbum alu-

día Carlos Navarrete y Romay á aquella vigorosa y brillantísima defensa que debió haber hecho con toda la convicción generosa de su alma, con la fe más viva y ardiente, porque Azcárate había sido desde muy temprano abolicionista, probando su compasión por los negros y su amor á la justicia aun desde el difícil cargo de Síndico defensor de esclavos que desempeñó con entereza y humanidad.

Sus actos en favor de los hombres de letras pobres ó de sus familias desvalidas, eran justamente considerados por él «como defensas al talento literario». Entre ellos debe contarse en primer término, la protección con que, al descubrir sus disposiciones, ayudó á salir de la pobreza, la ignorancia y la obscuridad á Don Saturnino Martínez. El poeta agradecido lo ha proclamado con nobleza y cariño, en versos resonantes, aunque como casi todos los suyos no exentos de graves defectos:

Yo era un arbusto que el invierno impío
Rudo agostaba con su hielo insano:
Tú me tendiste bienhechora mano,

Me libraste del frío,
Y fuiste para mí dulce verano.
Ah! si del tiempo la *velos* corriente
Me *conduce* hacia el templo de la Gloria
Y mi nombre á esculpir llevo, valiente,
En su altar refulgente....
Con tu sien partirá, de su victoria,
El *triumfante laurel*, mi humilde frente.

Promovió y dirigió una suscripción pública en favor de la ilustre viuda y los hijos de Ramón Zambrana, que permitió escriturarles cuatro casas por valor de \$22.000 en oro. Por su iniciativa se estableció una escuela de enseñanza superior y se concedió su dirección á Rafael María de Mendive, con \$3.000 de sueldo, casa y dos ayudantes. Cooperó activamente á otras obras análogas, como la traslación al Cerro del colegio de *El Salvador*, fundado por D. José de la Luz en aquella misma barriada; pero que en 1850 habíase establecido en intramuros, calle de Teniente-Rey núm. 39, la casa que ocupa actualmente el diario autonomista *El País*, hasta que se decidió su segunda remoción para cuyo efecto los amigos del insigne maestro, entre los cuales, y no de los menos

afectuosos y devotos, se contaba Azcárate, reunieron entre sí más de doce mil pesos.

Él podía hacerlo, porque llegó á disfrutar de no escaso caudal. Cuando estaba próximo el momento de la *Junta de Información*, en 1865, era muy popular, justamente considerado y querido, y bastante rico para trasladarse con su familia á Madrid, donde fijó su residencia. Con efecto, disponía á la sazón de más de cien mil pesos de capital, y como de unos doce mil de renta al año y había conservado varios poderes provechosos. Por uno solo de los negocios que se dejaron á su cargo, y el cual se decidió en favor de sus poderdantes, le pagaron \$15.000.

Azcárate trabajó cuanto pudo en la *Junta de Información*, como comisionado por Güines. Fué el vocero, al menos el más vehemente orador del grupo cubano.

Mas todo fué inútil á la postre: la *Junta* terminó casi ridículamente. Su resultado inmediato fué para los cubanos una burla. Con aquel fracaso desani-

máronse los reformistas, languideció su espíritu á la vez que se vigorizaba la tendencia revolucionaria.

En 1868, apenas triunfante el alzamiento militar que acudillaban amigos personales de Azcárate, y en que entraron á poco, como nuevas fuerzas que habían de agitarlo y modificarlo, sus correligionarios los demócratas,—fundó y dirigió en Madrid *La Voz del Siglo*, inspirado por Rivero, en que procuró el inmediato establecimiento en Cuba de las reformas que desde tres años antes él y sus compañeros habían reclamado y, mientras éstos se dispersaban desengañados, había continuado, por su parte, defendiendo y solicitando. No se le puso por nombre al nuevo periódico, como lo había pensado, el mismo del que en la Habana iba á desaparecer por aquellos días, que Zuzarte fundara y luego había dirigido con tan gran resonancia el Conde de Pozos-Dulces; porque antes de salir á luz el primer número, empezó á publicarse cabalmente con esa denominación un diario *conservador*.

El nombre había tenido que variar

algo; mas el espíritu seguía siendo el mismo. Empero las reformas no se implantaron en seguida, y la revolución estalló unos días después en la isla de Cuba. Azcárate hizo esfuerzos por calmarla y detenerla al principio; pero los españoles no le oyeron, los cubanos generalmente lo ignoraron, y cuando dos años adelante quisieron atajarla, desarmar sus cóleras, satisfacer necesidades largo espacio desatendidas, ya era difícil, se procedió con obscuridad sospechosa, y la intervención de Azcárate fué inútil. En ese episodio perdió la vida en el cadalso Juan Clemente Zenea. Azcárate perdió su antigua popularidad; aunque se esforzó cuanto pudo por salvar á su auxiliar y muy querido amigo suyo.

Volvióse á España afligido por la malquerencia visible de sus paisanos, sintiendo el desastre de su misión, y desesperanzado del porvenir político de su país. Cuando regresó á él, por quebrantos de fortuna en 1875, á los diez años de haberlo perdido de vista, no le fué dado detenerse ni tres días: los volunta-

rios le obligaron á seguir el viaje, y en aquella situación, estrecha en tanto grado que amarga, no retornó á España; aceptó el destierro, y se detuvo en México hasta el fin de la guerra.

Al cabo de tantas vicisitudes y tribulaciones ha podido morir con la conciencia tranquila. Su nombre ilustre será siempre honor de nuestra sociedad, por la filantropía, honor de nuestro foro, por la elocuencia. Su memoria irá unida á un período, si duro y difícil, no ciertamente sin gloria, de nuestro patriotismo. Si en su frente ya surcada por los desengaños el laurel conquistado en nobles empeños políticos se había marchitado; sobre su tumba habrán de perdurar siempre verdes los que plantarán piadosamente la gratitud de sus favorecidos, y la patria misma, enlutada ahora por él que la amó de veras y que procuró servirla y la sirvió sin duda, en cuanto pudo, con desinterés y devoción.



IMPRESOS RECIBIDOS

LIBROS:

Waterloo, por E. C. Ramirán.—Habana.—1894.

Album de «El Porvenir», por E. Trujillo.—Vol. IV.—New-York.—1894.

FOLLETOS:

Discurso del Dr. D. Francisco J. Rabell, en la Gran Velada conmemorativa del 10º aniversario de la fundación de *El Progreso de Sancti-Spíritus*.—1894.

La Tierra de Córdoba.—Canto—por Jorge Isaacs.—Medellín.—1893.

La Raza de Color de Cuba.—Madrid. 1894.

Informe acerca de la obra «Técnica Anatómica» del Dr. D. José L. Yarini, por el

Dr. D. Antonio Górdon y Acosta.—Habana.—1894.

Recuerdo á Plácido por sus admiradores.—Cienfuegos.—1894.

Bocetos, Apuntes y Episodios, recopilados por L. Lagomasino.—Cuaderno n^o 7.—Cienfuegos.—1894.

PERIÓDICOS:

Anales del Instituto de 2^a Enseñanza de la Habana.—Año I.—Entrega 1^a—Julio, 1894.

El Palenque.—Sta. Isabel de las Lajas.

El Mosaico.—Santa Clara.

Revista Villaclareña.—Santa Clara.

La Fraternidad.—Sancti-Spíritus.

La Crónica Liberal.—Cárdenas.

La Patria.—Santiago de Cuba.

El Triunfo.—Idem idem.

La Doctrina.—Holguín.

El Reformista.—Remedios.

La Democracia.—Cienfuegos.

Diario Nuevo.—Idem.

La Voz de la Razón.—Matanzas.

El Carmelita.—Idem.

El Sol.—Idem.

La Igualdad.—Habana.

-
- La Nueva Era.*—Habana.
El Liberal.—Idem.
La Protesta.—Idem.
Las Avispas.—Idem.
La Unión Constitucional.—Idem.
La Revista Cubana.—Idem.
El Mundo Judicial.—Idem.
La Habana Elegante.—Idem.
El Expositor.—Idem.
La Luz.—Sagua la Grande.
El Oriente.—S. Antonio de los Baños.
La Alborada.—Pinar del Río.
El Pensamiento.—Guanabacoa.
El Porvenir.—New-York.
Cuba.—Tampa.
El Cojo Ilustrado.—Caracas.
Revista de la Instrucción Pública.—Id.
El Heraldo Español.—Sto. Domingo.
La Gaceta.—San José de Costa-Rica.
Biblioteca Republicana.—Santiago de Chile.

ERRATAS

Pág. 130:

Donde dice (dos veces) *lot. cit.*: léase
loc. cit.

RECOMENDACIÓN

Suplico á los favorecedores de este periódico que se sirvan saldar sus atrasos con la Administración, y á los Señores Agentes que procuren enviarle el importe de las remesas anteriores, á la mayor brevedad posible.

M. S.

No se admiten suscripciones por trimestres, ni semestres, sino únicamente mensuales.

HOJAS LITERARIAS

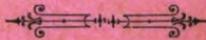
POR

MANUEL SANGUILY

Condiciones de subscripción y venta:

En la Habana, un mes...	50	centavos	plata.
Interior de la Isla.....	60	»	»
España y Extranjero	60	»	»

Los pagos serán adelantados, ó al recibir cada número. Dirijase la correspondencia administrativa y periódicos, á San Ignacio 24, altos. (Plaza de la Catedral).



La correspondencia literaria y libros, al Sr. D. Manuel Sanguily, en la misma dirección anterior, ó á la «Playa de Mariana.»

HOJAS LITERARIAS

POR

MANUEL SANGUILY

AÑO II.—TOMO IV.—JULIO 31. 1894.—NUM. III

SUMARIO

- I.—LITERATURA DE DECADENCIA.—(Notas sobre el último libro de Max-Nordau.)
- II.—CRÍTICA DE LA BIBLIOGRAFÍA COLOMBINA
- III.—OTRO VOLUMEN DE SACO.
- IV.—UNA CARTA DE D. SALVADOR RUEDA.
- V.—EL LIBRITO DEL SR. NOVO.—(Algunas indicaciones sueltas).
- VI.—IMPRESOS RECIBIDOS.



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
SAN IGNACIO, 24, altos
HABANA

NOTA

Este periódico constará de 64 páginas. El presente número es extraordinario.



HOJAS LITERARIAS

POR

MANUEL SANGUILY

AÑO II.—TOMO IV.—JULIO 31. 1894.—NUM. III

SUMARIO

- I.—LITERATURA DE DECADENCIA.—(Notas sobre el último libro de Max-Nordau.)
- II.—CRÍTICA DE LA BIBLIOGRAFÍA COLOMBINA
- III.—OTRO VOLUMEN DE SACO.
- IV.—UNA CARTA DE D. SALVADOR RUEDA.
- V.—EL LIBRITO DEL SR. NOVO.—(Algunas indicaciones sueltas).
- VI.—IMPRESOS RECIBIDOS.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
SAN IGNACIO, 24, altos
HABANA



LITERATURA DE DECADENCIA

(*Notas sobre el último libro de Max Nordau.*)

I

ACABA de ser traducida al francés con el título de *Degeneración*¹ una obra del escritor alemán Max Nordau, doctor de la Facultad de Medicina de París, ya generalmente conocido por el libro que publicó hace once años sobre *Las mentiras convencionales de nuestra civilización* en que atribuía al conflicto entre la vida moderna y la concepción científica del mundo el malestar que en su sentir aquejaba á las clases superiores en todos los países cultos.

¹ DÉGENERESCENCE par Max Nordau.— Traduit de l'allemand par Auguste Dietrich.—2 vols. en 80—Alcan.—Paris.—1894.

Ahora se envanece de haber dado cima á «un ensayo de crítica realmente científica» al mismo tiempo que de haber hecho un esfuerzo por colmar los claros que todavía aparecen en ese «sistema» del «maestro» Lombroso que le merece el calificativo de «potente»¹; porque el médico alemán se declara discípulo del renombrado criminalista y respetuosamente le dedica el reciente libro que introduce en la literatura y en el arte el mismo concepto de la *degeneración* ideado desde 1857 por el doctor Morel y que luego aplicó el profesor de Turín á la ciencia del derecho penal ó la criminología.

Max Nordau asegura que en muchos escritores y artistas modernos aparecen los propios distintivos intelectuales—y muy amenudo también los somáticos—que en los prostituidos, los criminales, los anarquistas y los locos declarados, constituyendo así todos ellos una misma familia antropológica.²

Y si—contra toda justicia, y por más

1 VII.

2 V-VI.

que de pronto se creyese absurdo—algunos de esos «degenerados de la literatura, de la música y de la pintura» son aclamados aún como «genios» y han alcanzado en los últimos años extraordinaria nombradía, se debe únicamente á un estado patológico del grupo más ó menos considerable de sus admiradores, á un grado también de degeneración, siquiera sea el primer grado, de parte del público, á la extensión cada vez mayor y más alarmante de la histeria y la neurastenia. Enfermos por un lado, locos ó cuasi locos é imbéciles por otro, he aquí el cuadro que ofrecen el arte y la literatura, así en Europa como en América, pero particularmente en Francia, en las postrimerías del siglo. Vista de esta manera general la opinión de Max Nordau resulta una paradoja. Ese método de Lombroso que se propuso él seguir,¹ aunque no dice cual sea ni en qué consiste, al cabo no parece otra cosa en manos del distinguido discípulo que la aplicación de la patología á las letras, sin reservas ni atenua-

1. VII.

ciones; mas la patología general en su propio y natural dominio está expuesta á cada paso á graves errores, y la misma patología mental implica una fisiología incierta y obscurísima de suyo todavía. La medicina—como todos los ramos del saber que se refieren al hombre y á la sociedad—debe ayudar al arte y á la literatura con sus luces; pero el médico no puede, solamente á título de médico, erigirse en juez infalible de un orden de fenómenos complicadísimos y abstrusos, y menos con desdén injustificado de los que á su estudio especial han consagrado sus esfuerzos y su inteligencia. Si se quisiera un ejemplo evidente este libro brillante é impetuoso del doctor alemán sería el más acabado como es también el más oportuno. Entre otras mil que pudieran aducirse, basta ahora la siguiente consideración. Se trata de enfermedades, de las afecciones morbosas que infestan al presente así el arte como las bellas letras. Una de ellas á juicio de Max Nordau es el misticismo. Pues bien, antes de examinar con dete-

nimiento las que considera sus manifestaciones literarias y artísticas—los prerrafaelistas, los simbolistas y decadentes, los tolstoístas y los wagnerianos,—en cinco capítulos del libro segundo del primer tomo, dedica uno muy extenso exclusivamente al estudio previo del misticismo considerado no precisa y particularmente como enfermedad, sino como funcionamiento mental, y por esta circunstancia sin duda lo intitula: *Psicología del Misticismo*; y allí, aunque se empeña en considerar á los místicos como degenerados, porque en algunas clínicas observaron los prácticos que muchos degenerados manifestaban caracteres ó accesos de misticismo, establece una teoría psicológica para explicar la actividad cerebral, fundada en la asociación de las ideas y en la atención. Si hay algún fenómeno psíquico obscuro á par que asombroso es el de la atención y la reflexión. Decir como Ribot que «es un monoideismo intelectual con adaptación espontánea ó artificial del individuo», no es ciertamente explicarlo, sino únicamente describirlo,

lo que no es la misma cosa. Tan difícil por lo demás es su explicación que el desdeñoso médico, que es quien cita al ilustre psicólogo, se resigna á manifestar, como lo haría cualquier mero literato, valiéndose de una *mística* tautología, que «es la facultad que tiene el cerebro de suprimir una parte de las imágenes conservadas ó recuerdos que, por la asociación de ideas.... llegan á la conciencia,... y de no dejar subsistir sino otra parte de ellos»... ¹ A la postre, todo ese complejo y maravilloso mecanismo depende de un accidente funcional de las arterias; pero el autor de la ingeniosa teoría, aun cuando está enamorado de ella, no sabe si el fenómeno primordial consiste en una contracción y encogimiento ó en una dilatación vascular, por cuyo poderoso motivo no ha podido menos que llamarla: «hipótesis de las acciones reflejas vasomotoras» y sólo se atreve á considerarla como «plausible» estimulado por el hecho de que otro autor alemán—Alfredo Lehman—había expuesto, dos años an-

1. Págs. 95 y 96.

tes que él, y casi al pie de la letra, la misma que denomina—lo que es digno de notarse—«teoría fisiológica.»¹ La intervención de la voluntad en el fenómeno de la atención es asimismo uno de los más recónditos problemas de la psicología; y si Max Nordau no lo resuelve ni arroja sobre él suficiente claridad, asienta que la atención tiene como premisa una voluntad fuerte de que carecen el degenerado y el histérico, que son en consecuencia incapaces de ella. En apoyo de su aserto relativo á un fenómeno psicológico, refiere que «Alejandro Starr ha publicado *veintitrés casos de lesiones ó afecciones de los lóbulos del cerebro* en los cuales era *imposible (á los enfermos)* el fijar la atención»²;—es decir, una observación de clínica médica. Nada después de todo más natural que lo que consignan aquellos *casos*, tan natural como hubiera sido si les hacen la ablación de los lóbulos ó, como quien dice, si les cortan la cabeza. Y, con el mismo propó-

1. Pág. 98.

2. Págs. 101 y 102.

sito indicado de corroborar su tesis, transcríbese inmediatamente la observación que hace Mr. Ribot de que «el hombre fatigado (surmené) por una marcha larga,... el convaleciente al salir de una larga enfermedad, en una palabra todos los debilitados, son incapaces de atención.»¹ Pero sobre que esos ejemplos no vienen al caso, en ellos se trata sólo de individuos más ó menos temporalmente agotados, y desde luego que no serían capaces así, estropeados y abatidos, de escribir versos en tan inadecuadas condiciones, aunque hubieran sabido hacerlos, ni menos concebir el plan de un poema ó el boceto siquiera de un drama musical como *Parsifal* ó de un relato como *La Sonata de Keutzer*.

Como la actividad cerebral de los degenerados y de los histéricos no está sometida á la vigilancia de la atención, ni guiada por ella, resulta caprichosa, sin plan ni objeto, por lo que, según dice Max Nordau, origina juicios falsos respecto al universo, á las cualidades de

1 Pág. 102.

LITERATURA DE DECADENCIA 237

las cosas y á sus múltiples relaciones, ¹ un estado mental confuso, informe, nebuloso, de inquietud y de angustia, que determinan y caracterizan el misticismo. No obstante, después de otras páginas más que completan el capítulo, empieza el siguiente con estas afirmaciones: «*El* » *misticismo es el estado habitual de los* » *hombres, y en modo alguno una disposi-* » *ción extraordinaria de su espíritu.* Un » cerebro vigoroso que elabore cada » apercepción hasta la plena nitidez, » una voluntad fuerte que detenga la » atención TAN DIFÍCIL DE FIJAR, SON » *dones raros*» ². En consecuencia, como es más fácil, como cuesta menos esfuerzo el fantasear libremente que observar y juzgar conforme á razón, entiende que se prefiere por lo común aquel estado moral, á virtud del cual «la conciencia » de los hombres está llena de inmensas » sombras de pensamientos ambiguos y, » *por regla general,* no ven ellos distintamente sino los fenómenos cada día » renovados de su vida personal más es-

1 Loc. cit. hasta la pág. 104.

2 Pág. 121.

» trecha, y de éstos sobre todo los que
» son el objeto de sus necesidades inme-
» diatas». ¹

Si he logrado explicarme como que-
ría, habrá quedado en claro que el es-
critor alemán habla en nombre de teo-
rías é hipótesis personales que serán
más ó menos deslumbrantes; pero que
en definitiva nada demuestran; que tam-
bién mezcla fenómenos de órdenes di-
versos en los vastos dominios de las
ciencias antropológicas y emplea la fi-
siología y la psicología para resolver
acerca de supuestos estados mórbidos
que sólo le es dado corroborar con esca-
sos é inoportunos ejemplos clínicos, para
venir á parar á la sentencia contradic-
toria de que esa pretensa enfermedad
general del misticismo «es el estado ha-
bitual de los hombres»; lo que significa
ó que la humanidad debiera estar en
un hospital, ó que se han exagerado las
proporciones y se ha equivocado el ca-
rácter del mal, si acaso no cabe pensar
también legítimamente que el misticis-
mo no es siempre y en cada caso un es-

1 Loc. cit.

tado enfermizo del espíritu humano, un signo evidente de descomposición mental; porque suele ser una tendencia hereditaria, un modo especial de ser, en el orden moral, engendrado por la acción constante de siglos de religiosidad y de idealismo. Si también bajo este aspecto es un mal, entonces no hay en la declaración anterior de Max Nordau ninguna contradicción; porque aun siendo todos los hombres, como regla general, místicos, ya tendrían en ello uno de los que se connotan como caracteres de la degeneración. Sin embargo, él no lo cree así. Piensa, al contrario, que la gran mayoría de los hombres está sana; lo que implica que se olvidó de lo que antes había dicho; ó que ni para él mismo el misticismo en sí y por sí solo es síntoma de degeneración. Cuando habla él del *crepúsculo de los pueblos*, se refiere en especial á los franceses, y eso no á todos ellos, sino á «los diez mil superiores»; pues que sin ninguna vacilación reconoce que «la población de los campos, una parte de los obreros y de la burguesía están sanos». La descomposición se efec-

túa en tal concepto únicamente entre «los ricos habitantes de las grandes ciudades». Son ellos los que inventaron la frase estúpida de *«fin de siècle»*, y sólo á ellos les aplica Max Nordau la frase pesimista y denigrante de *«fin de race»!* ¹

Cabe el dudar que así proceda una crítica realmente científica, como presume y declara Max Nordau que es la suya; porque ya que él le echa en cara á la multitud el no tener en cuenta los hechos, ni el preocuparse por «las estadísticas precisas» ², debería haber revelado cómo y por dónde supo que esos individuos superiores son «diez mil», y cómo y por dónde ha averiguado que «la población de los campos, así como una parte de los obreros y de la burguesía están sanos» ³, pues por tal manera, dichas así las cosas, antes que convencer de su exactitud y realidad, autorizan para sospechar un estado de espíritu malhumorado, para recelar la prevención y el dogmatismo ligero y ca-

1 Pág. 5.—Nota.

2 Pág. 204.

3 Loc. cit.

prichoso, expuesto á contradecirse á cada paso, como se contradice Max Nordau, un estado de irritación, de nerviosidad, neurasténico acaso á su turno, si no es que el abundante escritor, que es un alemán y que en lengua alemana ha escrito su libro, no se propuso, á pretexto de estudiar científicamente las manifestaciones patológicas de la literatura y el arte contemporáneos, escribir un libelo rencoroso contra la Francia. Por lo pronto personas que deben estar sanas, aunque sean fanceses, y que son capaces, siquiera alguna vez, de coincidir con el adversario de su país en puntos esenciales de crítica particular, bien que desde diversos puntos de vista,—como Mr. Ed. Rod—verbi gratia—en cuanto al juicio del joven y notable dramaturgo de Silesia, Gerhart Hauptman,¹—se pronuncian en el mismo sentido ó combaten de frente la actitud pretensiosa y las conclusiones más ó menos declamatorias de Max Nordau, desde las páginas de la *Revue de Deux-Mon-*

¹ *Revue des Deux-Mondes*, 15 Abril 1894, y *Degénérescence*, tomo II, págs. 499 á 511.

des¹. Cabalmente su mismo nuevo director, Mr. F. Brunetière, ha excusado cuando menos la tendencia dominante y aceptado como legítima la significación en el orden literario y en la evolución de las doctrinas estéticas de esa escuela *simbolista*², contra la cual se extrema—á mi modo de ver, con sobrados motivos—la desdeñosa y amarga sátira del escritor alemán, y á juicio de éste, Mr. F. Brunetière no es ni degenerado ni histérico; sino un *crítico cuya excelente salud intelectual impresiona muy agradablemente*³.

Y después, sería fácil probar, usando casi exclusivamente de las mismas palabras con que se expresa el se-diciente «crítico científico», la vaguedad de su tesis, su carácter arbitrario, y por ende el apasionamiento que le inspira.

El mal que roe la sociedad moderna, en Francia sobre todo, está reducido á

1 *La Littérature Wagnerienne en Allemagne*, par Jean Thorel—15 Junio 1894—p. 809—y *Revue Littéraire*, par René Doumic—15 Enero 1894—ps. 440 á 451.

2 *Le Symbolisme Contemporain.—Essais sur la Littérature Contemporaine*—Paris—1892—ps. 133 á 156.

3 Op. citado, p. 57.

las clases superiores, á unas «diez mil personas». Esto es lo que él asegura en la página 5. Esos séres degenerados inventaron la frase acomodaticia y estúpida (ps. 4, 5 y 7) «fin de siècle», que en el fondo significa «el desasimiento práctico de la disciplina trasmitida, que sigue todavía subsistiendo teóricamente»,¹ lo cual ya deja de ser muy indeterminado y muy idiota, pues que señala con tres breves palabras la causa profunda del turbio y hasta violento estado moral de nuestra época y la razón fundamental de «las mentiras convencionales de nuestra civilización». En la nota de la misma página 5 exceptúa terminantemente á la gente del campo y á «una parte» de los burgueses y los obreros, para que se sepa sin duda ninguna que sólo en la gente rica de las grandes ciudades es donde se efectúa la «descomposición» que va preparando su ruina, el fin de una estirpe de hombres. Insiste en la página 13 en que *naturalmente* no es *fin de siècle* «la gran mayoría de las clases medias é inferiores», y en la si-

¹ Pág. 10.

guiente reduce el número de los atacados á «una exígua minoría» (une toute petite minorité); pero afirmando que, al modo que una mínima cantidad de aceite puede cubrir vasta extensión del mar, ese grupo de ricos y distinguidos ó de fanáticos «dá el tono á todos los fátuos, imbéciles y pobres de espíritu», quienes á su vez «impresionan á los débiles y los que no piensan por sí mismos, é intimidan á los miedosos». El mal es, pues, común. Su contagio ha sido universal. Por él ha caído sobre los pueblos un crepúsculo temeroso. Los viejos, desconfiando ver la luz distante todavía, son presa de la angustia; en la noche que asoma, solamente «algunos jóvenes» se regocijan esperando el sol y, mientras tanto, durante esas horas inciertas y sombrías, unos alimentan esperanzas soberbias y otros reaniman recuerdos desolados; sueños, ilusiones cuya «forma sensible» son «las producciones artísticas» de nuestro tiempo, elaboradas al resplandor fantástico de la que denomina el escritor alemán «la estética del *Crepúsculo de los Pueblos*».

Primeramente, sobre que eso ha sucedido siempre, el arte á la postre no es más que sueño é ilusión. Y luego, si, como la denominación antecedente lo indica, estamos en un período de transición,—nada más natural que la inquietud, el desequilibrio, el malestar, los recuerdos desolados y las esperanzas soberbias. Eso también ha sucedido otras veces de un modo análogo en la historia literaria; pero no se comprende, y es el punto que ahora corresponde examinar, aun cuando de pasada, que esté afectado el mayor número de la gente sana no más que por influencia de una minoría degenerada, y que no se sienta también como ésta y por iguales motivos profundamente enferma; porque las mismas causas que han podido desorganizar el sistema nervioso de los menos han debido asimismo desorganizar el de los más. Y aquí es donde se proporciona el hacer un uso provechoso é instructivo de las propias palabras de Max Nordau, con lo cual quedarán suficientemente justificadas mis presunciones y el desacuerdo de

algunos críticos franceses, sin que esto signifique que me atreva yo á escatimarle méritos á su libro ni menos á negar que en algunos extremos no sea fundada y muy luminosa su crítica de las deficiencias y los errores de que se resiente la literatura contemporánea, y muy principalmente de su perversidad y sus excesos tan desatentados como perjudiciales á los intereses permanentes de la sociedad.

El título de su obra por sí solo ya denota el criterio médico del autor y aun el sello dogmático de su tema, tal como él lo propone en absoluto y procura demostrarlo. En consecuencia procede á modo del clínico: inquiere primero los *síntomas* (cap. II); en seguida el *diagnóstico* (III) y la *etiología* (IV). Al final del segundo tomo aventura asimismo un *pronóstico* y recomienda su *terapéutica* (lib. V—I y II). Los demás capítulos, que se contraen á las manifestaciones literarias y filosóficas de la época, estudiando particularmente á sus más famosos representantes, como expresión singular en cada caso de la degeneración

en el dominio de las artes y de las letras, son como episodios, algunos muy extensos, demasiado extensos quizás, que sirven en el plan del autor á guisa de confirmación y prueba de su proposición fundamental, en tres grandes secciones que tratan del Misticismo, del Egotismo y del Realismo.

El mal—ya lo dije—es la degeneración, un estado mental ya francamente estólido, ya fronterizo con la imbecilidad, la perversión y la locura. Y sus síntomas,—muchas circunstancias y caprichos más ó menos menudos de la vida moderna, del modo de ser común (que á nadie hasta ahora se le había ocurrido, á lo menos respecto á algunos de ellos, que fueran signos de ningún mal y anuncios de descomposición), desde la fantasía en la forma de adobarse la barba los hombres, y los vestidos de las mujeres y los niños, hasta las fruslerías con que se adornan á veces con pésimo gusto las habitaciones, todo lo cual, al decir del displicente autor, revela incoherencia y oposición, contradicción entre la forma de las cosas y su empleo,

un exceso de extravagancia que llega á causar asombro,—una necesidad en fin de excitaciones más vivas é intensas á cuyo impulso llegan unos á extremo de acompañar la recitación de los versos con una orquesta que toca una «melodía sin fin», y otros á embalsamarla con aspersiones ó chorros de perfumes; y á la vez que aquí se lee á Ibsen, á Tolstoi y á Verlaine, ó se glorifica á Mœterlinck y á Nietzsche, allí se oye con deleite la música de iglesia ó se admiran las místicas y extrañas composiciones de Wagner; mientras éstos deleitándose con juegos de muñecos revelan el mismo mal que aquellos otros que se entretienen con el hipnotismo y la telepatía, en absurdo comercio con los muertos y los aparecidos. Pero ¿semejantes originalidades ó extravagancias son en realidad sintomáticas de una grave enfermedad, ó de alguna enfermedad cualquiera? ¿Son manifestaciones nuevas, propias solamente de este nuestro siglo y denunciadoras de irremediable y general decadencia? ¿Son, por otra parte, muy numerosos los in-

dividuos en quienes se notan esas costumbres y esos caracteres? ¿No son por ventura más que «diez mil» en toda Francia? Si así fuera, si no hay más que ese número en el seno de una población que consta de muchos millones, tendríase delante un accidente sin verdadera importancia. No habría, pues, como no lo hay, motivos serios de alarma ó de inquietud. No los hay en realidad. En el país de Charcot y de Pasteur, en la patria de Taine, de Renan, de Claude Bernard ¿qué importan unos cuantos «decadentes»? Allí donde todavía resuena la voz de Víctor Hugo ¿qué puede significar el delirio de Verlaine? ¿Qué conclusión desfavorable puede sacarse de que haya algunos oscuros y pretensiosos «delicuescentes» ó «instrumentistas» entre las generaciones que han producido á Leconte de l'Isle y á Sully-Prudomme? Ah! no puede inferirse, no es legítimo y menos tampoco científico inferir de la existencia de un grupo estrambótico, ni de los refinamientos y la sensualidad de otros, la decadencia de una nación, la ruindad

y degeneración de sus elementos superiores, de los más ricos y los más instruídos, y acaso nunca haya desplegado la Francia, como ahora, más virtud y más inteligencia, ni probado tampoco más fecundidad ni más sentido práctico, — tanta prudencia, tanta fecunda actividad y tanta savia de vida.

El escudriñamiento en el misterio, la duda punzante en presencia de lo desconocido, la preocupación metafísica ó religiosa, han aparecido constantemente en todo el decurso de la historia moral de la humanidad, y como síntomas sociales y artísticos de los períodos de transición como parece serlo el actual. El mismo Max Nordau así lo reconoce, por cierto que exagerando la crisis de nuestro tiempo y equivocándose de paso al establecer, como término de comparación con ella, la supuesta angustia, el nunca demostrado terror del año mil. « No es la primera vez en el curso de la » historia—dice—que *el terror del fin del mundo* se apoderara de los espíritus. » Al acercarse el año mil, un sentimiento semejante hizo presa en los pueblos

» cristianos.» Y no hay tal. Ahora, á no ser escasos enfermos ó gente ignorante y por ende supersticiosa, nadie siente terror, y ni siquiera levísima inquietud, ante la vaga idea del fin del mundo, por la razón concluyente de que nadie piensa seriamente en tales cosas, y sobre todo porque nadie las crée inmediatas, ni concibe tampoco cómo ni cuándo pudieran acontecer. En son de broma, y muy de tarde en tarde, han publicado los periódicos breves líneas comunicando el cálculo que hiciera algún doctor, que siempre resultaba ser alemán, sobre la fecha de la desaparición del mundo; pero nadie apenas ni se interesaba en semejantes noticias. Mr. Flammarion acaba de dar á la estampa un libro sobre tan ociosa congetura; pero no hay quien ignore que el sabio francés es una especie de Julio Verne que se complace en viajes extraordinarios por las regiones siderales. Muy al contrario de sentir terror de ninguna especie ante esos vanos é inútiles problemas, los hombres del día, en la práctica de la vida, son poco metafísicos y se afanan preferente-

mente por ganar y juntar mucho dinero, como si se hubiese adoptado universalmente el lema americano: haz dinero honradamente si lo puedes; pero haz dinero! Así acaba de reconocerlo entristecido Mr. Anatole Leroy-Beaulieu, quien está convencido con harto fundamento de que el rey de nuestros días es el dinero, y Pluto el dios de la humanidad descreída y materializada. ¹

En cuanto al terror del año mil hay que convenir en que no existió como se ha pretendido, y á mayor abundamiento Mr. Jules Roy publicó un libro en que prueba que es un mito y una leyenda. Pero otras veces la humanidad ha sentido desazón y angustia generales, un desconcierto penoso al perder el rumbo. A la afección moral ó el sentimiento de algún cambio más ó menos próximo en el orden social, ha correspondido alguna particularidad, algún vicio en la literatura, sin contar por supuesto con el mimetismo humano, con la imitación de los extraños

¹ R. des Deux-Mondes—15 de Marzo y 15 de Abril de 1894.

que suele ser muy infortunada, porque suele ser de los defectos y de las anomalías. Para no remontarnos mucho, —al finalizar el siglo XVIII, al empezar el nuestro, aun algo ya entrado en años éste, la duda, el amargo disgusto de la vida lanzaban por el mundo sus lamentos y sus maldiciones como un triste y desesperado *miserere*. Werther, Fausto, los René, los Childe-Harold, no son de nuestros días. Schopenhauer no es tampoco de esta generación. La filosofía del Eclesiastes, es de todos los tiempos y es sin embargo muy antigua. El misticismo y el realismo más ó menos impudente son bastante viejos. Y viejos son también otros males que afectan ahora, en parte acaso insignificante, las letras; aunque sean quizás más profundos, porque acusan la confusión y el agotamiento intelectual, como el marinismo y el petrarquismo, el gongorisino y el culteranismo. Sosténía Masdeu hace cerca de un siglo, con la mira de defender los títulos de España á la consideración de los demás pueblos, en una apología candorosamente

exagerada, que el mal gusto literario era anterior á Góngora y Palavicino, y apuntaba para corroborar su aserción que habían sido conceptuosos muchos italianos (él escribía en Italia), y entre ellos citaba á Ceo, Cornazzano y Tibaldeo, y que 1582 es la fecha del libro *Des Bigarrures* en que Des-Accords enseñaba «el arte de escribir conceptuoso.»¹ Es probablemente un error sugerido por el patriotismo, pues que treinta años antes había nacido Alfonso de Ledesma, el padre de los conceptistas.

Aquí en Cuba, por ejemplo, donde la literatura y la medicina francesas han sido el alimento de los espíritus, y tuvieron adeptos y cuentan todavía con lectores los simbolistas y los decadentes ó neo-místicos, y hasta aquellos mismos *luciferianos* del *Lá-Bas* de Huysmans que celebraban «la misa negra» pudieran haber seducido alguno que otro extraviado soñador,—lo que domina en todas las formas del pensamiento y de la

¹ *Historia Crítica de España y de la cultura española*, por D. Juan Francisco Masdeu.—En Madrid: Por D. Antonio de Sancha.—1783.—Tomo I.—págs. 227 y 228.

LITERATURA DE DECADENCIA 255

vida es el sentido de la realidad; lo que afana é interesa al inmenso mayor número es el aumento en la producción del azúcar y la mejor cosecha del tabaco, y de consiguiente las leyes mercantiles y los tratados de comercio; lo que se ansía por cima de todo es tener dinero, y en modo alguno se nota el amor de lo ideal, ó el desvarío místico, fuera de tal ó cual inocente espiritista de que se burla la generalidad, y que al cabo entiende sin embargo más de productivos negocios terrenales que de aparecidos inservibles y de misterios de ultratumba absolutamente inaplicables.

Allado del decadentismo satánico y del egotismo sensual y supersticioso, se notan los beneficios de la caridad y de la filantropía. Hoy como nunca se multiplican las escuelas, las universidades y los asilos. Y si hay un genio como Mallarmé admirado de un minúsculo cenáculo de pobres diablos precisamente por mantener inéditas las maravillas que produciría si se decidiera á publicarlas y que al fin sólo pudo dar á luz un librito de versos insignificantes, se

cuentan, en cambio, pensadores de primer orden, poetas excelentes, escritores admirables, ingenieros de asombrosa audacia, sabios profundos, investigadores infatigables, exploradores heroicos. ¿Por qué, pues, han de caracterizar y representar á nuestro siglo un Verlaine ó un Mallarmé, un Mœterlinck ó un Nietzsche, y no un Tyndall, un Huxley, un Darwin, un Littré? ¿Por qué se sacan á plaza las peregrinas necedades de la visión de colores y de las letras vocales policromas, como si fueran esas excrecencias las obras en que se entretiene y complace comunmente nuestro siglo? El pequeño grupo de los deliquescentes ¿puede ser tan poderosa mancha de aceite, que cubra la extensión total del pensamiento moderno? Un tomito de pésimos versos franceses ¿podría acaso compararse con cuanto representa y significa esa obra de resurrección de la Francia extenuada, chorreando sangre, moribunda en 1871? ¿Pueden compararse algunos párrafos rebuscados cuidadosamente en las obras de Wagner á fin de presentarlo como un

« degenerado superior », con la gran obra de la creación del imperio alemán? ¿No considera Max Nordau como un maestro insigne á ese Lombroso que se ha contradicho algunas veces en sus generosas tentativas? ¿Y no es Lombroso mejor representante de nuestro tiempo que los que se deleitan en algún teatrillo casi desconocido oyendo música aromática? ¿No es la Italia de Lombroso el producto del esfuerzo, la inteligencia y las virtudes de los italianos modernos desde los irredentistas y desde Cavour hasta el día? Y los ingleses, que han visto nacer la secta de los pre-rafaelistas ¿no han clavado su bandera liberal en el corazón del Africa y la pasean como emblema de civilización y bienestar por todos los mares? ¿No ejercen de mil maneras una misión benéfica y gloriosa en el mundo? ¿Está, por último, en decadencia un país como Francia que tiene un ideal histórico eficiente y que se empeña en realizarlo? ¿Carece de voluntad, por ventura, puede ser incapaz de acción un pueblo que por su actual organización militar es

un ejército inmenso constantemente en ejercicio?...

Por manera que si hay en realidad síntomas de malestar y desarreglo, hay al mismo tiempo manifestaciones más generales é indudables de vigor mental, de enegía y de salud.

La historia, por otra parte, nunca ha ofrecido observada en conjunto sino infinita variedad, ora se examine la humanidad toda, ora un pueblo solo. Que esté sufriendo un cambio el mundo moral, dentro de los límites de la que se llamó la civilización occidental, no es difícil creerlo. El cambio constante y continuo, después de todo, es la ley suprema del universo. Un año no es igual á otro jamás, un minuto se distingue siempre de otro, y en cada instante del tiempo ocurren inconcebibles modificaciones en el espacio. Pero se hace sí muy cuesta arriba el figurarse que estamos amenazados de degeneración, que son degenerados, para no mencionar más que dos nombres ilustres, un Ruskin en Inglaterra y un Zola en Francia.

El médico puede decir cuándo un enfermo tiene fiebre; pero no puede estar seguro, cualquiera que sea la índole de un libro, la inspiración de un cuadro, la concepción de una ópera, que sean sus autores verdaderos degenerados, si esas obras no ofrecen los caracteres acusados de la imbecilidad ó la locura.

En vano se ha afanado Lombroso por encontrar los signos somáticos reveladores de la criminalidad. Hay individuos muy bondadosos cuya fisonomía puede ser hasta repulsiva. Otros que se consagran al servicio de lo ideal, tienen aspecto simiano. Littré era feísimo, de frente muy estrecha; Tyndall tenía el rostro muy largo rodeado de una barba que recordaba el collar de pelos de algunos animales antropomórfos. Las orejas que se han visto algunas veces en rostros de criminales, se habrán visto de seguro en rostros de santos. La misma asimetría del cráneo, por ser común, resulta un signo indiferente.

Y así, pues ¿cómo podríamos cerciorarnos de que un escritor, un poeta, un

artista, es un degenerado? Qué concepto del degenerado adopta Max Nordau? Siguiendo al pié de la letra la explicación de Morel, dice que «la idea » más clara que pudiéramos formarnos » de la degeneración de la especie humana, es la de representárnosla como » *una desviación de un tipo primitivo* »¹. Claro está que es ésta una concepción *á priori*, pues que presupone *un tipo primitivo*, es decir, algo indeterminado, vago, que no se ha estudiado ni ha podido por consiguiente conocerse. De ahí dimana la elasticidad del término, que por lo mismo puede emplearse para hacer que signifique multitud de estados y condiciones muy diferentes. La idea de degeneración implica decadencia, descenso respecto á una condición superior; por lo tanto implica á la vez la noción precisa ó el conocimiento de este antecedente. Presupone asimismo una herencia que va esquilmandose poco á poco hasta desaparecer. «Cuando, » bajo la influencia de toda especie de » daños, se debilita un organismo—añá-

1 Pág. 32.

» de por su parte Max Nordau—sus des-
» cendientes no son semejantes *al tipo*
» *sano, normal y evolutivo de la especie,*
» sino que forman una nueva sub-varie-
» dad que posee, como todas las otras, la
» facultad de legar á sus propios descen-
» dientes, á un grado que acrece más y
» más, sus desviaciones de la norma, en
» este caso patológicas: suspensión en el
» desenvolvimiento, deformidades y vi-
» cios»¹.

Por lo pronto ocurre pensar que para que acrezca *más y más la facultad de legar* el degenerado á sus propios descendientes sus desviaciones anormales, sería necesario la unión continua de degenerados entre sí, en toda la serie descendente; (lo que rara vez habrá podido acontecer); porque, si nó, disminuiría la fuerza de trasmisión, contrarrestada por otra fuerza sana y contraria, y los nuevos seres nacidos en ese prolongado conflicto irían retrayéndose y acercándose al tipo *normal y evolutivo*; por donde se vé, no sólo que el *atavismo* ó «salto atrás» puede significar una ventaja y un as-

¹ Loc. cit.

censo, sino que la esterilidad y la muerte no aparecen como fatalidades inevitables que distinguen la degeneración, de la «filogenia» ó formación de especies nuevas ¹.

Max Nordau asegura, no obstante lo confuso de estos fenómenos, que «HABRÍA » *un medió seguro* de probar que *no es » arbitraria*, que no es una humorada » sin fundamento, sino *un hecho*, la afirmación de que los autores de todos los » *movimientos fin de siècle*, en arte y en » literatura son degenerados». «CONSISTIRÍA (dice) *en examinar cuidadosamente su persona física y su árbol genealógico*»; porque de este modo, según se permite sostener, «*se ENCONTRARÍA indudablemente en casi todos ellos próximos » parientes degenerados y uno ó muchos » estigmas que justifican el diagnóstico » degeneración*» ². *Habría, consistiría, encontraría*, por su propio carácter condicional, son términos que prueban todo lo contrario de lo que asienta Max Nordau, esto es, la falta de medio seguro de

¹ Loc. cit.

² Págs. 33 y 34.

cerciorarse el investigador ó el curioso. Aunque él á continuación supone que «es verdad que frecuentemente no se » osaría, *por respeto humano*, publicar el » resultado de ese examen, y que este » último convencería solamente al que » pudiese efectuarlo»,—pueden establecerse algunas objeciones juiciosas contra esas seguridades que no son sino meras conjeturas. Serían pocos después de todo los que tuvieran una historia de su familia y menos de suficiente antigüedad y bien hecha; y en cuanto á la persona del degenerado ¿cómo inferir su condición, de *uno ó muchos* signos que ninguna demostración ha probado que correspondan como carácter específico el decaecimiento hereditario? Porque los tales estigmas, y con más razón uno solo de ellos, no bastan al efecto que se busca; pues ¿acaso únicamente los degenerados tienen el rostro y el cráneo asimétricos; imperfectos los labios ó las orejas; irregulares de posición y forma los dientes; variable la bóveda palatina, y soldados ó excesivos los dedos?...

Como Lombroso, que ha husmeado

singularidades exteriores que pudieran por sí solas ó juntas con otras revelar las condiciones de la anormalidad psíquica, ha atribuído los estigmas indicados á los criminales natos, Max Nordau entiende que tal restricción no puede justificarse; para lo cual necesita estatuir y estatuye resueltamente que aquellos criminales «no son otra cosa que una *sub-división* de los degenerados»¹. En la mira quizás de tranquilizar su conciencia científica echa mano á un concepto de Mr. Feré, y, como era lógico á par de indispensable, lo sanciona y aplaude de antemano. «Féré—asienta» el crítico alemán—expresa eso con mucha claridad, cuando dice:—«El vicio, el crimen y la locura no están separados sino por las preocupaciones sociales».—No se trataba de claridad, sino de realidad; y así esa conclusión pudiera ser verdadera; pero hasta ahora no es más que una mera opinión, una concepción clara y hasta verosímil; pero improbada; una hipótesis al cabo; y de esta manera el método científico de Max

1 Pág. 33.

Nordau, en punto de suyo abstruso y complicado, consiste en sostener su teoría con otra teoría, en apoyar su hipótesis arrimándola á otra hipótesis.

Bien es cierto que aun á falta de distintivos externos cuenta la ciencia con los estigmas de la inteligencia, los cuales aparecen en *todas* las manifestaciones vitales, particularmente en *todas* las obras de los degenerados «á tal punto—» al decir de Max Nordau—que no es » necesario medir el craneo de un escritor ó ver el lóbulo de la oreja de un » pintor, para reconocer que pertenece á » la clase de los degenerados»¹.

Son estos «una especie única de individuos», emparentados intelectualmente, apesar de designárseles bajo múltiples denominaciones: «degenerados superiores», de Magnan; «grafómanos» ó maniáticos por escribir; y también con la palabra *mattoides* formada por Lombroso de *matto*, loco en italiano,—esto es, parecidos ó análogos á los locos. En ellos unas facultades mentales aparecen «completamente debilitadas», mientras otras

¹ Pág. 34.

se presentan «patológicamente exageradas». A casi todos les falta «el sentido de la moralidad y del derecho» y ni respetan conveniencias, ni se cuidan de la ley, ni tienen pudor. A este fenómeno, si alcanza un grado elevado, se le ha denominado por Pritchard y Maudsley la «locura moral». Señálanse todavía otras manifestaciones menos agudas y al enumerarlas Max Nordau hace el resumen de los vicios que en su concepto caracterizan la literatura coetanea de los degenerados: «Mas existen asimismos grados menores en que el degenerado, sin realizar ningún acto que le exponga á las leyes penales, justifica en teoría el crimen; procura demostrar, con una abundante fraseología pseudo-filosófica, que *bien* y *mal*, virtud y vicio, son distinciones arbitrarias; se entusiasma por los criminales y sus hechos; descubre pretensas bellezas en las cosas más abyectas y repugnantes, y trata de despertar la simpatía y la comprensión respecto á todas las bestialidades»¹. En el fondo de todas estas

1 Pág. 35.

LITERATURA DE DECADENCIA 267

condiciones palpita «un egoísmo monstruoso», en que se ingertan, como ramos de un árbol de muerte, la impulsividad, la emotividad; el pesimismo, el temor vago y universal, el disgusto de sí mismo, como formas de «un estado de adinamia y desaliento intelectual»; el horror al esfuerzo, la abulia ó impotencia de la voluntad, la complacencia en las huecas fantasías y los devaneos absurdos; de vez en cuando la tortura de la duda, el prurito de inquirir las causas últimas de las cosas, y, como signo capital y constante, el misticismo ¹.

No importa que algunos muestren talento y hasta muy grande inteligencia, pues al cabo «Lombroso ha citado » una porción de genios incontestables » que no menos incontestablemente eran » mattoides, grafómanos ó locos declarados, y un sabio francés, Lasègue, ha » podido emitir la idea ya muy generalizada de que *el genio es una neurosis*». La idea de Lasègue será muy aceptable para Max Nordau; pero seis ú ocho líneas más abajo dice él mismo

¹ Págs. 35 á 41.

que «la ciencia no afirma que cada genio es un loco», y declara también, en consecuencia, ó como premisa, que «hay » genios sanos, desbordantes de fuerza, » cuyo altivo privilegio consiste precisa- » mente en que una de sus facultades » intelectuales está extraordinariamente » desarrollada, sin que las otras se man- » tengan por debajo del término me- » dio» ¹.

Tales son los actores y los guías: los demás, los que componen la turba que los rodea tributándoles aplausos y homenajes, son á su turno histéricos y neurasténicos ². Todos al fin y postre son enfermos en distintos grados aunque por las mismas causas: «el aumento » enorme de la histeria en nuestra épo- » ca—dice Max Nordau—es debido en » parte á las mismas causas que la de- » generación»—primero una vasta intoxicación, cuyos agentes son las bebidas fermentadas, el tabaco, el opio, el haschisch, el arsénico; los alimentos corruptos, el maíz picado, el centeno averiado;

1 Págs. 42 y 43.

2 Pág. 46.

LITERATURA DE DECADENCIA 269

la fiebre palúdica, la tuberculosis y otros males; después el aumento de la población amontonada en grandes ciudades donde se respira una atmósfera viciada, se emplean en la alimentación sustancias dañadas ó falsificadas, y se vive «en un estado perpétuo de sobrescitación nerviosa». Pero la causa más poderosa de esas afecciones «es la fatiga de la generación actual», engendrada por los progresos de las artes industriales y el número indecible de invenciones que afectan la existencia individual, que imponen al hombre contemporáneo en esfuerzos contínuos y extraordinarios del sistema nervioso solicitado incesantemente por infinitos modos, una actividad superior á su poder reparador, un enorme consumo de su propia materia viviente. Ese cambio en las condiciones de su vida fué brusco y en tal concepto no tuvo tiempo de acomodarse ó adaptarse. El trabajo impuesto de este modo fué superior á las fuerzas del trabajador y tras cincuenta años de penoso empeño por realizar el equilibrio sobrevinieron el cansancio y el agota-

miento. La primera generación, los que tuvieron que ajustarse malamente y de prisa al profundo cambio de existencia adquirieron la histeria y la legaron á su descendencia. Como síntomas de ese enflaquecimiento y decadencia en el arte aparecieron las nuevas escuelas estéticas, revelando la profunda conmoción, y á ellas corresponde en la sociedad, expresando el mismo estado degenerativo, el aumento de la locura, de la criminalidad y del suicidio. El resultado más general y definitivo ha sido la vejez prematura, la menor duración media de la vida.¹

En el supuesto de que fuera verdad cuanto anteriormente se expone y en especial la propagación cada vez mayor de la histeria con su acompañamiento de signos de decaimiento y ruina en grupos sociales numerosas,—¿no ha declarado Max Nordau que gozan de buena salud «la población de los campos y una parte de los obreros y la burguesía»? Mas ¿por qué se han librado y cómo hubieran podido haberse librado

1 Págs. 62 á 76.

de la acción de esos elementos destructores, de esas causas de fatiga y empobrecimiento? ¿No son éstas generales? ¿No consisten en inventos aplicados en todos los órdenes de la vida universalmente? ¿No ha computado Max Nordau el aumento cada vez mayor en el consumo del alcohol, del opio, del tabaco; en el comercio, los viajes, los ferrocarriles, los libros, los periódicos, en cuanto, en fin constituye la manera de ser vertiginosa de nuestro tiempo que desgasta y consume la substancia nerviosa forzada á una actividad continua, tremenda y destructora? Y ¿cómo, de qué modo, por qué habrían de estar exentos y permanecer indemnes los que residen en el campo y una parte de los burgueses y de los obreros que residen en las ciudades? Esta afirmación de Max Nordau es tanto más incomprensible cuanto que él mismo la desmiente con toda formalidad, como se comprueba con el párrafo que sigue:—«Las » 18,700 publicaciones de librerías; los » 6,800 periódicos de Alemania solici- » tan sor leídos, aunque muchos lo soli-

» citan en vano; los 2,759 millones de
» cartas tienen que haber sido escritas;
» el movimiento comercial más grande,
» los numerosos viajes, el mayor tráfico
» comercial, implican una actividad
» proporcionalmente más considerable
» de cada individuo. *El último lugare-*
» *ño* tiene hoy un horizonte geográfica-
» mente más amplio, intereses intelec-
» tuales más numerosos y más compli-
» cados, que el primer ministro de un
» pequeño Estado y aun de un Estado
» mediano hace un siglo; con sólo leer
» su diario, aun cuando sea la más ino-
» cente publicación local, participa, no
» interviniendo y decidiendo, sin duda,
» sino con un interés de curiosidad y de
» receptividad, en mil acontecimientos
» que ocurren en todos los puntos del
» globo, y se preocupa simultáneamente
» del desenlace de una revolución en
» Chile, de una cacería humana en Da-
» homey, de una matanza en la China
» Septentrional, de un hambre en Ru-
» sia, de un combate en España, y de
» una exposición universal en la Amé-
» rica del Norte. *Una cocinera recibe y*

» *expide más cartas que antes un profesor*
» *de facultad, y cualquier mercader viaja*
» *más, vé más pueblos y tierras, que anta-*
» *ño un príncipe reinante». ¿Cómo no ha-*
» *brían, pues de sufrir también las conse-*
» *cuencias de esa situación universal los*
» *obreros todos, los burgueses todos y los*
» *mismos moradores de los campos, si*
» *«esas actividades, aun las más simples*
» *se hallan íntimamente relacionadas á*
» *un esfuerzo del sistema nervioso, á un*
» *consumo de materia?»...¹*

Pero ¿será cierto que las generaciones últimas no tuvieron tiempo de adaptarse á los nuevos inventos y que la actual no se ha adaptado todavía? Esos inventos ¿vinieron de repente acaso, fueron una irrupción inesperada, y se impusieron innecesariamente y por fuerza; ó aparecieron en cada caso á su hora y como resultado de una preparación más ó menos larga, siendo, por lo mismo, su establecimiento y más general empleo una consecuencia, una resultante de necesidades públicas que clamaban por satisfacerse, un fenómeno

¹ Págs. 70 y 71.

social que obedecía á la ley de la oferta y de la demanda? ¿Es acaso positivo que la introducción de los ferrocarriles haya contribuido á recrudecer la histeria, á fomentarla ó á mantenerla? Esas nuevas afecciones que han podido los médicos ingleses y americanos describir en los países por excelencia del tránsito rápido—*railway-spine*, y *railway-brain*,—y cuyas causas son las conmociones que recibe el viajero de ferrocarriles, «perpetua ó accidentalmente», si son frecuentes deben, sin embargo, observarse casi exclusivamente en el grupo de los comisionistas y de los empleados de los trenes, los maquinistas y sus ayudantes, los que viven, como quien dice, años enteros encerrados en los wagones ó carros; y es óbvio también que tales enfermedades no pudieron existir hace poco más de un siglo, como tampoco existieron en tiempos del imperio romano—por ejemplo—las heridas de bala, ni hubiera sido dable hacer volar á un Calígula ó un Tiberio destrozándolo con una bomba de dinamita. En cambio, son innegables los

progresos de la higiene pública y la privada, de la educación popular, en nuestra época; así como las mayores facilidades en todas las esferas, el mayor bienestar relativo, y hasta podría sostenerse contra Max Nordau que es actualmente superior á los siglos anteriores la media de la duración de la vida en las naciones más civilizadas. No cabe dudar tampoco que se atiende más y mejor á los niños y que se ampara con mayor eficacia al anciano menesteroso. Si se compara la humanidad civilizada tal como ahora podemos contemplarla, con lo que fué en cualquier momento de su historia, retrocediendo indefinidamente en el tiempo para buscar diferentes momentos con que establecer sucesivos paralelos, fuerza será reconocer que, por lo general, vive más y vive mejor. Y todavía podemos añadir que dispone de elementos superiores para combatir los males que siempre la amenazan y hacer menos amarga su existencia; así como que nunca como ahora—y por supuesto que esto lo sabe Max Nordau mejor que yo—ha sido tan sólida y tan

útil, tan benéfica y tan eficiente la ciencia. Cuando me represento el gigantesco puente de Brooklyn, y cerca de él á modo de símbolo de una nación asombrosa que no cuenta todavía más que un siglo, veo alzarse la colosal mujer de metal que, de pie en el islote, como un centinela del progreso, levanta por encima de su cabeza coronada de rayos, la lámpara con que arroja el resplandor de un incendio al través de la noche y del oceano, no puedo concebir que nuestros contemporaneos sean enfermos ó insensatos, ni menos que haya sonado una hora crepuscular del mundo; sino antes bien, me convenzo de que la ciencia va domeñando cada vez más el planeta rebelde, en beneficio de todos los hombres, y que—como resultados de lenta, aunque penosa evolución,—estamos presenciando la aparición de un *avatar* más alto de la conciencia universal, con la solidaridad más estrecha de los pueblos, el reinado de la opinión, la dignidad del trabajo, realizándose así una armonía más elevada y más fecunda de la sabiduría y de la justicia!

Por lo demás, y el propio Max Nordau así lo espera confiado, las mismas condiciones actuales de la civilización, esa facilidad de los viajes, la emigración continua en todas direcciones, el mayor respeto del derecho individual en casi todos los límites de Europa, de América, Australia y aun parte de los otros continentes, impedirán, impiden desde luego, por la diversidad de cruzamientos y de mezclas, que crezca y se agrave la degeneración, con la perpetuidad de una herencia infeliz, y acaso restablecerán á su funcionamiento normal en próximas generaciones, los nervios excitados y enfermos de los neurasténicos y desequilibrados, cuyo número por fortuna,—como el mismo Max Nordau lo declara—se reduce actualmente á una exígua minoría.



CRÍTICA DE LA BIBLIOGRAFÍA COLOMBINA

CHRISTOPHE COLOMB ET LES ACADÉMICIENS ESPAGNOLS.—*Notes pour servir à l'histoire de la SCIENCE EN ESPAGNE au XIX Siècle, par l'auteur de la BIBLIOTHECA AMERICANA VETUSTISSIMA.*—Paris.—H. Welter, Editeur.—1894.—157 págs. in 8º

I

No hay probablemente quien ignore que el sabio americano Mr. Henry Harrisse no sólo ha cultivado con lucimiento las letras y publicado multitud de obras muy notables de diversos géneros, sino que ha consagrado gran parte de su vida laboriosísima á la historia y la geografía de nuestro hemisferio. Su autoridad en estos estudios

es tan universal como incontestable. Ya la *Bibliotheca Americana Vetustissima* ó sea una descripción de las obras sobre la América publicadas entre 1491 y 1551, que salió á luz en 1866, y las *Adiciones* de 1872, junto con otras de bibliografía y cartografía debidas también en esta última fecha á su pñuma infatigable, le habían acreditado como bibliógrafo y erudito de primer orden. Sin descuidar trabajos de carácter general, aunque de la misma índole, y muy serias investigaciones acerca de otros célebres navegantes, las cuales ha proseguido siempre con no desmayado empeño, fué dando á la estampa gran número de monografías preparadas en particular con el objeto de esclarecer primero parcialmente la vida de Cristóbal Colón. Sus constantes pesquisas en los archivos de Europa, principalmente de España y de Italia, culminaron en la obra fundamental de historia crítica sobre el gran Almirante publicada en París el año 1884, á que habrán de acudir, según declaración de uno de sus actuales adversarios y víctimas,

D. Cesareo Fernández Duro,¹ los que quieren instruirse propiamente en asunto obscurecido y embrollado por el patriotismo malsano y la falsa ciencia de apologistas ó disfamadores.

Aquel libro ha sido por sus datos tan numerosos como exactos, una especie de Biblia para los que cultivan la historia del Descubrimiento, y por ello, y por sus conclusiones, ha sido asimismo combatido ó saqueado; más saqueado que combatido. El mismo HARRISSE probó esta última circunstancia por medio de un folleto² en que reprodujo el artículo que con el título de *Un historiador español de Cristóbal Colón*, insertó en un periódico de París, la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature*,³ con el objeto de examinar la obra de D. José María Asencio, anunciada estrepitosamente desde 1888, y que si por su forma, tamaño y aun el título mismo resulta muy semejante desde luego á la historia crítica de 1884, en

1 *La Nebulosa de Colón*.—Madrid.—1890; p. 11 y 12.

2 *Christophe Colomb et ses Historiens Espagnols*.—12 Oct. 1892.—Paris.

3 N.º 39-40.—1892.

muchos puntos ofrece respecto á ella sorprendentes *coincidencias*, bien que en lo demás sólo es una especie de centón de cuantos errores habían amontonado la ignorancia y la ligereza unidos en estéril maridaje por un pobrísimo sentido crítico, las cuales en vano, á lo que parece, había procurado corregir por medio de una labor constante de depuración escrupulosa el eminente historiógrafo americano.

Aludíase también en su citado opúsculo á otros empeños de análoga y curiosa historia colombina realizados recientemente en España con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América, y en ellos descubría cualidades comunes que enumeraba con asteísmo ó con amargura, porque constituían y caracterizaban una misma categoría de historiadores, una misma escuela de bibliórrapos, pagados de sí mismos, infantiles por su credulidad, sin firmeza de juicio, sin aplicación seria, irreflexivos en sus arranques, y por último dominados de «la soberbia «seguridad de saberlo todo, de explicar-

«lo todo, de resolverlo todo á virtud de «la ciencia infusa.»¹

Y no se crea que le movía en tal empresa ninguna parcialidad singular contra los eruditos españoles; pues que lo mismo ha flagelado la presuntuosa superficialidad de estos, que ha denunciado la esterilidad y las infundadas pretensiones de los italianos y se ha burlado sin piedad de la despreocupada y grotesca ignorancia de sus mismos paisanos, más pagados—en lo que se roza con el Centenario—de la grangería que interesados por la verdad histórica.

Era oportuno y procedente en la fecha del Centenario examinar la naturaleza y el valor de los trabajos con que contribuían unos y otros pueblos á la gran conmemoración, y hacer alto un momento para revisar el camino andado y resumir las verdades adquiridas como definitivas sobre el asunto, merced á los esfuerzos de la erudición y de la crítica. Con este objeto y dejando aparte otro suyo mas extenso, de suma im-

¹ *Christophe Colomb et ses Historiens Espagnols*, página 19.

portancia, publicó Mr. HARRISSE un libro muy cáustico pero también muy luminoso¹. Allí la emprende contra el charlatanismo y la despreocupación ligera, á ocasiones ridícula ó lastimosa, y de paso se lleva de encuentro á los más famosos conferencistas de Madrid—desde el omnisciente y olímpico D. Antonio Cánovas del Castillo hasta la devota D^a Emilia Pardo Bazán. En aquella ocasión Mr. Henry HARRISSE personificaba legítimamente la ciencia al mismo tiempo que la justicia. So pretexto de honrar la memoria de Cristobal Colón el Ateneo de Madrid había inaugurado una cátedra que asaltaron el *chauvinisme*, la apología patrioter, el necio y fiero españolismo, por lo que el gran descubridor apenas si obtuvo más que detracción y vilipendio. Parecía un acuerdo secreto de enaltecer á todo español que tomó alguna parte en la magna empresa del siglo xv, á expensas de las cualidades y los merecimientos del extraordinario genovés. A la luz crepuscular

¹ *Christophe Colomb devant l'Histoire.*—París.—12 Oct. 1892.

de esa nueva escuela, al resplandor mortecino de esa crítica desenfadada el mayor mérito en aquella pasmosa expedición de 1492 corresponde propiamente no á Cristóbal Colón, sino al codicioso y desleal traficante andaluz Martín Alonso Pinzón. La idea misma de la existencia de un mundo al occidente aparecía consignada no en Aristóteles, Bacon, ó el Cardenal Aliaco, sino en un tratado de otro español, el sabio mallorquín Raimundo Lulio, y allí, como por un milagro, había tropezado con ella Cristóbal Colón, el cual tuvo también la rara fortuna de cerciorarse de la realidad de aquellas tierras de poniente, por haber recibido en su casa de la isla Tercera, la confesión de otro español, Alonso Sánchez, de Huelva, que arribara por acaso á Santo Domingo y por incomparable prodigio regresaba á punto de morir en brazos del hombre afortunado que había de aprovechar sus desventuras y obscurecer su nombre. El dinero que tuvo que invertir Colón en los preparativos de su primer viaje se lo facilitó una familia española, la familia ilustre

de D^a Beatriz Enríquez. Verdad es que este descubrimiento se debe á la exuberante fantasía de D. Emilio Castelar. ¿Por qué sorprenderse?

¿No sabes que el poder de los poetas
Es inmenso, Miriel?...

Y en fin hasta el inicuo Bobadilla encontró panegirista convencido, entre los aplausos de un público selecto!

Así cooperó la pasión despreocupada de los españoles á la gloria de ese Cristóbal Colón sin el cual su país no hubiera apenas concurrido á la obra de la civilización universal. Pero ¿cómo contribuyó su saber? En ninguna parte había medios de información tan valiosos ni un venero tan rico y caudaloso para la historia colombina como en España. Ningún país tenía como ese el deber de ofrecer al mundo los mejores datos. Respecto de ninguno tampoco era tan legítimo y natural, en consecuencia, el derecho de esperar una obra provechosa, grande, una de esas obras que abren un período nuevo y fecundo, á la vez que vastos horizontes á los estudios críticos é históricos.

Así lo comprendieron, sin duda, los mismos españoles, por lo que la Academia de la Historia nombró una comisión de su seno que debía dar un testimonio de la grandeza intelectual de la nación, erigiendo un soberbio monumento de su sabiduría. El resultado de sus tareas fué, sin embargo, un libro pésimo, la *Bibliografía colombina*,¹—obra magistral sólo en concepto de sus errores incalificables y de sus incomparables despropósitos. Esta por lo menos es á la postre la opinión que expone y justifica suficientemente Mr. Henry Harriese en otro libro muy curioso, interesante y eruditísimo que acaba de publicar en francés con el título de *Cristóbal Colón y los Académicos españoles*.

II

Pudiera excusarse un examen detenido y enojoso con sólo decir que la *Bibliografía* de la Academia Española

¹ *Bibliografía Colombina.—Enumeración de libros y documentos concernientes á Cristóbal Colón y sus viajes. Obra que publica la Real Academia de la Historia por encargo de la Junta Directiva del cuarto Centenario del descubrimiento de América.—Madrid—1892.—Un vol. en 8º de X y 680 páginas.*

de la Historia, es un libro poco menos que inservible, si lo peor no fuera que más propio podría ser para confundir y enredar que para guiar seguramente al investigador ó al estudiante que se vea en la necesidad ó tenga la ocurrencia de consultarlo.

Supóngase que desea saber qué libros se refieren á la vida del gran descubridor. Pues hay una sección, la cuarta, titulada *Referencias de Colón* que consta de ciento noventa y dos artículos. Allí encontrará muchas cosas mezcladas y tan ajenas del asunto que estará expuesto á perder la cabeza. Tropezará por ejemplo con el número 836 (P. 418) que dice: *Leti* (Gregorio)—Historia Genevrina, ó sia Hist. della citta é republ. di Geneva, 1686—5 vol. 8º. Y difícilmente se explicaría qué conexión puede tener una Historia de aquella república con Cristóbal Colón. Mr. HARRISSE cree que los académicos se figuraron que *Geneva*, esto es, Ginebra, en Suiza, era el nombre italiano de *Génova*, capital de la Liguria y cuna del Almirante, ¹—

¹ Op. cit. p. 36.

confusión que, por otra parte, no debe parecer muy extraña, ni tampoco imposible, pues en más de un lugar de su voluminosa obra han demostrado los académicos como se verá desconocimiento absoluto de las lenguas vivas más usuales.

En el número 12 (P. 320) leería: «*Anónimo*. Album universal. Contiene lo mejor, más útil é indispensable del saber humano.—Madrid.—1849.—8º», y en el número 44 (P. 324): «Centenario de Bolívar».

Pero ¿qué tienen que ver tampoco esas noticias con Cristobal Colón? Pues menos todavía la tiene la del número 171 (P. 505) que dice: «*Thomasini*. Illustrium virorum elogia inconibus exornata.—Patavi, 1630. Folio».—Acerca de lo cual observa HARRISSE que el nombre del autor está mal escrito, que el libro no es «folio» y que no contiene absolutamente nada sobre Colón ó sobre la América.¹

Peor todavía sucede con el número 158 (P. 504):—*Ruscelli*. Indice degl'

¹ Pág. 40.

uomini illustri. Venetia, 1572, 4º»—porque sólo trata de las celebridades anteriores á la era cristiana. ¹

Y más curioso y risible es el caso del número 151 (P. 503): «*Priorato* (Gualdo) *Scena d' huomini illustri di Italia*. Venezia, 1660. Folio»—que Mr. HARRISSE comenta de la manera siguiente: «No » fué en 1660 cuando el libro fué publicado; no es «folio», y no se encuentra en él una sola palabra respecto de » Colón, ni en ninguna parte se lee siquiera su nombre, por la razón de » que el libro trata solamente de los italianos célebres del siglo xvii. ²

En cuanto á las biografías universales, en la obra académica se citan ciento treinta! HARRISSE se conforma con presentar tres muestras, y son tres *Anónimos*—uno, italiano; otro, francés, cada cual de 28 volúmenes, y el tercero, francés también, de cincuenta y dos! (número 6—P. 388;—número 27—P. 490 y número 35—P. 491). ³

No bastaba, sin embargo, consignar

¹ Loc. cit.

² Loc. cit.

³ Pág. 43.

las obras donde ni aun se mienta á Colón, y aquellas en que por fuerza había de insertarse algún artículo referente á él; sino también otras más, sólo por la circunstancia de citarse en ellas libros concernientes al insigne navegante, como el *Manual del librero*, de Brunet (y por cierto que de él no parecen conocer los académicos la quinta edición, publicada hace veinte años);¹ aun que todavía es más inverosímil que emplearan hasta novecientos ochenta y tres títulos en historias particulares que no se refieren al asunto, ni en poco ni en mucho, ó en historias universales que no hay razón para incluir en una obra de bibliografía especial. HARRISSE reproduce diez de esos títulos ² á cual más impropcedente, entre ellos el de la P. 468: «*Wadingus* (Lucas). *Annales Minorum seu trium ordinum a S. Francisco institutorum...* Editio secunda. Romæ, 1731-47, 22 vol. folio»;—el de la P. 321: «*Anónimo*. *Antología, giornale di scienze, lettere e arti*. Firenze»... &—48 vo-

1 Pág. 44.

2 Págs. 45 y 46.

lúmenes,—y otro (P. 331) de 126 tomos! En esa enumeración entran también las historias universales de César Cantú (35 vol.), el Conde de Segúr (31 vol.), E. Quin (21 vol.) y asimismo una «Storia del Cristianesimo» en 34 volúmenes!

Por eso observa acertadamente Mr. HARRISSE que «cuesta algún trabajo imaginarse una biblioteca sobre la América que se compusiera de libros de ese género»¹. Quien tuviera que sacar algo en claro acerca de Colón y sus viajes—materia definida de la *Bibliografía* de la Academia—ya se vería perplejo y con sobrados motivos para desanimarse ante un *mare-magnum* como ese de tomos inagotables y de historias piramidales del universo! Y la verdad es que semejante manera de concebir y formar una bibliografía sobre el Almirante recomienda tan poco á los autores como á «su clientela», según dice HARRISSE refiriéndose al público de los académicos.

En cambio de lo que no debía in-

¹ Loc. cit.

cluirse se nota la falta de lo que allí debía estar necesariamente. Mr. Harrisse aduce algunos ejemplos de estas omisiones imperdonables, como la carta que escribió Colón desde la Española en que se refiere á la expedición con que salió para Túnez «por el mes de Enero de 1495» á fin de apresar «la galeaza *Fernandina*» por orden de «el Rey Reynel, que Dios tiene»—y que está en las *Historie* de D. Fernando Colón y en Las Casas (Tom I, p. 48);—la memoria sobre la religión y los ritos de los indios que hizo redactar Colón para los reyes en 1496, y se encuentra en Pedro Mártir y en las *Historie* ¹, y otros documentos más que no carecen de importancia. ² Sin duda—observa oportunamente—quiso la Junta de la Academia compensar la ausencia de esas que llama el crítico «piezas capitales», con la lista de cuanto sus miembros escribieron con referencia al Nuevo Mundo ³. Con igual fundamento hace resaltar en

1 Tomo II, edición española.

2 Págs. 17 á 19.

3 P. 19.

otro lugar ¹ el contraste de omitir noticias valiosas mientras no se perdona una sola producción del capitán Fernández Duro, uno de los miembros de la Junta y á quien ha llamado Harrisse regocijadamente «el especialista de la Academia», cuando piensa justamente que hubiera sido más provechoso remplazar esos sobrantes con noticias acerca de particulares más importantes, como — verbi gratia — una descripción exacta y detallada del ejemplar de la primera carta de Colón que se conserva en la Ambrosiana y de las cinco ediciones de la versión rimada de Giulano Dati.

El reparo tiene tanta mayor fuerza cuanto que la Junta ha hecho figurar en su *Bibliografía* «piezas que nadie ha » visto ó que ya no existen, sea en originales, sea en copias, desde hace cuatro »cientos años,»—como aquella obra que se dice haber escrito Colón «en la forma de los Comentarios é uso de César» y dedicada al papa Alejandro VI; ó una descripción día por día de su primer viaje,

1 P. 57.

así como un tratado sobre la línea de demarcación (p. 207); «los cuales, como »afirma legítimamente Mr. HARRISSE, »pueden haber salido de su pluma; pero »jamás se imprimieron y de ellos desde »hace siglos no queda huella ninguna.»¹

Por contraposición, advierte que si esas noticias deben incluirse en una bibliografía colombina, por alguna razón, no debió ésta faltar tampoco en otros casos, y así pudieron mencionarse del mismo modo la carta enviada por Colón á Toscanelli y que dió ocasión á que se le remitiera la famosa de 1474; los apuntes de Colón sobre las cinco zonas habitables, con otros escritos más que se citan en su correspondencia y que se han perdido también².

Sería cuento de nunca acabar, ó sencillamente habría que transcribir por completo el libro de Mr. HARRISSE, si se quisieran mostrar las faltas, ó los errores, ó las equivocaciones de la obra académica; aunque siendo ella de carácter

¹ P. 25.

² Págs. 25 y 26.

bibliográfico cualquier defecto, siquiera sea de mera descripción, ó acaso sobre todo si se comete precisamente en la parte descriptiva, es un vicio capital desde el punto de vista de la bibliografía. Hay que renunciar aun á enumerar siquiera los de más bulto; porque hasta estos no tienen cuenta. El mismo HARRISSE en su libro especial no ha sido tan absolutamente tímido que no haya dejado una multitud fuera del cuadro.

Por mi parte debo reducirme á algunos casos que sirvan para determinar la naturaleza particular y acaso única de la *Bibliografía*; aunque antes procede prevenir que, conforme á su propio título, aquella obra había de ser, ni más, ni menos, la *enumeración de libros y documentos* concernientes á CRISTÓBAL COLÓN Y SUS VIAJES. Lo que no se relacione propiamente con esos dos extremos, huelga, y es por lo tanto un defecto,—como sucede con aquel libro sobre la orden franciscana, con aquella historia del Cristianismo, con esas enormes Biografías y esas gigantescas Historias universales. Lo que se relacione con ellos

y no aparezca consignado, es una falta acaso mayor, y de este género son muy numerosas y muy graves las que Mr. Harrisse señala. A más de esto, consistiendo la obra en una *enumeración de libros y de documentos*, lo esencial, el todo—mejor dicho,—tiene que ser una descripción exacta y completa, á veces muy específica y detallada. Describir sin exactitud ó no describir completamente un libro ó un documento, son faltas imperdonables; atribuir un libro á quien no es su autor; confundir al impresor con el autor; suponer libros que no existen; omitir los que existen en alguna parte, son defectos gravísimos, en realidad gran desdoro tratándose de una Junta académica, y de esa índole apunta Mr. Harrisse un número increíble. Esto sin contar con que si tienen algún plan los académicos, no han observado ningún método aceptable; todo lo cual pone de manifiesto y como de relieve tres cualidades lamentables: ignorancia supina, despreocupación sin límites y ausencia completa de sindéresis.

Son tantas y tales las muestras de su

atolondramiento, su incuria y su desdén respecto de la crítica, que «se les »ve dar frecuentemente como inéditas »importantes piezas que se encuentran »impresas por extenso en colecciones »que tienen ellos ante los ojos, reproducir el mismo documento con dos y aun »con tres títulos desemejantes, atribuir »á un manuscrito el contenido de otro, »en fin omitir cédulas, ordenanzas de »primer orden que se refieren á Colón »ó á sus viajes, y hasta cartas de éste, »porque tales piezas no figuran en las »recapitulaciones ó en los índices: prueba de que esta categoría de bibliógrafos se imagina poder dispensarse de »abrir un libro ó un manuscrito para »describirlo ¹. Y menos mal si Mr. Harri- »risse no pudiera probarlo; pero, desgraciadamente, lo evidencia ², y eso limitando su examen á sólo tres ó cuatro años de la vida marítima de Colón, con ejemplos tomados al recorrer la primera sección de la *Bibliografía*, en su sen-

1 Págs. 14 y 15.

2 Págs. 15 á la 23.

tir «aquella de que parecen estar más ufanos los académicos.»

Si en varios casos inscriben estas algunas obras «en la misma parte, casi siempre con un título ó un tamaño diferente¹, otras hacen con un solo volumen dos, y también tres libros separados»². Mr. HARRISSE pone tres ejemplos de esto último. Como preámbulo al tercero, dice: «Lo que provoca una dulce hilaridad, es la especie de avatar de la traducción inglesa del Diario de abordo de Colón, imaginado por la Junta; y á continuación lo indica de esta manera:

«Primo: Pág. 242. n.º 31. El libro es »por lo pronto llevado á los *Anónimos* »y pobrementemente descrito.»

«Secundo: Pág. 262, n.º 288. Progreso »manifiesto. Aparece bajo el nombre »de Samuel Kettell, pero todavía sin »designación de tamaño.»

«Tertio: Página 257, n.º 188. Evolu- »ción final. Es una «traducción de la »*Colección* de Navarrete, descrita con to-

1 Pág. 26.

2 Pág. 28.

»*das las yerbas de la fiesta de San Juan,*
»incluso el nombre del sabio español en
»el encabezamiento, como si fuera el
»autor del Diario de Cristóbal Colón»¹.

Aunque más «dulce hilaridad» debió conmover particularmente á Mr. HARRISSE cuando vió descrito un mismo trabajo suyo dos veces y bajo dos títulos diferentes (pág. 261, núms. 225 y 226), y sobre todo al notar que se le atribuían otras dos obras (pág. 220, número 55, y pág. 222, núm. 12), y una edición hecha en Valencia (pág. 308, núm. 54), «*que él ciertamente no ha visto jamás*»².

(Continuará.)

1 Págs. 29 y 30.

2 Pág. 30.



OTRO VOLUMEN DE SACO

CON el objeto de aliviar en su actual desamparo la triste y lamentable situación de la hija desvalida de José Antonio Saco, se ha puesto de venta en el mismo establecimiento donde acaba de imprimirse,¹ y á un precio sumamente módico, á fin de que todos los que lo deseen puedan contribuir con ese óbolo modesto á una noble obra de piadoso patriotismo,—otro volumen que continúa la vasta y eruditísima *Historia de la Esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países américo-hispanos* que al cabo no pudo terminar el insigne publicista cubano.

Este que es el 6º tomo de la gran

¹ Imprenta de Alvarez y C^ª, Riela 40.

obra, y ya había aparecido en muchos números de la *Revista Cubana*, se divide naturalmente en tres partes: los libros sétimo y octavo de la narración de Saco (pág. 5 á 108), precedidos de una conferencia que pronunciára el Sr. D. José Silverio Jorrín sobre el escritor bayamés, en la Sociedad Económica y que ahora sale á luz con el título de *Ensayo Crítico* (I. á XXV), y la que con el membrete de *Apéndice* (p. 109 á 394) comprende treintiun documentos de grandísimo interés y valor histórico.

Basta recorrer el índice para persuadirse de la importancia general que reviste el nuevo volumen, así como de su importancia capital para el conocimiento de la historia de la Isla de Cuba.

Continuación de los anteriores el libro sétimo expone el período en que se abre ancho campo en Africa la especulación por medio de la Trata de negros, y llega á su mayor escándalo ese inicuo pillaje al generalizarse con facilidad mayor cada vez, para ir declinando desde entonces.

El octavo y último capítulo refiere

los orígenes del abolicionismo y la lucha entablada contra el codicioso poder de los traficantes de esclavos, en que hicieron tan noble y prominente papel los ingleses. En cuanto á Cuba su interés es realmente extraordinario. Abiaza dos momentos opuestos,—aquél en que la opinión era unánime, aun contra la Metrópoli, en favor de la Trata, y ese otro en que alborea el espíritu abolicionista. Nadie ha personificado acaso una época tan cumplidamente como esa don Francisco Arango y Parreño,—esclavista aún contra las Cortes Constituyentes en 1811, con la triple representación de la Municipalidad de la Habana, el Real Consulado y la Sociedad Patriótica, y más tarde, en 1832, abogado de la abolición, aunque siempre inspirándose como hombre práctico en las conveniencias temporales de su país. Desde esa época fué el abolicionismo ganando prosélitos entre los hijos de Cuba, y sólo los peninsulares y el Gobierno se ampararon de la trata y de la esclavitud para medrar y al mismo tiempo impedir que el pueblo estrujado alcanzase las condicio-

nes necesarias para repeler á sus opresores. El capítulo concluye precisamente cuando iba á recrudecerse la lucha sorda de las ideas que desde 1835 agitaron á los colonos, que conmovieron á los negros é inquietaron á los propietarios los años siguientes, hasta producir el proceso terrible y tenebroso de 1844. Muchos de los elementos con que se formó la causa famosa, desde el punto de vista de las ideas, podrían encontrarse escudriñando los documentos valiosísimos que contiene el apéndice.

Y si gloria precisamente no ha de alcanzar el ilustre Saco con la impresión en tomo de dos capítulos de su obra que ya habían sido publicados y por consecuencia eran conocidos del público de esta Isla, á lo menos ellos reviven la gloria antigua y le sirven como de riego vivificador; pero es indudable que merece la felicitación cordial de los cubanos el distinguido y modesto bibliógrafo y erudito que conservó los manuscritos, que tuvo que descifrar multitud de apuntes, coordinarlos y armonizarlos para que resultasen los dos últimos li-

bros de la obra de Saco. Esta queda incompleta; pero gracias á la devoción generosa del Dr. Vidal Morales y Morales el libro ha podido extender sus límites hasta una fecha bastante cercana á nosotros, y casi llegar á las generaciones actuales en razón á los documentos añadidos por el hábil y desprendido coleccionador. He dicho mal; porque el Dr. Morales es casi coautor, es por lo menos un póstumo auxiliar de Saco, y con él compartirá justamente los aplausos con que saludará el país la aparición de este tomo final de una gran historia.





UNA CARTA

DE DON SALVADOR RUEDA

En su número de Junio un periódico de New York, *El Americano*, inserta en la sección de *Notas Artísticas y Literarias* la carta siguiente:

Madrid, Junio 2 de 1894.

Sr. D. Carlos B. Figueredo.

New York.

«Mi querido Carlos:

HE recibido tu carta cariñosa, á la vez
» que el folleto con el juicio sobre
» *El Ritmo*, juicio que, por lo extenso,
» pues ocupa muchas hojas, agradezco
» muy de veras; me ha parecido difuso
» hasta el punto de no entenderlo, y en

» lo poco que he entendido, veo parcia-
» lidad, injusticia y *propósito* de encon-
» trar el libro mal. Entre las docenas
» de estudios que de ese libro se han
» hecho, (casi todos por grandes inteli-
» gencias), sólo ese es contrario á ella;
» pero repito que me parece escrito con
» *mala fe literaria*. Lo agradezco, sin
» embargo, de todo corazón, porque su
» longitud y apasionamiento, revelan
» que hizo impresión fuerte el libro».

«Para *El Americano*, periódico que
» dirijes ahí, te envió la adjnnta poesía
» que me pides: es inédita. Verdadero
» milagro es que haya podido escribir-
» tela, porque tantos y tantos compro-
» misos tengo con periódicos de España
» y de América, que no me queda abso-
» lutamente tiempo para nada».

«Tiene mucho gusto en complacerte
» y en saludarte, tu antiguo amigo que
» no te olvida,

Salvador Rueda.»

A continuación advierte el periódico
que «el folleto á que se refiere el amigo
» Rueda, es nna entrega de las HOJAS
» LITERARIAS de don Manuel Sanguily».

El número aludido es el de Abril del año corriente donde se publicó el artículo «Revolución Rítmica», en que examinaba y hacía algunos reparos á una obra reciente (*El Ritmo*) del señor Rueda, que acababa yo de leer en el ejemplar con que su autor había querido honrarme. Y todavía llevó su benevolencia á punto de enviármelo «con una dedicatoria manuscrita en la anteportada, y tan exajerada como generosa». Esta circunstancia, así como el buen nombre de que gozaba como poeta el amable remitente, me impusieron el deber de consagrarle «muchas hojas». No hubo otras razones; aunque es lo positivo que no me fué posible comprender el libro, y muchísimo menos la clase y caracteres de la innovación que por su medio se pretendía realizar. Sólo á esa deficiencia mía, y en modo alguno á lo que él infundadamente se ha figurado aun sin conocerme, al extremo de no vacilar al achacarme mala fe literaria, debió el Sr. Rueda atribuir cuanto en aquel juicio pudiera haberle parecido inaceptable á su condición de

autor de la obra por mí examinada con tan escasa fortuna á lo que parece; pero no quisiera yo tampoco que se imaginara nunca que me hubiese hecho impresión su libro en otro sentido que en el de aquel que pueda inferirse, siquiera con algún trabajo, de mis propios conceptos, que podrán ser muy oscuros; pero que tengo por muy francos; pues cuanto se me ocurrió decir, en modo alguno me lo dictó ni era dable que me lo hubiera dictado la mala intención; que yo, fuera de lo que revelan sus obras, ni sé quien es el Sr. Rueda, ni tengo por qué mortificarme tampoco de lo que le viere á él en voluntad pensar y circular por el mundo, aun cuando esté fuera de mi alcance y necesite para entenderse y descifrarse con acierto, de la capacidad de «grandes inteligencias».

De todos modos, creo que merece mi reconocimiento quien, si bien para excomulgarme, se ha servido al cabo dedicar algunas líneas á un trabajo mío desmedrado, confuso é injusto por añadidura, apesar de vivir tan ocupado como lo está en razón al número cansidera.

ble de sus compromisos literarios «con periódicos de España y América».

Y tanto más le debo agradecer su honorífica atención, cuanto que me ofrece la coyuntura de corregir una errata de aquel mi malhadado artículo.¹ En la página 293, donde dice: «se coloquen sobre ellas versos cualesquiera»,—debe leerse «se calquen sobre ellas versos cualesquiera».

Esta nimiedad significa únicamente que á lo menos [procuro evitar la obscuridad y la confusión en cuanto está de mi parte.

1 HOJAS LITERARIAS.—Abril 30 de 1894.



EL LIBRITO DEL SR. NOVO

(*Algunas indicaciones sueltas*)

AGRADEZCO al Sr. D. Enrique Novo las frases amables con que se ha servido dedicarme un ejemplar de su reciente librito *España y Cuba* en que pretende impugnar los juicios tan acertados como generosos que tuvo á bien emitir sobre el volumen de los meritísimos trabajos de Montoro hace poco publicado, el ilustre poeta gallego Curros Enríquez. Con esto sobra para suponer cuales sean sus propósitos; pero no quedarían ni asomos de duda acerca de ellos como se supiera, además, que D. Enrique Novo es redactor de *La Unión Constitucional*; que el director de este diario, en una á modo

de proclama, recomendó á sus lectores habituales poco menos que como un vademecum de todo buen español el nuevo libro, induciéndoles á adquirirlo, y, por último, que el libro apareció algunos días después ostentando en la portada los vivos colores nacionales, es decir, como paseaba antaño por Broadway, envuelto en su capa mefistofélica, el célebre Ferrer de Couto, ó como un español del viejo cuño que saliera á la calle llevando terciada con el garbo y bizarría de un soldado de los famosos tercios la enseña gloriosa por antonomasia, y tan capitosa (según diría un francés) como aguardiente con pólvora. Comprendo el efecto que con sólo ponerlo de venta podría producir ese librito al herir desde el muestrario la retina del transeunte peninsular, á la manera que el trapo del diestro sacude los nervios del toro bravío. Viendo esa bandera al sesgo, el rojo de sangre, el amarillo de oro, en que se destacan las letras negras de esas misteriosas palabras *España y Cuba...* qué sugestión! y qué sueños! y qué inmenso estallido en el cerebro, de

voces heróicas! qué resurrección y qué apetitos!... es la evocación deslumbradora de un mundo digno de permanecer vivo en la memoria, de realizarse otra vez, de no morir jamás... Numania, Sagunto, Gerona, Zaragoza, Bailén... heroicidades inolvidables; Don Pedro de Castilla, Torquemada, Fernando é Isabel; y las Carabelas, Cortés y Pizarro, los Galeones, Potosí y las minas inagotables, las encomiendas y la mita, los indios, los negros, el dos de Mayo... é Hidalgo, San Martín, Su...—sus!... y esto diciendo estremecido, el honrado industrial español que frente á la vitrina, clavados los ojos casi fuera de las órbitas en aquella franja sangrienta y esa otra franja amarilla, estrecha y larga como un filón de oro, se había sumido en las fascinaciones del pasado, volvía de repente á la realidad, como si hubiese oído en su ensimismamiento patriótico el áspero grito triunfante de los vencedores de Ayacucho, y penetrando en la tienda, volvía á salir minutos después, fiero, con el rostro descompuesto, lanzando á los cuatro vien-

tos miradas amenazadoras, zarandeando el cuerpo marcial, en bélicos contoneos de caderas disciplinadas, á tiempo de esgrimir como una lanza de guerra el libro de colores emblemáticos, predispuerto ya, sin haberlo hojeado siquiera, á morir por la honra de la nación, ó á exterminar á sus felones enemigos americanos!

Y luego? Ah!... así que lo hubiera leído seguro es que se diría:—qué paraíso esta isla de Cuba! sí, todo un paraíso, envidiable, justamente codiciado por los extraños, y levantado desde el fondo de la barbarie por el noble, por el fecundo, por el vivificante esfuerzo de los españoles! Porque en cuanto á su aspecto material, Cuba es una maravilla; y en cuanto á su aspecto moral... naturalmente otra maravilla! Caminos, carreteras, nutrida población, ingenios magníficos, producción asombrosa, escuelas á granel, instrucción pública incomparable—un pueblo que debiera ser el más feliz del mundo viviendo como vive en la mansión más esmeradamente conservada, merced sólo á la paternidad

de sus gobiernos y á la doctrina *asimilista* que los inspira, la doctrina que siempre animó á España en sus colosales empeños ultramarinos, la única doctrina en fin del progreso, de la libertad y de la democracial... Por desgracia el luminoso cuadro tiene algunas sombras; en ese mágico concierto político y social dan la nota discordante los *autonomistas*, que son en el fondo y siempre *separatistas* hipócritas é irresolutos y cuya absurda doctrina, en contraposición de la que sustentan con éxito indecible los mejores españoles, no es más en resumidas cuentas que la negación de la democracia, de la libertad y del progreso; ó para decirlo de una vez,—la centralización y el privilegio!

Que sean paradójicas las precedentes proposiciones, no hay en Cuba quien no se atreva á sostenerlo, fuera de los que se llaman *asimilistas*, y así, se engañaría el que otra cosa fuese á buscar en el librito del Sr. Novo, por lo que ocurre preguntar—¿para qué público ha escrito ese señor? Pero el Sr. Novo es peninsular, escribió su declamación

patriótica en Cuba, y es sabido que en Cuba los peninsulares todo se lo permiten, impunemente por supuesto,— desde amenazar una reunión pacífica que no les plazca, con gente allegadiza y tumultuosa armada como tropa de combate, hasta poner en filfa la historia, menospreciar la experiencia y burlarse del sentido común.

Y, si no, aun cuando sólo sea para comprender la facilidad con que penetra en los misterios del pasado el señor Novo, así como para formarse alguna idea del criterio que le guía en sus originales lucubraciones,— véase lo que asegura con ánimo convencido acerca de la significación y la influencia de España á fines del siglo XV y ulteriormente.

Ante todo, para desvirtuar el concepto legítimo, histórico, fundado en los hechos, de que España ha explotado y sigue explotando á sus colonias, niega como una falsa imputación la codicia que se le ha atribuido, aquella «su atroz codicia», que dijo el poeta, para lo cual se conforma con asentar que es «incom-

patible con la generosidad y abnegación que tan grande la hicieron en la historia»,—lo cual es tan declamatorio como vago y caprichoso. En lo que hace al servicio que prestó á la causa del progreso, merece transcribirse la página en que el Sr. Novo sustenta cosas verdaderamente peregrinas: «Arrancar del estado salvaje á innumerables «seres humanos para convertirlos á *través de generaciones sucesivas* en ciudadanos *libres, ricos é inteligentes*, sin reparar en los sacrificios de sangre y de dinero que tamaña empresa exigía, es acción que sólo puede acometer la raza *valerosa é hidalga que con su noble DESINTERÉS Y HERÓICOS ESFUERZOS* abrió horizontes ilimitados á las expansiones del viejo mundo, *salvándole providencialmente de la degeneración á* que PUDO EXPONERLE el creciente aumento de su *población excesiva* en una extensión limitada y empobrecida de territorio fatalmente infranqueable. Por tal concepto España tiene conquistada legítimamente la consideración y la gratitud no sólo de la América des-

«cubierta y civilizada, sino de Europa entera, á la que *constantemente* ha servido de estímulo, ejemplo y guía en todos los empeños coloniales, posteriormente realizados, en provecho de colonos y colonizadores.» (páginas 43 y 44).

De generador y estimulante por supuesto sí sirvió al espíritu separatista, esto es, al descontento que provocaron sus desaciertos; aunque sería necesario escribir un tomo como se pretendiese desmenuzar ese trozo del Sr. Novo para que se percibieran todas y cada una de sus extrañas antífrasis, paradojas y declamaciones; pero nótese:—primero—que arrancar del estado salvaje á seres humanos *á través de generaciones* sucesivas, es á más de incomprensible un prodigio de cultivo humano. Al través de las generaciones sucesivas los seres salvajes tendrían por fuerza que desaparecer y—claro está!—perderían así su condición de salvajes; pero también habrían de perder conjuntamente su condición de vivientes. Lo que quiso decir el Sr. Novo es que con el

tiempo, los indios de la época de la conquista dejaron el puesto nó á otros indios, sino á sus descendientes más ó menos mezclados con los españoles, y á los mismos españoles y sus hijos. Ni más ni menos, y esto cabalmente fué lo que pasó. Lo que no sucedió positivamente fué lo que se dice con suma confusión en el quodlibeto del Sr. Novo. Ahora mismo, en la vasta extensión de Méjico, Centro y Sud-América, ¿son acaso los indios que viven regados por esas tierras, «ciudadanos libres, ricos é inteligentes?» ¿No son muchos de ellos todavía tribus salvajes? ¿No son antropófagos otros? Los *Ouitotos*, por ejemplo,—¿no usan en la actualidad flautas trabajadas con huesos de sus víctimas? Segundo—que ni los españoles (la masa, la muchedumbre) soñaron jamás en evangelizar á los indígenas, ni eran tampoco muy superiores á ellos. En corroboración de esto último, basta recordar al marinero Gonzalo Guerrero que al cabo de ocho años de vivir entre indios no quiso abandonar la vida salvaje que había llevado, y con los indios se

quedó,¹ y al soldado de Sebastián de Ocampo llamado García Mejía que en tres años de residencia junto á un cacique olvidó casi por completo su lengua y en cambio se asimiló la de los salvajes, y sus usos, costumbres y prácticas.² En cuanto á civilizar indios, sólo refrescaré la memoria del señor Novo citándole un hecho. Porque no se implantaran las célebres *Leyes Nuevas* que favorecían á los indígenas, ensangrentaron los españoles el Perú. Terminó la guerra; pero aquellas disposiciones soberanas tuvieron que modificarse casi esencialmente. La situación de los indios fué tan desesperada que se fugaban á los montes y se ahorcaban. El pobre indígena envidiaba al negro esclavo, que es cuanto se puede decir! Y no soy yo quien lo afirma: lo sostienen serenamente los ilustres marinos D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa, y eso respecto á una época muy posterior á la conquista, de menos áspera brutalidad. «La suerte de estos

¹ Gomara. *Historia de las Indias*, p. 304 (Biblioteca de Rivadeneira),

² Las Casas. *Hist.* Tomo IV., ps. 33 y 34.

»(los negros esclavos)—dicen esos ilustres españoles—*es envidiada con JUSTA RAZÓN* por aquellos que se llaman libres, y que los Reyes han recomendado tanto para que sean mirados como tales, pues *es mucho peor su estado, sujeción y miserias que las de aquellos.*»¹ Y hasta en cuanto á los que atormentados de hambre se veían forzados á comer tierra, ahí está el testimonio de Vasco Porcallo de Figueroa, para que se vea cómo entendían los menos plebeyos de los conquistadores eso de civilizar y convertir á la fe de Cristo á los desventurados indígenas.² Mas si alguien dudara de que el hidalgo era sensible siquiera ántes de la altivez y la noble defensa de la tierra nativa, ahí está la hoguera de Hatuey para probárselo, y ahí están también las últimas inmortales palabras del cacique para atestiguar á los siglos la afección y la gratitud que los españoles supieron inspirar á los primitivos habitantes de las Indias!

Decir que España salvó al viejo

¹ Noticias Secretas de América.—Parte II.—Cap. I pág. 230.

² Historia de la Isla de Cuba, por D. Jacobo de la Pezuela.—Tomo 1., p. 114.—Nota.

mundo de la degeneración á que *pudo exponerla* el creciente aumento de su población excesiva, es tan científico por la forma como por el fondo, cuanto que la misma España por sus condiciones especiales era uno de los países europeos más necesitados de buscar en otras partes elementos de vida para su población demasiado crecida. Si hoy no es esta muy densa que digamos, pues Francia cuenta 71 habitantes por kilómetro cuadrado, Inglaterra 108, Bélgica 203 mientras España 34 y una fracción, —entonces era considerable. Sólo el reino de Castilla alcanzaba en 1492 la cifra de muy cerca de siete millones, casi el doble de lo que entonces era la de Inglaterra y más del sexto de la total de España en nuestros días. Pero téngase presente también que al subir al trono Isabel I, en 1474, las rentas permanentes de la Corona eran no más que de 885,000 reales y ya en 1504 habían llegado á más de cuarenta y dos millones.¹ Entre esas dos fechas está la de

¹ Histoire de la Fondation de la Republique des Provinces-Unies, par J. Lothrop Motley, trad. par M. Guizot.—Introduction.—Tome Premier—IV y V.

1492, es decir, la expulsión de los judíos y el descubrimiento de América. La consecuencia es forzosa: á la América debía en parte no pequeña aquellos millones la nación. Y ahora viene á punto el confirmar con breves indicaciones la proposición del Sr. Novo relativa á los sacrificios de sangre y de dinero que costó á España la empresa del descubrimiento y civilización de la América. En primer lugar, contribuyó la Reina con un cuento de maravedices. Ya sabemos cuanto es un cuento de maravedises. Colón contribuyó con la octava parte de los gastos, la cual le facilitaron algunos paisanos suyos. Desde las primeras estipulaciones hubo buen cuidado de no olvidar los rendimientos, por si acaso; y al cabo.... veámos lo que se dice en un libro que sirvió de patrón á otro recientemente traído y llevado en una polémica, sobre los metales acuñados sólo en el virreinato de México por los españoles. Según Emilio Blanchet el oro extraído de los veneros de Nueva-España «desde 1521 á 1890, sin contar fraudulentas

ocultaciones, representa \$180.000,000; la plata 4,060.000,000». La Casa de Moneda de México fué establecida á los catorce años de conquistado el país, por la Real Cédula de 11 de Mayo de 1535; pero empezó sus trabajos dos años más tarde. De 1537 á 1821 se acuñaron allí: \$ 2,066.922,661 en plata, y \$68.706,830 en oro, ó sea en total: \$2,135.629,491! ¹

Excuso decir lo que sería esa cifra si se añadiese lo extraído del resto del continente en el mismo espacio de tiempo. No distaría mucho seguramente de \$5,000.000,000. Al menos creo recordar que ese, en números redondos, es el cálculo del Barón de Humboldt.

¿A qué detenerse en la afirmación de que sirvió España *constantemente* de estímulo, ejemplo y guía á las demás naciones «en todos los empeños coloniales?» Cabalmente por seguir sus torcidos pasos perdieron los ingleses las trece colonias, y si hoy rigen un vasto imperio transoceánico se debe á un cambio

¹ Cuadro Geográfico, Descriptivo é Histórico de los Estados Unidos Mexicanos,—por Antonio García Cubas.—México.—1884—p. 196.

radical en sus doctrinas económicas y coloniales.

Con las indicaciones antecedentes no puede sorprender que el Sr. Novo cante las alabanzas del partido político á que pertenece y le atribuya cuanto quiere ver grande y maravilloso en Cuba; ni tampoco, por consiguiente, que se le antoje ver separatistas y hasta reaccionarios en los liberales cubanos. Hay cosas que no necesitan refutarse, y el libro del Sr. Novo, al menos en esta parte, es de su número. Por si no parece suficiente lo que acabo de apuntar á fin de hacer patente la especie de *daltonismo* asimilista de que adolece el señor Novo, voy á poner dos últimos ejemplos de otra índole, y en seguida concluyo,—pues no dispongo ya de espacio para más.

Primer ejemplo: Dice el Sr. Novo (p. 113): «¿Hay acaso en el mundo otro país que haya alcanzado, *sin revolución* ni trastornos, en un período igual de tiempo la suma de libertades y derechos que Cuba alcanzó en estos últimos doce años?» Pero acaso estos do-

ce años surgieron de golpe y porrazo, como por generación espontánea; ó vinieron después de otros, precisamente de *revolución* y *trastornos* y que significan en la historia de Cuba la lucha de los cubanos liberales contra los españoles asimilistas, lucha comenzada sordamente desde 1837, manifiesta en 1865, sangrienta en la pugna implacable de una década terrible, y continuada después, durante esos mismos doce años en que siguieron representando los correligionarios del Sr. Novo el doble papel de oponerse á las expansiones naturales y legítimas del pueblo cubano, y de utilizar las conquistas proclamadas y perseguidas por su liberalismo, para luego atribuirse su iniciativa ó su realización?

Segundo ejemplo: Con el objeto de probar que el autonomismo y el regionalismo «son cosas distintas, incompatibles y antitéticas» (p. 64),—se entretiene el Sr. Novo en un paralelo en que uno de los términos de que se vale, es el programa regionalista que «un tal Brañas»—como dice un tal D. Leopoldo

Pedreira, autor de un librito contra aquella tendencia,—ó—como debe decirse—D. Alfredo Brañas, Catedrático de Economía Política y Hacienda en la Universidad de Santiago de Galicia, proclamó en un discurso el año 1892.

Sostiene el Sr. Novo—por una parte—que «los autonomistas reclaman el régimen que suponen del gobierno propio, en la creencia ilusoria de que ellos *exclusivamente* gobernarían entonces la «Isla de Cuba» (p. 70). El Sr. Novo no dice por donde ni en qué lugar consta que así realmente piensan los autonomistas cubanos, quienes, dicho sea por paréntesis, así, ni más ni menos, es como deberían pensar.

Por otra parte, expone el Sr. Novo que, contrariamente á ellos, «los regionalistas son enemigos de todo exclusivista egoismo, y quieren que las fronteras de las regiones permanezcan abiertas para los españoles *sin excepción*, y que en cada una gocen los que á ella lleguen los mismos derechos reservados á los naturales» (p. 71).

Pues, en cambio, respecto á este par-

tiular, los regionalistas piensan de muy distinta manera, y Brañas, de quien tomaba sus informes el Sr. Novo, no deja lugar á la duda. Así se expresa en su aludido discurso de la Universidad de Santiago:—

«9º Que los cargos públicos se confiarán **únicamente** á los hijos de la región ó á los que siendo extraños arraiquen en ella, en los casos que las leyes orgánicas determinen, siendo de advertir que el regionalismo no es exclusivista ni egoísta, ni cierra las fronteras á los ciudadanos de las demás regiones que lo son también del estado español...»¹

Esta aspiración, por lo mismo que es natural y legítima, aparece hasta en las coplas de los gallegos:

Nos queremos ó amparo das leises
Asociarnos en federación
E queremos que sexan gallegos
Bizpos, Xueces, Goberno... e hastra Dlos!

Mas cuando se vé con mayor claridad en el espíritu del Sr. Novo es leyendo

¹ La Crisis Económica en la época presente y la Descentralización Regional.—Santiago — 1892. — pgs. 192 y 193.

el párrafo siguiente: «En las postrimerías del siglo que agoniza entre los cantos unísonos que en todos los ámbitos de la tierra inspiran el amor y la fraternidad universales, no puede salir de la hospitalaria América la nota discordante de rancios y estrechos exclusivismos» (p. 45). No haya temor el Sr. Novo, que mientras llegue el turno de sentarse á la mesa de los presupuestos coloniales á los autonomistas, ya habrán fallecido probablemente de hartazgo los asimilistas, y los pocos que renueven á los afortunados pletóricos es casi seguro que sean entonces autonomistas también, y—de todos modos—asiento tendrán alrededor de la gamella; aun cuando poca cosa quedará de comer á la fecha! Pero—¿será verdad esa manera beatífica y angélica con que agoniza el siglo? Ah! el pobre Sadi-Carnot no vería ciertamente tales bienandanzas, no las hacen sospechar tampoco las bombas de dinamita, los aprestos militares, y ni aun tampoco los desplantes de los asimilistas en Madrid.

Por suerte el Sr. Novo espera que

desaparecerán «los partidos locales»— bien que no precisa la época de esa transformación — «para dejar plaza á tendencias y aspiraciones más elevadas y más generales» (p. 124). Quizás no se engañe en esa profecía; aunque sea muy diverso su sentido del que determinen los acontecimientos. No es concebible que un pueblo esté sometido por completo á la voluntad de otro lejano; que leyes, presupuestos, empleados, emanen de la ajena y no de la propia conveniencia; que el destino, en fin, de una gran agrupación humana permanezca invariablemente encadenado á la fuerza inconsiderada y explotadora. Lo que de ahí, á la postre, resulte es imposible predecirlo; pero puede asegurarse con tristeza que dice muy poco en favor de nuestro corazón y nuestra inteligencia el que haya todavía en el seno de la civilización hombres ó partidos para sostener atrocidades semejantes!

●

IMPRESOS RECIBIDOS

Libros:—

Poesías de D. Eugenio Sánchez Fuentes (C. de la Real Academia Española).—Habana.—1894.

Historia de la Esclavitud de la Raza africana en el Nuevo-Mundo y en especial en los países américo-hispanos, por Don José Antonio Saco.—Publicada con muchos Apéndices en la *Revista Cubana* por el Dr. D. Vidal Morales y Morales.—Habana.—1893.

Folletos:—

Las Mentiras Divinas, por Luis C. Pérez.—1894.—*Unión de Reyes*.

Revistas:—

Ciencias y Letras.—Caracas.

La Escuela de Medicina.—Habana.

Revista Cubana.—Id.

- La Habana Elegante.*—Habana.
El Figaro.—Id.
Revista Villaclareña.—Id.
La Primavera.—Guanabacoa.
Ciencias y Letras.—Matanzas.
La Fraternidad.—Sancti-Spíritus.
Periódicos:—
La Unión Constitucional.—Habana.
La Joven Cuba.—Id.
La Protesta.—Id.
Las Avispas.—Id.
El Liberal.—Id.
La Nueva Era.—Id.
La Igualdad.—Id.
La Justicia.—Id.
El Oriente.—Santiago de Cuba.
La Patria.—Id.
El Triunfo.—Id.
La Defensa.—Id.
La Crónica Liberal.—Cárdenas.
El Renacimiento.—Id.
El Liberal.—Colón.
El Reformista.—Remedios.
La Alborada.—Pinar del Río.
La Luz.—Sagua la Grande.
La Evolución.—Cienfuegos.

A LOS SRES. SUSCRIPTORES Y AGENTES

Suplico á los señores suscriptores directos de este periódico que se sirvan saldar á la mayor brevedad posible sus atrasos, por medio de los cobradores habituales, y á los Sres. Agentes que estuvieren demorados en sus remesas, que procuren enviar cuanto antes el importe de las suscripciones vencidas, pues esta Administración necesita con urgencia del concurso de su buena voluntad para hacer frente á sus obligaciones.

M. S.

No se admiten suscripciones por trimestres, ni semestres, sino únicamente mensuales.

HOJAS LITERARIAS

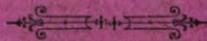
POR

MANUEL SANGUILY

Condiciones de subscripción y venta:

En la Habana, un mes...	50	centavos	plata.
Interior de la Isla.....	60	»	»
España y Extranjero.....	60	»	»

Los pagos serán adelantados, ó al recibir cada número. Dirjase la correspondencia administrativa y periódicos, á San Ignacio 24, altos. (Plaza de la Catedral).



La correspondencia literaria y libros, al Sr. D. Manuel Sanguily, en la misma dirección anterior, ó á la «Playa de Marianao.»

HOJAS LITERARIAS

POR

MANUEL SANGUILY

AÑO II.—TOMO IV.—AGOSTO 31. 1894.—NUM. IV

SUMARIO

- I.—LOURDES.
- II.—CRÍTICA DE LA BIBLIOGRAFÍA COLOMBINA.
- III.—CRÓNICAS DE D. MIGUEL E. PARDO.
- IV.—PROBLEMAS DE PATOLOGÍA Y DE POLÍTICA.
- V.—UNA OPINIÓN EN CONTRA DE PLÁCIDO.—
(Notas críticas).
- VI.—FRANCISCO SÁNCHEZ BETANCOURT.
- VII.—IMPRESOS RECIBIDOS.



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
SAN IGNACIO, 24, altos
HABANA

NOTA

Este periódico constará de 64 páginas. El presente número es extraordinario.

A. Miranda y C^ª—Impresores

COMPOSTELA 89-TELEFONO 280.

HOJAS LITERARIAS

POR

MANUEL SANGUILY

AÑO II.—TOMO IV.—AGOSTO 31. 1894.—NUM. IV

SUMARIO

- I.—LOURDES.
- II.—CRÍTICA DE LA BIBLIOGRAFÍA COLOMBINA.
- III.—CRÓNICAS DE D. MIGUEL E. PARDO.
- IV.—PROBLEMAS DE PATOLOGÍA Y DE POLÍTICA.
- V.—UNA OPINIÓN EN CONTRA DE PLÁCIDO.—
(Notas críticas).
- VI.—FRANCISCO SÁNCHEZ BETANCOURT.
- VII.—IMPRESOS RECIBIDOS.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
SAN IGNACIO, 24, altos
HABANA



LOURDES

LA última obra de Emilio Zola parece ser la primera parte de una gran trilogía, de una serie de novelas acerca de *Las tres ciudades*, Lourdes y, á lo que se ha dicho, París y Roma. La que en forma de libro acaban de arrebatarse miles de curiosos y había aparecido casi simultáneamente en periódicos de Francia, los Estados Unidos y la Argentina, es una producción admirable, tanto por el conjunto como por el nimio pormenor, que revela una imaginación lozana y potentísima á la par de grande y vigoroso talento. Por causa de la misma enorme masa de detalles, y porque en realidad no hay en ella trama, ni intriga, interés intrínseco y dramático, se lee

con algún esfuerzo, hasta con asomos de cansancio á trechos; mas poco á poco, á medida que se van volviéndose las hojas, nótase con delectación y legítimo asombro que el autor sigue impertérrito un plan profundo, un método que consiste en construir un mundo especial en sus más menudos accidentes para sumirnos en él y hacernos vivir en su ambiente como si nos moviéramos en medio de una creación real y efectiva.

A ocasiones creeríase estar leyendo una disertación ingeniosa, cuando no un implacable y habilísimo alegato, ó una sátira amarga y penetrante; bien que de todos modos resulta una obra formidable, geométrica, muy sólida, construída despacio, sin apremio ni preocupación, conforme á un plan sencillo que desenvuelve con precisión maravillosa el artífice sano y hercúleo, algo así como un polifemo de la literatura que maneja las masas humanas como los gigantes de la fábula manejaban las montañas.

Está dividida la novela en cinco *jornadas*, cada una de esas secciones en

cinco capítulos, y hasta pudiera creerse que cada capítulo iba á constar del mismo número de páginas y cada página del mismo número de párrafos; que tales y tan notables son su regularidad y simetría! Así como en otras composiciones de Zola las muchedumbres suelen ser protagonistas, y se animan y viven también en cierto modo los objetos materiales, desempeñando por tal privilegio papeles importantes, si no principales, como la tienda de ropas, el mercado, el teatro, en *Au Bonheur des Dames*, *Le ventre de Paris* y *Nana*; como la locomotora de *La Bête Humaine*, la Bolsa de *L'Argent*, el regimiento de infantería de *La Débâcle*; ahora constituye parte esencial del relato un tren de camino de hierro y son los personajes sus pasajeros todos, enfermos, médicos, sacerdotes, asistentes, peregrinos, muchedumbres también, que corren desoladas y ansiosas hacia la Gruta distante de la Virgen, en busca de salud y de consuelo.

A pesar de la sencillez aparente de la obra, su estructura es complicada y su plan muy original. Un tren de los

muchos que salen de diferentes estaciones de Francia conduciendo infelices ilusos y visitantes devotos, los cuales permanecerán tres días en la ciudad de los milagros, para regresar por el mismo conducto aquellos que no quedaron en el viaje ó cayeron en el momento mismo de mayor y más consoladora esperanza.

La peregrinación nacional á Lourdes dura sólo tres días. De todas partes acuden los miserables de la tierra al rincón radiante de cirios en que suele mostrarse prodigiosamente la bondad divina. En un solo día arrancaban de París catorce trenes atestados de creyentes. El blanco (porque cada uno tenía su color particular) es el escogido por Zola para servir de vehículo á sus personajes. Allí van amontonados como trescientos enfermos, á más de unos quinientos peregrinos, lanzando ayes continuos y esperando tenazmente el supremo socorro. En un carro de tercera clase se han instalado los protagonistas —un joven sacerdote, Pedro Froment, y una muchacha, María Guersaint,

amiga suya de la infancia. Ambos se habían amado, se amaban todavía con tanta pureza como ternura; pero María, de resultas de un accidente, una caída que le produjo la luxación de un pie, estaba hacía algunos años baldada, constantemente adolorida, paralizada además en su desarrollo. Convencido de lo irreparable de aquella desgracia, y al mismo tiempo por su deseo de colmar los votos de su madre, había ingresado Pedro en el Seminario y al fin completando su carrera eclesiástica se ordenó de mayores. Y mientras su pobre y querida amiga, entregada con fervor inextinguible á su devoción, cada día más creyente, ansiaba la salud perdida y confiaba en la intervención de lo sobrenatural que habría de librarla de la enfermedad y del dolor, él—por su lado—se sentía más incrédulo, más apartado cada vez del dogma cristiano y de la fe de su madre. María lo había como adivinado; en intuición casi inexplicable había comprendido la tristeza, la desolación de su antiguo compañero, el conflicto permanente en que

vivía silencioso y sin ventura, y se propuso salvarlo á él también, intercediendo con sus plegarias,—salvarse juntos, ella de la miseria física, él de la miseria moral. De ahí sus deseos vehementes de ir como peregrina á Lourdes, de acercarse á la Reina celeste dispensadora de todos los bienes, y de que Pedro la acompañara. El joven sacerdote se negó al principio; pero luego obraron sobre él muchas causas para ablandar su voluntad y decidirla al cabo. Y á Lourdes fueron entrambos en el tren blanco, acomodados en un carro de tercera, junto con el padre de la enferma, el arquitecto Mr. de Guersaint, arruinado de puro soñador y botarate. En aquel wagón iban asimismo otros muchos desgraciados buscando también á lo lejos la dicha, la salud ó el alivio.

Un día de viaje, tres de permanencia en Lourdes, y otro de regreso; pero en tan corto espacio de tiempo ¡cuán grandes fueron las mudanzas en el destino de aquella mísera gente! y para algunos si seductora se había mostrado la ilusión también fué horrible el desenga-

ño, como para otros más cierta apareció á la postre la miseria que risueña había sido la esperanza. Y sin embargo el milagro, que se había realizado alguna vez, que podía realizarse en toda ocasión, volvería á producirse ahora. Si las preces, las procesiones, las misas, los cánticos en muchos casos resultaron inútiles, en otros fueron eficaces. El prodigio había ocurrido, aunque como un misterioso y lamentable privilegio, como una preferencia incomprensible é injusta. María era digna de él, aun cuando no más que los otros que sufrían y lo solicitaban, y en el caso de María el milagro había sido público y patente. La tarde de la procesión del Santísimo Sacramento, al pasar éste frente á la joven suspendida en extática visión hasta los pies de la madre divina, curó de repente y á la vista del gentío inmenso. En cambio, Pedro había hecho cuanto á su alcance estuvo por anular su razón rebelde é indomable y volver á adormecer su espíritu en la calma de la fe sencilla y confiada de sus primeros años; pero aun allí, en medio de ese

desbordamiento de la creencia, ante ese pasmoso resultado, para él dulce y ansiado, de la intervención de los poderes soberanos é invisibles del mundo, de ese alarde de misericordia y privilegio, de maternidad y capricho, su credulidad infantil se había desvanecido para siempre, y antes que ningún Dios omnipotente y benigno, antes que ninguna Virgen milagrera, sólo veía, sólo reconocía y sólo aceptaba, como realidad suprema é inalterable, la armonía profunda de las leyes naturales. Porque hasta esa misma curación repentina de María, si para todo el mundo tenía que ser un prodigio, para él no era otra cosa que un hecho natural, un resultado predefinido y anunciado, como posible y realizable, por la ciencia humana. Su pariente el joven Dr. Beauclair, después de examinar á María hacía muy poco tiempo, se lo había asegurado, tal como sucedió. En contraste, otros pasajeros, tristes compañeros del carro de tercera clase, no regresarían á París; quienes volverían como fueron, ó peor de lo que habían ido; quienes, aún no desengaña-

dos, seguirían alimentándose de la ilusión, prometiéndose un milagro nuevo en su beneficio cuando acudiesen otra vez el año venidero á la gruta visitada por la Virgen. El mismo Pedro retornaba torturado á su oficio ya para él odioso. María, curada ya, en pleno desarrollo nuevamente, sería pronto, empezaba á ser desde luego, la mujer y más adelante probablemente tendría que ser la amante, la esposa, la madre... Otro hombre más afortunado que él, y que no podría quererla tanto como él, recibiría sus caricias; mientras el pobre sacerdote, por honrado y por leal, permanecería doblado como un autómatas, sin fe, sin amor, sin esperanza, bajo el peso de infortunio tan ignorado como espantoso. Ella volvía de Lourdes libre y sana, á recomenzar la vida femenina, perfumada de promesas, ante un horizonte amplísimo y luminoso de amor y de dicha. Y él volvía á su lado, pero más distante de ella que nunca, y sin creencia, y sin libertad, sintiéndose hombre á la vista de la resurrección y el florecimiento de esa juven-

tud de la mujer amada y preferida, sintiéndose esclavo de absurdas conveniencias sociales, de sus propias insensatas preocupaciones, y si todavía consultaba su conciencia se convencía cada vez con más firmeza de que aun cuando era capaz del tremendo heroísmo de matar los apetitos de su carne ante las solicitudes de la gracia y la hermosura avasalladoras, en cambio era impotente para apagar en su ánimo el fulgor de la razón á fin de vivir domado é imbécil, el resto de su vida marchita, en el frío crepúsculo del dogma! Lourdes había sido para ambos la suprema experiencia. Ella surgía de las ceremonias prodigiosas más pura de alma y más sana de cuerpo, pero ella lo ignoraba todo, atribuía á la Divinidad una obra de reparación física que la ciencia sin embargo explicaba y anunciaba sin necesidad de ningún milagro; creía que había sido acción sobrenatural el propio esfuerzo, que un fenómeno de auto-sugestión había sido un ejemplo del poder que manda aun en lo imposible, una obra maravillosa y sobrehumana de misericordia y

de piedad, realizada por la santa maternidad de la Virgen! La ilusión era el error; pero ese error en el entendimiento y esa mentira en la realidad habían sido y seguían siendo la ventura inefable, la vida y el alma de María, y por lo mismo Pedro, movido de generoso amor, no quiso revelar, no habría de revelar jamás, la verdad positiva que acaso la hubiera arrojado en sus brazos de amante codicioso y desesperado.

Mientras tanto, presa á cada instante de sus imaginaciones, iban los dos rumbo á París, en el viaje de retorno, sentados frente á frente en el duro banco de aquel departamento de tercera donde tantas muestras aparecían de la iniquidad del destino y de la inapeable resistencia de las humanas y lastimosas ilusiones. ¡Cuántos no se dirigían hacia años á Lourdes para regresar en el mismo, si no en peor estado! Allí volvía tal como fué Mr. Sabathier, aunque siempre resuelto á emprender nuevo viaje el próximo año, apesar de haber hecho otros siete sin que sintiera nunca mejoría ninguna en sus piernas

inmóviles y pesadas como masas de plomo que le arrancaban las caderas en continuos y terribles sufrimientos.

Otros, todavía bajo la impresión nerviosa de los tres últimos días de violenta religiosidad, creían sentirse aliviados, como la pobre mujer cuyo rostro destruído por el lupus había adquirido la forma de un repugnante hocico de perro, y de cuya boca espantosa manaban líquidos inmundos, como si fuera una cloaca nauseabunda; pero que no por eso abandonaba un espejito que comprara allá, soñando sin cesar en que estaba mejor y en que la próxima ocasión concluiría la Virgen la pasmosa curación que había empezado y no se sabe por qué dejó en suspenso. Cerca de la tenaz ilusa sentíase morir la Grivotte, la mísera colchonera que, la víspera, sobrexitada por el cúmulo inmenso de gente, suggestionada por la universal credulidad, por la tremenda neurosis de la ciudad santa, vociferaba, saltando de infantil alegría, que estaba completamente restablecida, como si en un segundo se hubiese curado de un pulmón cavernoso y

le hubiese brotado el otro ya casi en su totalidad desaparecido.... y apesar de todo continuaba asegurando su curación, mientras tocaba ya los bordes de la tumba.

Y en la sala del hotel, allá lejos, había muerto Mad. Vitu, roída por un cáncer en el estómago, contemplando, ora despechada, ora satisfecha, la faz radiosa y extática de María, y oyendo las pueriles y gozosas palabras de otra muchacha que el año anterior había también sanado de improviso y servía entre tantos infortunios y lamentos para avivar la fe que consumía los cerebros enfermos y ardientes.

También quedaron en el dintel de aquella gruta el Padre Isidoro, muerto con los ojos fijos en la estatua de la Virgen, la que había estado mirando sin pestañear hasta el último soplo, en una plegaria vana, en una imploración inútil en que se había desvanecido su existencia; y la niña Rosa, la pobre criaturita siempre enferma y dolorida que había agonizado tanto tiempo en los brazos de su madre, la desesperada Vi-

centa, y en ellos había espirado ante la indiferencia del cielo, en la misma gruta que no produjo un benigno milagro en obsequio de sus ansias, frente á los cirios, oyendo el confuso rumor de las salmodias violentas é ineficaces y de los tristes votos malogrados. La pobre mujer volvía sólo al duro trabajo de la vida, dejando en el retirado y ahora maldecido refugio del engaño, su alma piadosa de madre y la sencilla fe de los humildes, impotentes para mover á una Virgen inexorable en sus veleidades, pues que así había consentido que inmerecida muerte le arrebatara á su hijita!

Y el bueno y sabio Dr. Chassaigne seguiría viviendo en Lourdes, desengañado de la ciencia, rondando el sepulcro de su mujer y de su hija, venerando su memoria, triste, creyente como un simple de corazón, esperando su hora postrera, la hora suprema de dormir para despertar en pleno resplandor eterno, y de cuando en cuando girando una visita de amigo tierno y devoto á la casa de la olvidada Bernardeta, para de-

positar las únicas flores que como ofrenda de delicada afección esparcirían breves momentos su ténue perfume en el aposento obscuro y ahora profanado sin miramiento ni gratitud, y donde había vivido la crédula pastora los años de infancia y sentido por primera vez la exaltación mística, esos ardores de su alma de niña inocente que más tarde habrían de originar un culto, crear una religión para los infinitos desventurados de la tierra; pero cuya abnegación sencilla y cuya tormentosa miseria sólo servirían de provecho á la farsa codiciosa y á la hipócrita superchería mundana!

En el trayecto, en medio de la noche, Pedro sintió á la postre un apaciguamiento, tuvo una satisfacción amarga y no obstante consoladora. La inteligente María había penetrado, inadvertidamente para él, hasta el fondo de su espíritu y allí había descubierto la tormentosa rebeldía de su ser, la dolorosa agitación de sus sentimientos, cuando el pobre amigo, vencido, arrollado, hubo de manifestarle en un arranque ine-

vitabile el profundo pesar que le devoraba lentamente las entrañas, que le hacía figurarse que nadie, ni los desventurados que arrastraban la vida por esos trillos, ni los infelices forzados en las prisiones, eran tan desgraciados como él.

Iban en esos momentos sentados uno junto al otro. Al oírle, María temblando lo estrechó en sus brazos, entre sollozos comprimidos, al darse cuenta cabal de la realidad desoladora, de tantas circunstancias, inalterables ya, que los separaban que hacían para ellos imposible la dicha común, y entonces esforzándose por encontrar alguna palabra de supremo y delicioso consuelo que calmara las angustias de aquel corazón herido y sangriento, sólo le fué dable murmurar con penetrante dulzura una insinuación entrecortada: Comprendo, comprendo!....

El tren continuaba dando tumbos, haciendo resonar á lo lejos su estrépito de hierro, y los pasajeros del carro de tercera yacían abrumados, en un sopor profundo. La propia infatigable Sor Jacinta, la sonriente y animadora hermana que dirigía aquel departamento y lle-

vaba la voz de los rezos, sintiéndose también rendida, había bajado la llama de la lámpara y dormía tranquilamente en su asiento. El silencio de aquel interior, en contraste con el torbellino de tempestad con que el tren atravesaba por las tinieblas de la campiña negra como un abismo, y la incierta penumbra que esfumaba los contornos de aquellos compañeros de viaje, convidaban á la primera confesión de la mujer púdica, que sería al mismo tiempo la suprema y la última, por lo que al fin María, lanzando á todos lados una mirada de investigación temerosa, acercó sus labios al oído de Pedro:—» Escucha, amigo mío—le »dijo. Existe un gran secreto entre la »santa virgen y yo. Yo la juré no revelar lo á nadie; pero eres muy desgraciado, sufres mucho, y como ella me perdonará, te lo voy á confiar»—añadiendo casi en un susurro: «Durante la noche »de amor, recuerdas?—aquella noche de »éxtasis ardiente que pasé delante de la »Gruta,—me comprometí con un voto, »ofrecí á la Santa Virgen el don de mi »virginidad, si me curaba.... Ella me

»ha curado, y jamás, lo oyes, Pedro!
»jamás me casaré con nadie.»

El tren continuaba en el tempestuoso resonar de su marcha estridente, devorando el espacio en un trueno sordo y prolongado, los viajeros seguían sumergidos en su silencioso sueño.... y luego María, cansada, agotada, y Pedro, bañado como de celestial rocío, consolado, mecido en delicioso y divino encanto, se quedaron á su vez dormidos hasta la mañana siguiente en que la pálida alborada derramó el suave resplandor de un apoteosis celeste sobre esas dos cabezas juveniles unidas en abandono purísimo, inocente y casto, como un matrimonio espiritual, en la noche angélica de sus nupcias inmaculadas.

El último día Pedro, sereno, resignado, reanudó, para solaz y edificación de sus compañeros, y á sus calurosas instancias, la historia de Bernardeta Soubirous, la vidente de Lourdes, que había comenzado la primera noche, leyendo las peripecias de esa vida extraña en un librito que le facilitara María y taraceando la narración, de trecho en trecho,

de sus propios discretos comentarios. Durante el viaje de ida había recorrido solamente el período de la niñez de la exaltada paisana, y su agreste adolescencia; habían asistido así los oyentes al brote natural y como espontáneo de aquella flor abierta en el rosal silvestre de la montaña, á su educación religiosa, á su trágica piedad y romántica devoción; habían observado el desarrollo creciente de la dominadora neurosis, la existencia solitaria en las poéticas quebradas, la halucinación, el éxtasis, hasta la aparición triunfante de la Virgen.

Ahora iba á recorrer Pedro el otro período, el más obscuro, el más infeliz, que comprendía la profesión religiosa, el confinamiento lejos de Lourdes, el encierro en el convento de Nevers, el sistemático silencio tendido calculadamente sobre su existencia miserable por gente poderosa é interesada, la explotación de su obra en grande escala por la codiciosa superchería, la limosna universal, de continuo solicitada en su nombre y cada vez más caudalosa, alzando la gran basílica del Lourdes nuevo y arrui-

nando, apenas emprendida, la catedral del antiguo que debió edificarse á modo de ofrenda pura consagrada perpétuamente á la santa y arrinconada pastorcilla; la epidemia devastadora del fetichismo y la estúpida idolatría; la superstición tenaz y absurda alimentada por la simonía más insaciable; Sodoma, en fin, surgiendo en el horizonte de la civilización para corromper las fuentes de la vida, y adulterando de paso la tiera na leyenda; la gran mogiganga religiosa extrayendo oro á chorros de la gruta milagrosa y estéril; el lujo deslumbrador y teatral del sacerdocio mundano y traficante, asentando su poderío y amontonando sus riquezas sobre el martirio de la pobre muchacha, de la campesina creadora, que vivía mientras tanto reclusa, forzada á ser víctima de su sincera devoción, lejos del mundo, privada cruelmente de los goces de la familia, arrebatada á los encantos de la juventud y de la vida por haber visto á la Virgen; soñando en esperanzas supremas y divinas; sin confesar nunca su gran infortunio, sin comprenderlo acaso; dul-

ce é impecable siempre; muriendo grado á grado en un tormento continuo; estinguida al cabo con los brazos enlazados á un crucifijo; viendo, sin embargo, en esos últimos minutos de su lenta agonía cómo el diablo rondaba al rededor de su pureza y soplabá cerca de su lecho en las llamas infernales; sintiendo sed devoradora como el Señor moribundo, y bebiendo el trago postrero que apagó en su ser la chispa vacilante de vida; en tanto que una religiosa que agonizaba en la misma enfermería del convento sobre un lecho próximo al suyo, curaba súbitamente de enfermedad mortal con sólo apurar un vaso del agua de la Gruta, esa misteriosa agua de Lourdes cuyo raudal había desatado su devoción como universal esperanza y panacea, y que ella con el ansia de amortiguar sus dolores, también había probado varias veces; pero siempre en vano!

En lo sucesivo, Pedro de trecho en trecho repasará su vida anterior en rápidos resúmenes, procurando aplacar su ánimo y entregándose á serias reflexiones, para contemplarse al término

de la terrible peregrinación desolado, sin creencia religiosa ninguna; pero obligado á velar por la creencia de los demás, cumpliendo así su misión, casta y honradamente, en la altiva tristeza de no haber podido someter su razón como había domeñado sus apetitos.

Su última ojeada sobre la situación actual, sobre el mundo y sobre sí mismo, fué un devaneo intenso y contradictorio. Ya volvían á la realidad, ya estaban cerca de París los que lo habían abandonado por pocos días, con la mira de ir á probar otros medios de curación y de alivio inusitados, allá á los lejos,—á tentar lo desconocido,—á realizar la experiencia de lo imposible, con apasionamiento, con confianza, con furia arrebatada, á fin de conmover y ablandar al cielo inmenso y mudo.

Y él también, pobre sacerdote en cuyo ser batallaban dos tendencias opuestas, había ido en pos de esa gracia divina que no descendió á su alma atribulada. Educado en el regazo de una santa mujer, católica ardorosa y practicante, durante una gran crisis de

su vida, ya secuestrado del mundo por complacerla, mas de ella separado por muerte inesperada, aprendió por primera vez de labios de su médico y amigo el Dr. Chassaigne, en sus entrevistas de días tristes de la solitaria convalecencia, á conocer los méritos superiores de su padre, un hombre excelente, ilustre por su ciencia, embebido en el estudio de la química, miembro sobresaliente del Instituto, que había sido víctima de su consagración al servicio é investigación de la verdad, pereciendo en su laboratorio como herido del rayo, al estallar la retorta en que hacía uno de su experimentos.

En aquel gabinete del sabio, atestado de instrumentos diversos, vasijas de todas formas, papeles y libros, que durante la vida de su madre y por causa de un terror supersticioso de esta había permanecido clausurado, pasaba Pedro la mayor parte de los días de última y completa orfandad, reparando despacio su ser todo, abatido y quebrantado por la desgracia y el dolor.

La muerte de su padre había parecido á la supersticiosa viuda un castigo

de la impiedad y si su hijo mayor, Guillermo, había seguido las funestas huellas de aquél, y hasta se había alejado más aún de la familia, en razón á unas relaciones ilícitas y ciertos ocultos y misteriosos trabajos de fabricación de explosivos, deseaba ella conservar junto á sí al más chico, dirigir por sí misma su educación, consagrarlo al culto, y fué de este modo su anhelo más puro y vehemente oír algún día, como en un arrobamiento inefable, la primera misa que dijera el nuevo sacerdote en la iglesia de Neuilly, donde se habían celebrado las exequias de su infortunado marido. Pedro abrazó la religión sin violencia: con ello complacía á su madre y, además, María era un caso perdido; paralizada en su desenvolvimiento, jamás llegaría á ser una mujer!

Pero la madre de Pedro sucumbió á la postre, y muy poco después parecía que su influencia personal sobre el hijo predilecto iba desapareciendo, y con ella la religiosidad y la fe que habían sido la rica herencia materna; en cambio, durante aquellos largos días de crisis

vencida, mientras se renovaba su organismo debilitado en nuevas corrientes de vida sana, su entendimiento también iba purificándose y apareciendo muy otro, como si entonces surgiera y se sobrepusiese la herencia paterna. Los libros abandonados tantos años en los estantes polvorosos completaron aquella profunda transformación. La naturaleza misma lo había preparado para ese triunfo de la razón sobre la fe, de la ciencia sobre el dogma. El rostro anguloso revelaba su tipo intelectual: desaparecía delgado y reducido bajo la frente ancha y elevada.

Más adelante, su amiga de infancia quiso realizar aquel viaje á Lourdes. También él deseaba penetrar en el país del milagro, estudiar de cerca el caso de Bernardeta que tanto le interesaba y sobre el cual había encontrado algunas notas entre los papeles de su padre que hubieron de promover y avivar su curiosidad. Y á más de estos motivos impulsábale un interés más inmediato y personal. Ansiaba creer, envidiaba á los simples á quienes la fe sostenía en

la áspera vida, y—quien sabe!—acaso fuera verdad; acaso una Virgen del cielo apiadada de él le volvería la fe de su madre en fulminante transformación de su turbado espíritu, ya que vislumbraba ahora la posibilidad de que la confiada María curase de improviso.

La gran prueba se había efectuado. La suprema experiencia se había realizado. María estaba ahí ya sana y vivaz; pero no seguramente por obra y gracia de la Virgen; sino por un esfuerzo colosal de su propia voluntad de vivir, por un fenómeno natural. Su organismo, durante la enfermedad, vivía en todas y cada una de sus partes. Permanecía íntegro á pesar del trastorno nervioso que había sufrido y la mantenía sin movimiento, atajando el desarrollo corporal. La fe sirvió en ella para decidir su voluntad en el anhelo poderoso de salud. El éxtasis, el ensimismamiento, la concentración de sus potencias en un punto, en una idea fija, centuplicaron la capacidad de ésta para conmover el tejido nervioso, así que la fuerza exterior de que se esperaba el

milagro sacudiese aquellas energías dormidas tanto tiempo y ahora acumuladas como la electricidad de la bobina y prontas por lo mismo á estallar en una ardiente florescencia de vida. Había permanecido una noche entera contemplando la estatua de la Virgen. La estatua no podía moverse en su arcilla muerta y dura como una roca. Y sin embargo, al preguntarle en las supremas ansias de su orga- nismo si al día siguiente, al pasar el Santísimo, tendría piedad de su juventud marchita y de su existencia tronchada, la estatua de piedra le había hecho un signo afirmativo que sólo ella pudo haber visto. Y al otro día el prodigio se cumplía como se cumple el plazo de una deuda. Mas ¿por qué al día siguiente? ¿Por qué no allí mismo, en la Gruta, curaba María? Ah! y cuando ella recibía aquella divina visitación que la convertía en un privilegiado, un preferido en esa incomprensible lotería de la misericordia, el misionero de Cristo, el apóstol que venía del Senegal con el hígado destruído por el clima y las fa-

tigas de su ministerio santo, el Padre Isidoro, pedía lo mismo que María, con más méritos que ella, y miraba también la estatua con fijeza estática, y sus ojos quedaron allí clavados en la última súplica de la vida;... mas la estatua de piedra había permanecido dura y sin movimiento entre el resplandor amarillo y vacilante de los cirios!

Pedro también había sufrido el tremendo y definitivo desengaño, á par de la inmensa mayoría. Y no obstante la evidencia constante y terrible, los trenes volverían á Londres, vaciarían el hormiguero de personas en el camino de la Gruça, y ante la Virgen de piedra irían á arrodillarse suplicantes las muchedumbres desesperadas, las madres le enseñarían sus pequeñuelos enfermos, los miserables sus cuerpos corroídos por todas las abominaciones de la materia descompuesta, la esposa abandonada le contaría las torturas de los celos y el desamparo, el angustiado incrédulo—lamentando la perdida fe sin haber alcanzado la serenidad de la razón—le mostraría en sus tristes plegarias las devasta-

doras tempestades de las almas, y todos con las manos juntas, los ojos fijos en el hueco iluminado por los blandones, establecerían sus multiplicadas demandas, soñando apagar así la sed devoradora de dicha, en la aspiración universal é inextinguible de vida, de juventud y de esperanza;—pero todos volverían del mismo modo al tráfigo del mundo, delirando, blasfemando, cayendo aquí, levantándose más adelante, entre maldiciones y ayes sempiternos, entre caricias y plegarias interminables, sin realizar jamás ese delirio incurable de luz, que fascina y arrastra á los humanos como la llama en que se precipita y consume el insecto atolondrado, esa aspiración inmortal y engañosa que martiriza y sostiene las generaciones durante el fantástico desfile en que surgen los individuos en el misterio, levantan del polvo ruín del planeta las alforjas repletas de males y dolores, y encorvadas bajo el peso abrumador de sus infortunios siguen un momento en la tiniebla del destino para rodar sucesivamente unos sobre otros en el inmenso abismo! Del choque incesante

de la formidable caída no brota ningún rumor; pero los vivos, los que habrán de desplomarse también á su hora, se figuran que nadie se hunde en el precipicio; sino que á su orilla emprenden todos los mortales un viaje alado hacia regiones resplandecientes. El gran mágico que rige las esferas, acaso centellea en el centro del universo, irradiando la vida en perpétuo torbellino de luz; pero abajo, en el confín lejano de los astros, en la ínfima esfera imperceptible de los humanos, resuena el eterno lamento que nadie oye, vibra la eterna súplica que á nadie conmueve en la inmensidad maravillosa y abominable!

El tren del dolor y de la miseria al fin entró en su última estación de París, en un estremecimiento estrepitoso de terremoto, y derramó en el suelo pedregoso de la realidad el convoy de peregrinos y de enfermos, que acababan de despertar del sueño estupendo, para reanudarlo otro día instigados por la invencible necesidad de misterio y de olvido, sin aprovechar jamás la lección terrible que se desprende de la vida heroica y

dolorosa de Bernardeta Soubirous, condenada á triste abandono, al encierro y á la muerte, y que ni fué mujer, ni esposa ni madre, por haber sentido la estéril y tormentosa satisfacción de ver á la santa Virgen.

Poco tiempo ha trascurrido desde que un escritor español, cuando Zola no había aún publicado su novela, pero refiriéndose al período de su preparación, se atrevió á estampar en un libro que el ilustre literato había emprendido un viaje de estudio á Lourdes y que allí, al recibir los *avances* del clero, afirmaba, inspirándose en no sé qué «diplomacia de cuarta clase», que nada puede prejuzgarse respecto á lo sobrenatural.¹

Ahora mismo resulta todo lo contrario. En un artículo sumamente desdeñoso que inserta en el número de *Le Temps*, de París, del 5 del corriente, Mr. Gaston Deschamps, estatuye que en cuanto á las curaciones milagrosas y á las maravillas del éxtasis Zola

¹ Literaturas Malsanas, por Pompeyo Gener, Madrid—1894—págs. 89 y 90.

«adopta las conclusiones de Voltaire y
» M. Homais».

El escritor de *Le Temps* se permite establecer no sin sobra de seguridad que «la ciencia moderna, que se crée la ciencia definitiva y que hará sonreír de piedad á nuestros descendientes, ha pronunciado esta palabra: El milagro es una derogación de las leyes de la naturaleza. Esto no es más que una frase que, más tarde, será puesta indudablemente en el mismo rango de los famosos aforismos escolásticos sobre el horror al vacío». Y así continúa y termina: «A juzgar por el orgullo doctoral con que nuestra ignorancia apenas emancipada habla de las leyes de la naturaleza, se diría que conocemos ya hasta menudamente todos los secretos de esas leyes».—Cierto que no es así; pero desde luego, ó no es posible entenderse, ó el milagro significa una violación de las leyes que hemos creído reconocer en el mundo y que consideramos constantes é inalterables en razón al carácter esencial que les atribuimos. Un ser que ha muerto, y

que está bien muerto, no puede resucitar jamás. Nadie lo ha visto nunca; nadie, por supuesto, que haya estado en condiciones de ver y de juzgar con serenidad y competencia, y nadie tampoco puede concebir una cosa semejante, que es un absurdo para nuestra inteligencia.

Ah! Zola llega á sostener en su novela que el mundo no rezará otra vez con unción, volviendo á arrodillarse en las catedrales del siglo XIII, que la antigua fe se ha marchitado y que la humanidad necesita y reclama una religión nueva. Quizás esté equivocado; pero él mismo reconoce y declara que hay en las almas un anhelo irresistible de prodigio y de misterio, y que son muy contados los que viven sin la preocupación de lo divino y lo sobrenatural.

Desde la cátedra de San Pedro, según acaban los periódicos de publicarlo, el anatema ha descendido como el rayo sobre su última obra. Y en nombre de lo desconocido é improbable la razón misma se iergue también contra él

para herirlo tildándole de ignorante y pretencioso.

Pobre humanidad adolorida y miserable! ¿Quién efectivamente no quisiera creer con firmeza invencible en un Lourdes piadoso y milagrero y en una Virgen maternal y misericordiosa? Ah! siempre, probablemente, la voz de la filosofía será demasiado ruda, demasiado austera, demasiado amarga para consolar á la estirpe infortunada y, aun cuando se tema que el cielo esté vacío, hacia él se elevarán no obstante todas las miradas, por él palpitarán todos los corazones, en las horas confusas ó críticas y en los trances desesperados de la vida. Pero ¿implica eso que la fe enseña y anuncia lo verdadero, que el milagro es posible, y que hay en alguna parte quien nos reserva las supremas consolaciones de la inmortalidad y de la gloria?

Como quiera que sea Zola acaba de producir una obra realmente extraordinaria. Es muy difícil tropezar en un libro con las dos condiciones que muestra aquélla: una gran concepción y una

gran ejecución. El insigne novelista es un maestro incomparable en el arte de distribuir y de utilizar las menudencias. Se dice que los pormenores de su libro son banales, excesivos y hasta nauseabundos; pero su libro trata expresamente de ese aspecto humano, de las enfermedades que roen y afligen á nuestra especie, y la mayor parte de las enfermedades son inmundas y repugnantes. Por eso quizás se lanza de la carne corrupta la plegaria buscando el cielo cuando la tierra es para el enfermo miserable un lugar de insufrible tormento.

Zola, por otra parte, tiene un modo particular de concebir la novela, y procede en las que escribe conformándose á su teoría literaria. No debe estar muy equivocado cuando los resultados son admirables. Dígase lo que quiera, leyendo una de sus producciones, detalle tras detalle, descripción tras descripción, el mundo que él desenvuelve se nos mete en las carnes, lo vemos, lo oímos, lo sentimos. En esta última, es verdad que pasan ante el lector todas las asquerosidades de la materia,

todos los infectos estigmas de la carne putrescible; pero el vaho espeso de aquel hospital circulante enciende en el alma un sentimiento de comiseración infinita. Ay! es también positivo que, al fin del libro, si nos sentimos apiadados, invade á la vez nuestro corazón inmortal melancolía. La pobre humanidad suplica en vano, sus dolores la atormentarán siempre, sus enfermedades siempre serán su angustia, su martirio, y su ultraje. Una abominación ciega es la vida, y la oración que se desvanece brota del cuerpo enlodado y dolorido, entre quejidos y deyecciones, como la flor de escasa vida y colores celestiales se alza estremecida sobre su tallo endeble en medio del estiércol repulsivo. Tal es la enseñanza de esta gran obra épica; pero si Dios existe y el mundo es su creación original, esa, y no otra, es también la enseñanza divina. La moralidad es un accidente doloroso en una educación terrible que dura desde hace siglos. La belleza es un accidente efímero. La razón es otro accidente precario. La vida misma, que es un soplo en cada ser, es un

accidente en el vasto universo. Abrid la fosa, de que se dice que es como el quicio de la verdadera vida, de la vida gloriosa en el seno de Dios. Ah! París ó Cuasimodo, Newton ó Cómmodo, San Francisco ó Malatesta, por el cielo! no miréis á quien quiera que esté en ese hoyo, muerto hace una hora, ó hace tres días! Tendríais que taparos la nariz, y sentiríais un vuelco espantoso en el alma: pus, fetidez, inmundicia, destrozo, deformidad, un caos abominable de miseria y de horror... esa es la obra divina! Y mirad encima, extended la vista: el mar es la perfidia, el antro de interminable carnicería: el aire es una retorta invisible de males: la sociedad es un laboratorio de infamias. El dolor social es tan grande y desesperante como el dolor físico ó el dolor moral, y mientras va á Lourdes el peregrino deformado por la enfermedad á conquistar, á lisonjear, á engañar ó á comprar con sus dádivas y adulaciones inconscientes al que cree que todo lo puede, ó á imponerle la misericordia gritándole en coro ensordecedor su desventura inconsolable, el anarquista fa-

brica en el misterio la bomba asesina y redentora. Enfermos, hambrientos, los de arriba y los de abajo, la madre, la mujer, todos creen pésima la existencia, y momentos hay para cada cual en que es positivamente inícua y detestable. Todos ansían modificarla, reformarla, embellecerla, unos confiando en los hombres, otros en Dios; unos en la fuerza, otros en la misericordia; éstos en la razón, aquéllos en la fe; y del planeta abonado con las lágrimas y las lacerias de los siglos suben al cielo, desvaneciéndose como las neblinas de la mañana, los coros de oraciones y blasfemias;— que todos, como Fausto, se afanan tras la dicha y buscan desorientados el minuto delicioso que nunca llega; mientras se desprende del espectáculo del mundo la triste lección de la inútil vanidad de todo lo creado!



CRITICA DE LA BIBLIOGRAFIA COLOMBINA

Christophe Colomb et les Académiciens Espagnols.—Notes pour servir à l'histoire de la Science en Espagne au XIX^e Siècle, par l'auteur de la *Bibliotheca Americana Vetusissima*.—Paris.—H. Welter, Editeur.—1894.—157 pags. in-8^o

III

MUY serio empero debió ponerse Mr. Harrisse al notar en la *Bibliografía* que una de sus producciones se insertaba entre los anónimos y que se le hacía decir todo lo contrario de lo que él había expuesto ó mantenido. Así en la p. 387, n^o 163, donde se asegura que en un ar-

título *anónimo* de la *Revue Critique* del 18 de Junio de 1883 se dice que Colón era corso; lo que comenta nuestro crítico en esta forma contundente:

«M. HARRISSE, bajo su firma, dice allí precisamente lo contrario». ¹

En la pág. 223, n.º 17, de la obra académica, se asienta así mismo lo que sigue:—«*Orbis typus*..... V. HARRISSE, »*Bibliot. Am. Vet.* n.º 74, y *Vie de Colomb*, »t. I, p. 6. Dícese que la carta de 1513 »que lleva el anterior título fué trazada »por Colón».

A continuación Mr. HARRISSE seca pero categóricamente establece lo que copio: «Resulta que lo inverso es cabalmente lo que ha mantenido el crítico »americano, en un inglés y en un francés muy inteligibles». ²

Y aquí ya pone de manifiesto con varios ejemplos, lo que llama con ironía *la familiaridad* de la Junta con las lenguas extranjeras, y no olvida al señor Fabié de quien por sarcasmo declara «que es evidentemente el filólogo

¹ Pág. 35.

² loc. cit.

de la Junta» pero que, no obstante eso, escribe «la isla Watheling», «Maison-nawe», «Plank», «Silvers», «Kuaritch», y convierte en «Lord Brayton Ives», residente en Londres, al agente de cambios neoyorkino, M. Brayton Ives; por lo que se pregunta con cierto regocijo picaresco Mr. HARRISSE: ¿dónde encuentra esa gente semejantes cosas? ¹

Omitiendo la designación de otros lugares que cita Mr. HARRISSE para poner en claro errores académicos, lleguemos á la que él llama «la parte técnica», y en que se observan las mismas condiciones características que en las otras. Empieza con la transcripción del título de un libro célebre, la que consta de dieciséis palabras, y en ellas cometen los académicos sendas faltas, nueve de las cuales califica HARRISSE de «bastante groseras». ²

Y todavía encuentra que «es cosa formidable» el cúmulo de errores cometidos en la copia de los títulos y nombres propios, en la descripción material

¹ p. 37, y la nota.

² p. 116.

de los libros, en el enunciado del sujeto y en su clasificación.¹

A pesar de la lista de las erratas, en que estos bibliógrafos tan meticulosos —añade,—no han creído deber corregir sino una treintena de nombres (algunos de los cuales, como si no fuera suficiente la primera vez, son nuevamente estropeados!), sólo «al correr de la pluma» anota HARRISSE las que siguen: —Longchamps y Longchaps (*de Longchamps*), Townsend (*Townsend*), La Bello diere (*La Bedollière*), Astigliano (*Stigliano*), Sewar (*Seward*), de Ghelto (*de Gheltof*), Pilinski (*Pilinski*), Baudrillon (*Mandrillon*), Bagles (*Bayle*), Alsedo (*Alcedo*), Fray (*Francisco*) Tranchedino, Morthon (*Morton*), Stanler (*Stamler*), Bagnet (*Baguet*), Kränvern (*Krämern*), Goureville (*de Gonneville*), La Contesse Mertin (*La Comtesse Merlin*), Charleroix (*Charlevoix*), Pitou (*Piton*), Canal (*Canale*).... etc. M. Major aparece desdoblado en dos personajes diferentes, el uno, con el prenombre J. R., el otro, Richard Henry,.... y *Bryan Edwards*,

¹ p. 117.

el historiador de las Antillas inglesas, está mencionado en esta forma singular: Bryan (Ed.)¹

Erratas ó yerros análogos cometen también los académicos en los nombres de editores, y hasta en los nombres geográficos, como —verbi-gratia— New Jorck, Mariland, Nassaw!...

En cuanto á las atrocidades realizadas en la descripción del tamaño de los libros, se asombra á tal grado Mr. HARRISSE que llega á persuadirse de que los académicos españoles no saben ni siquiera leer una signatura tipográfica, pues que no sólo confunden los *in-quarto* y los *in-folio*, sino que clasifican entre los *catálogos* de libros nada menos que obras como la conocida «colección de documentos» de Ternaux, por lo que el erudito americanista acaba por exclamar: «Dichosos los libros escapados á las descripciones de esta nueva y curiosa especie de bibliógrafos!» Y para probar que «hormiguean» los errores, las omisiones, las tonterías y las contradicciones de toda especie en la obra

1 ps. 117 y 118.

académica, resuelve Mr. HARRISSE abrir «al azar» el libro, y á ese rápido exámen dedica dieciséis páginas de su trabajo, desde la 119 á la 135, refiriéndose sólo á cincuenta y dos números de la p. 213 á la 277 de la *Bibliografía Colombina*, esto es, la *catorzava* parte del tomo, para sentenciar en justicia que es «sin contradicción el libro de este género peor hecho que existe y que se haya visto jamás».

Es lógica, en consecuencia, bien que sea penosa y hasta triste para los españoles, la observación que hace Mr. HARRISSE: ¹

«Pues bien! he aquí con qué la Real Academia de la Historia, el primer cuerpo sabio de todas las Españas, contribuye por su parte al centenario triunfal del descubrimiento del Nuevo Mundo!»

Esta censura es tanto más grave, tratándose de una corporación, y en especial de una junta escogida por ella entre sus miembros que supuso más idóneos y mejor preparados, cuanto que

¹ p. 136.

Mr. HARRISSE, es decir, un hombre solo, ha contribuído también á aquella conmemoración gloriosa con una obra capital, y seguramente sin comparación ninguna, ni aun en lo que por sí misma representa, con la desmedrada y lastimosa *Enumeración* de los académicos españoles. Basta copiar el título del libro y enunciar su contenido para asentir á la indicación precedente; y como está en inglés lo traduzco á la letra:

«*El Descubrimiento de la América del Norte*. Investigación Crítica, Documental, é Histórica, con un Ensayo acerca de la Primera Cartografía del Nuevo Mundo, en que se incluye la descripción de Doscientos y Cincuenta Mapas ó Globos, que existen ó se han perdido, y fueron construídos antes del año 1536. A lo que se agregan una Cronología de Cien viajes hacia el Oeste, proyectados, intentados ó realizados entre 1431 y 1504; Informes biográficos referentes á los Trescientos Pilotos que primero cruzaron el Atlántico; y una copiosa Lista de los nombres origina-

»les de Regiones americanas, Cacicaz-
»gos, Montañas, Islas, Cabos, Golfos,
»Ríos, Ciudades y Puertos».—París, 1892,
en cuarto mayor, con 23 fac-símiles de
portulanos y globos de la primera mi-
tad del siglo xvi.

Pero como aun siendo tan versado en todos los asuntos relativos á Cristóbal Colón podría creerse que es tarea más fácil censurar una obra de bibliografía que hacerla como es debido, Mr. Harris, en previsión de este reparo, seguramente; aunque también, como es natural que lo intentara, con la mira de dejar patente que él podría sin la ayuda de nadie preparar un libro de aquella especie con más acierto y más conocimientos que la Junta académica, ha dado una muestra en que no cabe la duda, y al mismo tiempo ha escrito un tratado, el único que existe hasta el día, sobre la materia que escogió para probar la ignorancia y la miseria bibliográfica de sus víctimas.

Al lado de éste los demás son temas de menor cuantía, pues que se trata ahora de la primera famosa carta de

Colón á Gabriel Sánchez el año 1493 anunciando el descubrimiento de las tierras occidentales.

«Si hay en el mundo—dice HARRISSE—para todo americanista, un impreso de primer orden, es seguramente el precioso tomito llamado de la Ambrosiana, que, desde hace veinticinco años, no ha cesado de ocupar la atención de los bibliógrafos». En su concepto debió escribirse un capítulo sobre él, acerca de su tipografía, de sus caracteres, de su *«filigrane»* (y por cierto que en francés debió decir: *«filigramme»*), el lugar de la impresión, el editor supuesto, etc. Poquísimo, sin embargo, dicen relativamente á él los académicos, y cuando se refieren á la edición, impresa probablemente en Barcelona, hace cuatro años descubierta en Madrid, y tan importante que, constando sólo de dos fojas en muy mal estado, fué, no obstante, vendida á la Biblioteca Lenoxiana, de New York, en treintiocho mil francos, prescinden de la necesaria discusión y del análisis técnico, y apenas si hacen la descripción debida; pero, en

cambio, cometen en tres líneas solamente, once errores de transcripción.¹

En cuanto á la paráfrasis versificada de la *Epístola* de Colón que hizo Giuliano Dati en 1493, los académicos, á más de describirla insuficientemente, muestran no conocer sino dos ediciones, cuando existen cinco y están descritas en obras que tienen á la vista, como las *Addimenta* del mismo HARRISSE y el catálogo impreso de la Biblioteca Colombina.² En compensación, observa HARRISSE—y así lo he apuntado con anterioridad—no ha olvidado la Junta ni aun los números de revista en que se habla de las lucubraciones de D. Cesáreo Fernández Duro, que no son tan interesantes ni de tanta significación para nadie, como aquellos incunados.

Apoyándose en la tipografía y en la cronología, efectuando análisis, buscando pruebas, un bibliotecario alemán, francés, inglés, y *hasta* americano—añade no sin sorna Mr. HARRISSE,—como se le hubiese dado el encargo de redac-

¹ p. 55.

² ps. 56 y 57.

tar una bibliografía de obras «concernientes á Cristóbal Colón y sus viajes», habría descrito las ediciones latinas de la primera famosa carta de un modo muy distinto de como aparecen en la «elucubración académica».

«Probablemente sería de esta manera» —dice,—y lo que sigue es un tratado en que se ostenta tan curiosa como extraordinaria erudición. En nueve secciones divide ese trabajo, á que dá el título siguiente:

Versión latina de la Carta de Cristóbal Colón anunciando á los Reyes Católicos el descubrimiento del Nuevo Mundo. ¹

La primera sección trata de las *Ediciones Romanas* y de la *Editio Princeps* de la que imprimió en Roma, en 1493, Stephanus Planck, de Passau; de los ejemplares de ella conocidos, y los lugares en que se encuentran; de las reproducciones en fac-símiles; de sus modificaciones y variantes, y luego discute la prioridad para establecer lógica y fundadamente que la edición defectuosa de

¹ p. 61.

Sebastián Planck, y no la corregida, es la *editio princeps*.¹

A continuación indica dónde aparecieron las primeras noticias bibliográficas respecto de esa carta, y se detiene en la enumeración de las traducciones que de ella se han hecho.

La sección II, en las mismas condiciones de la anterior, está dedicada á la segunda edición de Planck. La III lo está á la edición de Silber (*Eucharis Argentens*), y por modo análogo. Después se suceden las secciones acerca de la edición neerlandesa, de las ediciones parisienses ó de Guyot Marchant (la primera—sección v; la segunda—sección vi; y la tercera—sección vii); y de las ediciones de Basilea ó de Bergmann de Olpe (la primera—sección viii; y la tercera—sección ix).

No hay que olvidar que respecto á las ediciones españolas de la carta de 1493 hay en castellano un trabajo debido al Sr. Asensio y publicado en *La España Moderna*², que no sé si han uti-

¹ p. 67.

² Año III.—Tomo XXXIV.—Núm. de 15 Oct. 1891.

lizado ó no los académicos; pero algunas noticias en él consignadas completan el de Mr. HARRISSE, en lo que concierne á las ediciones hechas en España de que éste no ha creído deber ocuparse con especial detenimiento.

Sería muy prolijo ya mencionar aunque solo fuese de pasada los particulares, por otra parte relativamente secundarios, en que se fija todavía Mr. HARRISSE flagelando la incuria y la insuficiencia de los autores del que denomina baturrillo ó Cafarnáum académico. De sobra se ve que sin esforzarse demasiado no ha perdido ripio, como en el caso del Capitán Duro á quien echa en cara, entre otros pecados académicos, hasta el de identificar á «Violante Muñiz» con «Briolanja Muñiz», que para Mr. HARRISSE son cosas tan distintas cuanto que no vacila en asegurar que el primer nombre no es sino la «Briolanja» y «la bella reina Briolania» del *Amadis de Gaula*, por lo que el capitán Duro, á su juicio, «no tuvo más derecho de imprimir «Violante» que Mó-

nica ó Cunegunda.»¹ Y á renglón seguido le viene encima—como en otros lugares—una rociada al pobre colombista de la Academia!

A este académico de la Historia es al que trata con más seña, siguiéndole en turno el Ex-Ministro de Ultramar señor Fabié, que no parece en verdad tener muy buen acierto en asuntos americanos, sean políticos ó de pura bibliografía! Los otros miembros de la Junta no salen particularmente mejor librados, que digamos; aunque Mr. Harris se hace algunas salvedades honoríficas respecto á cuatro de ellos.²

Bueno es sin embargo conocer la última división de su libro; porque allí resume su opinión y establece una distinción importante entre los académicos y el pueblo español, que, en el fondo, no puede ser otra cosa que un paliativo inspirado por la cortesía y el respeto á la nación, ya que, como quiera que se mire, hay estrecha solidaridad entre la una y los otros, y á cada cual

¹ ps. 19 y 20.

² ps. 2 y 3.

le toca necesariamente su tanto de culpa.

Y lo mejor, en mi entender, será que reproduzca aquel juicio definitivo y las demás consideraciones finales que á propósito de él ha creído conveniente hacer Mr. HARRISSE, para lo cual copiaré sus mismas palabras:—«Ha sido á »vuela pluma y sin malicia como hemos »notado tan gran número de faltas y de »yerros imperdonables. Pero un crítico »propenso á estender el campo de »sus observaciones descubriría aún, casi »en cada página, errores variados y graves negligencias. No recordamos ningún trabajo bibliográfico en que se hayan acumulado á ese punto los defectos »de toda especie. Incuria semejante no »tiene excusa, pues los elementos de »crítica están al alcance de todos y no »podría mencionarse un solo libro omitido ó mal descrito en la bibliografía »de la Academia de la Historia, que no »se encuentre citado exactamente en más »de una colección de fácil acceso. Hay »más todavía. Esas fuentes de información están mencionadas por los académicos mismos y, con un poco de ini-

»ciativa ó de inteligencia en las investi-
»gaciones, habrían probablemente evi-
»tado esa balumba de errores y de
»equivocaciones risibles que hacen de
»su *Bibliografía Colombina* una obra
»única en su género é inolvidable. Mas
»preciso es querer y saber buscar. Es
»menester sobre todo no aferrarse á la
»idea de que se posee la ciencia infusa.
»Esa manera de hipnotisarse es el lado
»débil, ó el fuerte, de los sabios españo-
»les. De este modo, no admiten ningu-
»na contradicción. Los que son miem-
»bros de academias, en particular, mues-
»tran una susceptibilidad rara. Parecen
»haber llegado al extremo de confun-
»dirse con el glorioso pasado literario
»de España, á identificarse con sus cé-
»lebridades legítimas y á pretender la
»misma consideración. Un poco más,
»y burlarse del capitán Duro ó reír de
»la modestia del Sr. Fabié sería faltar
»al respeto á Cervantes y á Lope de Ve-
»ga!—Los académicos madrileños ex-
»tienden esta especie de inmunidad á
»los escritores que cubren con su égida,
»y ay! del crítico bastante audaz que

»contradiga! A este propósito nos viene á la memoria un hecho reciente que revela ese estado moral y esas singulares ilusiones.—Un sabio extranjero que de literatura española sabe mucho más en su dedo meñique que todos los letrados del reino de Castilla juntos, publicó una revista bastante animada de los libros y discursos que se hicieron en la Península de no recordamos ya qué centenario, y con particularidad por un laureado de la Academia de la Historia. Fué viva y profunda la emoción en el cenáculo cuando supieron que el autor de las críticas era un miembro correspondiente de la impecable compañía. Había puesto una mano sacrílega en la obra coronada y aun tenido la audacia de emitir una opinión que no era la de los académicos. Tanto atrevimiento ameritaba una seria reprehensión y la Academia, por la voz de su secretario, en un informe oficial, le propinó una zurra al malhadado aristarco. Este, con una dignidad que le honra, se apresuró en enviar su dimisión, motivándola en el hecho de

»que no por aceptar el título, más ó me-
»nos honorífico, de correspondiente, se
»había comprometido en manera algu-
»na á encontrar bueno cuanto pudieran
»escribir los académicos ó sus protegi-
»dos.—Parécenos oír á la sapiente é iras-
»cible corporación responderle en coro,
»como en Freischutz:

»*Creías pues que fuese este un don gratuito?*»

»Malas lenguas pretenden que solo á
»partir de ese día háse comenzado á
»comprender el por qué la Real Acade-
»mia de la Historia se ha permitido el
»lujo de una lista de miembros corres-
»pondientes de tan asombrosa magni-
»tud.—Esta elevada opinión de sí mis-
»mo no parece lo bastante. Una frase
»del Sr. Fabié induciría á creer que res-
»ponder á los ataques académicos, gra-
»tuitos, impertinentes, ridículos, dicta-
»dos por la suficiencia y la envidia; se-
»ñalar la carencia absoluta de sentido
»crítico y el escaso mérito de sus traba-
»jos; lamentarse del papel insignificante
»ó pueril que desempeñan en la evolu-
»ción de las letras y de las ciencias;
»combatir el sentimiento estrecho, atra-

»sado, que los mueve,—es odiar al
»pueblo español todo, así presente como
»pasado.»¹

A esas injustas apreciaciones y exhorbitante pretensión contesta Mr. HARRISSE con algunas observaciones dignas de ser transcritas, y son las que siguen:—«Pregúntase uno qué especie de relación existe entre las críticas justas dirigidas á determinada categoría de sábios, y la idea que el historiador ha ya podido formarse de una nación. Es nuestro parecer que ningún pueblo posee mayores virtudes, más patriotismo, ni tiene más dignidad de carácter que los Españoles. Hacer responsable á la raza de las pretensiones y de la mediocridad de los académicos sería suprema injusticia. No permita Dios que la cometamos nunca! Pero se engañan

¹ La frase del Sr. Fabié, que Mr. HARRISSE transcribe en la nota de la pág. 139, es como sigue: «La pasión que contra los españoles le domina, lo mismo contra los antiguos que contra los modernos». (*Boletín de la Academia Real de la Historia*; Núm. de Junio 1893, pág. 484). El concepto, por lo demás, es tan arbitrario cuanto que Mr. HARRISSE nunca ha negado los méritos de algunos españoles que se dedicaron al estudio de las cosas de América, y de ellos se ha expresado con respeto y aplauso; como, por ejemplo, NAVARRETE, MUÑOZ, y el bibliotecario de la Colombina.

» aquellos que quieren hacer al país so-
» lidario de sus flaquezas y jactancia. La
» campaña organizada cuando la cele-
» bración del cuarto centenario para dis-
» famar á Colón y empequeñecer sus
» servicios no tuvo éxito fuera de Ma-
» drid. A la vista tenemos una carta es-
» crita por uno de los primeros preladados
» de España, desde su diócesis, al autor
» del opúsculo *Cristobal Colón ante la*
» *Historia*, en que se defiende la memo-
» ria del ilustre Genovés contra injustifi-
» cables ataques: «Habeis prestado un
» gran servisio á la historia y á la ver-
» dad flagelando á sus detractores; pero
» no confundais al pueblo español con
» los académicos. En España todos ama-
» mos á Colón, y el pueblo que está en
» desacuerdo con el elemento oficial vale
» más que algunas corporaciones....» Y
Mr. HARRISSE agrega: «Así lo hemos creí-
do siempre.»¹ Aunque el caso, digo yo
ahora, no es el mismo. Del pueblo, de
la nación salen, así el elemento oficial
como los académicos, y el hecho es que
quizás sea España el país donde menos

¹ Págs. 137 á 141.

honra ha alcanzado en ningún tiempo la memoria de Colón, donde menos interés ha despertado hasta hace muy poco, donde han resonado en cambio las más frías difamaciones al cabo de cuatro siglos en que tamaña injusticia y tan negra ingratitud corren parejas con la decadencia general y con la pérdida del mundo inmenso que el genio de aquel hombre extraordinario ofrendó sin sospecharlo á la incapacidad y á la impotencia de los herederos de sus auxiliares eventuales. El libro todo de Harri-
risse, así como otras desquisiciones suyas, muestra la pobreza mental de esos arruinados herederos de la antigua relativa gloria, que sólo viven ahora de los despojos de Navarrete y de Muñoz, sin alcanzar á emularlos en su severa sabiduría, y del esfuerzo desinteresado del extranjero. Las leyes que aquí nos mandan á chorro continuo, evidencian á cada paso la ignorancia supina y pretenciosa de los dueños de Cuba, desheredados del vasto continente descubierto por Colón, á virtud de la ley de la historia que exige la armonía del

trabajo inteligente y de la justicia
previsora para merecer la dirección de
los pueblos, el cariño de los hombres y
el respeto de las naciones.





CRONICAS

DE DON MIGUEL E. PARDO

ACABO de recibir de París un libro muy extraño, muy interesante, y muy simpático,¹ sobre el cual sería embarazoso emitir un juicio fundado en el análisis, decir de él cualquier cosa que no sea un elogio sincero, cualquier cosa que no sea decir eso,—que es muy simpático, muy interesante, y muy extraño. Para mí es tanto más grato, cuanto que su distinguido autor me remitió un ejemplar que traía una dedicatoria benevolentísima y venia acompañado de una carta modesta y afectuo-

¹ *Al Trote*—Siluetas, Cróquis, Rasgos—Artículos Literarios y Descripciones instantáneas de París y Madrid, con un prólogo de Luis Bonafoux.—París.—Librería de Garnier Hermanos. 1894.

sa, la que, por este medio, le contesto solo para darle las gracias junto con mi enhorabuena, siquiera siendo mía tenga poco valor.

El autor, Sr. Miguel Eduardo Pardo, es venezolano, y ha merecido el alto honor de representar hace algunos años á su país en la Habana. Hoy viaja, y como dice su prologuista anda continuamente de prisa, bien que esto no le impida (apesar de vivir «esclavizado á » la dura tarea del periodismo, y al tra- » queteo, no menos duro, de los trenes») repicar y estar en la procesión, esto es, encontrarse en todas partes, desde Caracas hasta Madrid, visitando ciudades intermedias, y escribir crónicas para periódicos de Sud América y hacer libros tan amenos y de tan fácil lectura como este, que me leí de un tirón; y con ello dicho se está que acabo de hacer de él el mejor elogio.

Nada más acertado que su título; por que es una colección de artículos y de «descripciones instantáneas» relativas á cosas y personas de París y de Madrid —ó «siluetas, cróquis, rasgos»—trazados

al trote, continuamente *¡en route!*—como lo asegura el Sr. Bonafoux, y como se nota desde que se hojea el tomito, en que se descubre á primera vista demasiado desórden, un como *coq-á-l'ane*, violento y nerviosísimo. Lo sorprendente es que quien en concepto de sus amigos «es un espíritu inquieto», como ya deja percibirlo su libro, sea hombre de trabajo sério, capaz de aplicación constante. Las obras que prepara lo probarán ó nó mejor de lo que yo pudiera anticiparlo. Lo que sí salta á la vista es su talento brillante y su imaginación fogosa y ardiente. Cuanto él refiere no se *ve* precisamente; pero se *siente* al través de su propia emoción comunicativa. Escribe con desenfado, quizás sin absoluta corrección, cometiendo de vez en cuando algún pecadillo de *americanismo* sintáxico, de *provincialismo* venezolano (como, por ejemplo, cuando dice, p. 37: «porque es en todos los idiomas *que* se oye...), alguna inexactitud (p. 14: «mirar *abotargado*»), algún galicismo que no sé que se haya asimilado ya legítimamente nuestro

idioma («Aquí está el París *ancho*, pujante», &c.,—p. 29), algún descuido (*bajos* relieves—p. 21 y *virulento* por virulento—p. 22), deficiencias disimulables en quien advierte que produce de prisa, *al trote*, «todo atropellado por concluir » en horas, ó mejor, en minutos, lo que » aun no ha tomado forma definitiva en » su cerebro» (p. 35); pero—en cambio—transmite con un sello propio, con originalidad y viveza sus impresiones: ¿qué otra cosa vale más en el arte literario, ni es tampoco más difícil? Cuando pinta en dos rasgos á Vital Aza, ahí queda fijo ante los ojos. Cuando entra en la iglesia de *Nuestra Señora de París*, sentís encima la mole prodigiosamente trabajada de piedra, y al salir de aquellas naves sombrías, con el recuerdo vivo y agitante de la novela de Victor Hugo, vereis á Pardo, «del otro lado del Canal», que vuelve la cabeza «para gozar interiormente» de inefable satisfacción largo tiempo ansiada, y contempla todavía, como si viviera siempre, al monstruoso Cuasimodo, en el acto de repicar furiosamente, «arrancando á sus

» campanas aquellos atronadores sonidos que eran el consuelo de sus grandes desesperaciones de condenado y de poeta». Y en el Louvre le vereis vacilar, sintiendo doblársele las rodillas ante la Venus triunfante, dispuesto á permanecer «en perpetua adoración», ó abstraído, «frente á esa piedra hecha humanidad»

Pero donde muestra Pardo sus mejores dotes descriptivas es en sus perfiles de la chula, y sus bocetos de las fiestas españolas. *La romería de San Isidro*, *Luisa Campos y el baile sevillano*, y *Sevillanas*, son notabilísimos artículos en que se vive entre gente peculiar, en la alegría meridional de España, oyendo *cantes* flamencos, entonados entre cañas de manzanilla, mujeres admirables envueltas graciosamente en mantas de flecos, taconeando con pies diminutos y electrizados, retorciendo la cintura de sierpe, coreadas por las zuelas de los zapatos del concurso masculino, feliz y transportado de deleite, al puntear incesante de las guitarras y bajo la cascada ruidosa de incansables castañuelas.

Y quien sabe con tanta verdad de colorido y animación tan intensa, comunicar las palpitaciones de la carne, no es sin embargo ageno á la vaga y nostálgica idealidad, ni á la más tierna y dulce melancolía. *Manolín* es un artículo admirable por su serena tristeza. *Día de nieve* es un cuadro en que se vive y se muere en pocos párrafos. Ella, la mujer enamorada, se parece á muchas cosas de la vida, que cerca de nosotros pueden dejarnos fríos, pero que cuando se alejan, nos acercamos al balcón «para verlas, al través de los cristales, caminar á saltitos sobre la nieve», mientras nos quedamos tristes y solos!

Basta con lo apuntado para persuadir que si el Sr. Pardo anduviera menos de prisa, las obras que escribiese habrían de ser muy notables, al menos por su aspecto literario, pasional é imaginativo. Por mi parte deseo que viaje menos, aun cuando así se aburriera de lo lindo, con tal de leer á cada rato siquiera crónicas tan agradables, tan espirituales y tan simpáticamente extrañas como las que acaba de coleccio-

nar; bien que despacio ó *al trote* su pluma chispeante no traza jamás en el papel que acribilla «de tachas y guiones arbitrarios», ningún *rasgo* que sea vulgar; sino, cuando menos, arabescos caprichosos y elegantes.

Por lo demás, puedo repetir algunas palabras del prologuista, como resúmen de mis impresiones:—«Me gusta su manera de hacer. Es breve, sintético, vibrante, con atrevimientos deliciosos».





PROBLEMAS DE PATOLOGÍA Y DE POLÍTICA

LA FIEBRE AMARILLA CONSIDERADA COMO ENFERMEDAD DE LA INFANCIA EN LOS FOCOS ANTILLANOS, por el Dr. D. Juan Guiteras.—Trabajo presentado al Centro Médico Farmacéutico de Matanzas en 1^o de Mayo de 1894. (Publicado en la «Crónica Médico Quirúrgico»).—Habana.—1894.—1 foll. de 11 págs.

INVITADO por el Centro Médico Farmacéutico de Matanzas para que leyese algún trabajo original sobre Patología, el Dr. D. Juan Guiteras, aprovechando los datos por él recogidos durante varios años de investigaciones acerca de la fiebre amarilla, preparó una disquisición muy interesante y de verdadera trascendencia científica, en que difiere radicalmente de opiniones hasta el pre-

sente adoptadas por la generalidad de los médicos de esta isla, y que ya han desechado casi todos los del extranjero. Sostiene el Dr. Guiteras, contra la creencia vulgar, que el criollo no goza de inmunidad respecto de la fiebre amarilla; y que si lo parece y así ha podido creerse, se debe únicamente á haber sufrido los adultos un ataque previo del mal, que los protege para lo sucesivo; pero que los niños son constantemente los más amenazados al punto que «la fiebre amarilla es una de las enfermedades propias de la infancia en los focos de endemicidad», hasta que «constituye la nota dominante de la patología infantil de la raza blanca» en las regiones tropicales (p. 4), y que si otra cosa han pensado los médicos en Cuba se ha debido á «un error de diagnóstico», error que «no es más que un resto de la primera idea que hacía de la fiebre amarilla una afección climatológica, y que inventó para ciertas formas de ella el malhadado nombre de fiebre de aclimatación.»

La tesis del Dr. Guiteras se funda

exclusivamente en la estadística, en la observación de que «la mortalidad de «los niños blancos aumenta extraordinariamente durante las epidemias de «fiebre amarilla». Por otra parte, el Dr. Guiteras asegura que «este incremento de la mortalidad aparecerá en «las estadísticas mortuorias bajo el diagnóstico de fiebre amarilla si la epidemia ocurre donde se haya admitido «que el niño es susceptible á la infección amarilla»; pero que «si ocurre la «epidemia en lugar donde no quiere «admitirse que el vómito ataca á los «niños, entonces es sumamente interesante buscar bajo qué diagnóstico se «ha distribuido el incremento de la «mortalidad» (p. 4).

El Dr. Guiteras infirió sus conclusiones de datos estadísticos relativos á Cayo-Hueso durante catorce años, á varios lugares de los Estados meridionales de la Unión, y á la ciudad de Matanzas desde 1885 á 1890.

Por lo común ha observado el doctor Guiteras que en los años de fiebre amarilla, mientras la mortalidad en los ni-

ños de color y en los adultos blancos por causa del paludismo no aumenta de un modo notable con relación á los años en que no aparece la epidemia, es sin embargo exagerada la cifra de la mortalidad en los niños blancos y que esa anomalía se advierte en Cayo Hueso y en Matanzas, donde se cree que los niños gozan de inmunidad respecto á la fiebre amarilla, y no así en los Estados americanos del Sur, donde se piensa lo contrario. Es decir, que cuando aparece la fiebre amarilla en los primeros lugares señalados, la estadística designa mayor número de niños blancos muertos de paludismo, relativamente á los períodos en que no hubo epidemia de vómito, y no obstante apenas si sufre alteración la cifra de mortalidad comparativa, en ambas época, entre los niños de color y los adultos blancos, por la misma causa morbosa.

Aplica el Dr. Guiteras á las observaciones que recogió en Matanzas, las mismas conclusiones á que hubo de llegar estudiando la mortalidad de Cayo Hueso, y que aparecieron en el

informe del *Marine Hospital Service*, las cuales son como siguen:—«que no «debe considerarse como una excepción «la fiebre amarilla en los niños nacidos «en los focos endémicos; sino que, al «contrario, hay que admitir en el niño «blanco criollo una natural predisposición á la enfermedad;»—que el niño «blanco criollo «es quien sostiene la endemidad del foco, en cuanto necesita «para su sostenimiento de la presencia «del hombre;—que «las excepciones, «las anomalías en la historia natural «de la enfermedad son, realmente, la «emigración de ella á suelo extraño y «la inmigración del elemento extranjero en el nativo suelo;—que los recién «llegados, inmigrantes ó nacidos, son «los atacados;—que para los naturales «es este un proceso de evolución, y para los extranjeros es una revolución «mortífera,»—y por último que «el carácter endémico depende esencialmente de la población infantil nativa» (pág. 5).

Si no son absolutamente paradójicas las deducciones del distinguido médico

matancero, fácilmente se prestan á la contradicción, y de cualquier modo remueven capitales y todavía obscurísimos problemas. Ello es que con exclusión de la última que se consigna en el párrafo anterior, han sido adoptadas aquellas conclusiones por la comisión facultativa que designó al Centro Médico Farmacéutico á fin de informarle acerca del curioso y notable trabajo.

En el brillante examen de aquella comisión, que redactaron los Doctores D. Domingo L. Mádan y D. Vicente A. Tomás y publica en su número de Agosto la *Crónica Médico-Quirúrgica* de la Habana, se asientan ó se proponen algunas especies que entrañan cuestiones fundamentales que no están resueltas todavía.

«¿No debe considerarse al niño de pocos años como un recién-llegado que tiene que sufrir las influencias patológicas del medio en que ha nacido?»—se pregunta la Comisión; y como el doctor Guiteras habla á su vez de *predisposición*, término tan vago como ese otro

de *recién-llegado*, pudieran hacerse con oportunidad algunos reparos.

El niño criollo blanco viene al mundo de padres criollos, hijos de criollos, á su turno, ó nó; ó de padre ó madre criollo, hijo ó hija de criollo; ó de padres extranjeros; ó de padres isleños; ó de padres peninsulares; ó de padres mestizos. ¿Son estas circunstancias en sí mismas muy desatendibles? Y los casos clínicos ¿no varían por fuerza según cada una de esas circunstancias y de sus modificaciones? ¿Sábese que haya en cada una de éstas la misma *predisposición* patológica? ¿No existirán, en cambio, numerosos casos sin *predisposición* ninguna, verdaderos tipos de inmunidad?

Por otro lado ¿por qué es *recien-llegado* un niño de *pocos años*? ¿Desde cuando y hasta cuando es un *recien-llegado*? ¿No vienen, no pueden venir al mundo *aconicionados* los hijos de padres criollos al medio en que fueron engendrados y donde nacen, gozando desde luego de las ventajas ó condiciones de sus genitores; favorablemente *predipuestos*,

en consecuencia, al mundo en que han de vivir?

Y en el supuesto de que así no fuese precisamente, si el nuevo ser es de *pocos años* ¿cómo puede considerársele como un *recien-llegado*, ni cómo en algunos años, siquiera sean *pocos*, sobre todo si se tiene en cuenta la prodigiosa plasticidad de la infancia, no se habría adaptado al medio ambiente y telúrico?

En contraste, el extranjero procedente de climas más bajos se diferencia de los naturales, por la riqueza de su sangre. El vómito reviste en él formas *típicas*, características, lo que no sucede con éstos; y de aquí acaso esa diversidad de diagnósticos en los casos de fiebre en que se supone la acción del vómito atenuado ó grave. El propio doctor Guiteras muestra tener presentes las diferencias de localidad, y con razón; porque los órganos del hombre no funcionan del mismo modo en todos los niveles del suelo, en todas las latitudes geográficas ó corográficas, en todas las zonas del planeta, en todas las épocas de la vida humana.

Me atrevo á pensar, pues, que no basta la afirmación basada únicamente en la estadística, de que los grupos de niños fallecidos en lugares donde reina la fiebre amarilla y que los médicos encierran bajo rubros diferentes, acusan probablemente errores de diagnóstico. La estadística, por regla general, ó dice muy poco, ó pudiera decir demasiado. Apoyándose en ella sería fácil mantener una tesis de igual manera que la contraria. En el caso de la que sustenta el Dr. Guiteras y adopta en casi todas sus conclusiones la ponencia del Centro Médico Farmacéutico de Matanzas, la Estadística permite la sospecha de que hubiera podido haber errores de diagnóstico, y de que no gocen de inmunidad los niños de raza blanca; pero esto no pasaría de meras conjeturas, más ó menos racionales y legítimas; serviría ciertamente de hipótesis previa para llegar á nuevos datos que permitieran inferencias más decisivas hasta la resolución definitiva del problema que hasta ahora ni aún podría afirmarse que esté cabalmente planteado.

Hubiera sido muy eficaz, á más de que se imponía como necesario, el examen clínico de los casos de mortalidad infantil clasificados en períodos de fiebre amarilla como enfermedades diversas. Mientras eso no se efectúe el problema quedará irresuelto y tan dudoso y obscuro como antes. Mas ¿cómo se confirmaría en cada niño enfermo, la realidad de un caso de vómito? ¿Cómo se sabe inconcusamente la inmunidad de los niños de color? ¿Por qué esa diversidad en la diátesis respectiva? ¿Está tampoco reconocida positivamente esa diversidad?

A lo que parece se irá muy despacio todavía en la confirmación ó confutación de la tesis del Dr. Guiteras, y es muy probable que deba esperarse mejores progresos del auxilio del microscópio y de la patología comparativa, que de las cifras estadísticas que en estos asuntos como en todos los otros jamás descubrirán las causas, ni las condiciones de los fenómenos de que son la expresión numérica, es decir, la menos significativa por sí misma.

De la proposición de que el negro es refractario á la fiebre amarilla saca el Dr. Guiteras algunas consecuencias muy interesantes para los cubanos, relacionando el problema patológico con el político y social de la preponderancia étnica, y que la Comisión matancera no tuvo presentes al redactar su informe. «*Consternarse* también debiera—dice el competente médico cubano—todo el que mira por el porvenir de nuestra patria,» pues que, á su juicio, para obtener el ascendiente y hegemonía de la raza blanca en las Antillas, «es preciso resolver el problema de la fiebre amarilla». Negar su existencia en los naturales — añade, — es quitarle más de la mitad de su importancia» á aquel magno problema de etnología y de ciencia y realidad política.

El Dr. Guiteras piensa «que tanto derecho tiene la raza negra de hijos del país á predominar en él como la blanca»; pero reconoce que á ello se opone una preocupación social que califica de «injusta», bien que conviene seguidamente (cayendo en una si es no es con-

tradicción) en *el hecho* de que «hoy por hoy está mucho mejor preparada la raza blanca que la negra para ejercer ese predominio» (ps. 10 y 11).

Lo grave—en sentir del Dr. Guiteras—es que esa mejor condición del blanco sobre el negro en Cuba, parece ser solamente en lo moral y en lo intelectual; pero nó en lo físico. Cree él, por lo contrario, que «el negro se adapta perfectamente al clima de la Isla»; que «la gran endemia del país no pesa sobre él», y que «si no fuera por la inmigración constante de jóvenes sanos «y robustos de la raza blanca, *la preponderancia numérica de la raza de color se impondría*» (p. 11).

Como algunos cuadros demográficos, que seguramente llegarían á sus manos, legitiman inferencias contrarias, el doctor Guiteras advierte que «cuando se «comparan la mortalidad del blanco y «la del negro en la Isla de Cuba, hay «que tener en cuenta dos cosas: Primera, que la raza blanca consta allí de «un número desproporcionadamente «crecido de hombres en la flor de la

«edad y que se reemplazan constantemente por la inmigración. Segunda, «que la raza de color representa, en su totalidad casi, la clase pobre que en todas partes paga mayor tributo á la muerte».

No obstante estas indicaciones, encuentra el Dr. Guiteras que, comparada con la de las ciudades americanas, «es muy pequeña» en Cuba «la diferencia de la mortalidad entre las dos razas.» Según el cómputo que aduce para probarlo, tomando como ejemplo sólo el perímetro de Matanzas,—mientras en esta ciudad mueren el 31 por 1000 de blancos, para 37 por 1000 de negros,—en Washington las cifras respectivas son 19 por 1000 y 37 por 1000; —en Baltimore 22 y 36 respectivamente, y en New Orleans 25 y 36 por 1000.

Los elementos de comparación, como salta á la vista, son muy escasos, y á más de eso, las observaciones demográficas no se han extendido entre nosotros hasta ahora á toda la isla. De todos modos ese es un problema que tiene necesariamente que afectar á los demás de

carácter político, y que, desde luego, demuestra cómo la adopción de una doctrina, de un partido y de una bandera puede ser cosa fácil cuando se siguen los impulsos del sentimiento; pero cambia de aspecto si se buscan inspiraciones en los datos de la ciencia y en la observación desapasionada de la realidad.

Ello es que, por más que no se haya confesado, el negro ha sido el factor más importante de la vida y del destino de Cuba, y hoy todavía es, inconscientemente y sin culpa suya, la causa de su estado actual, así como en él habría que buscar la clave del porvenir de esta Antilla. Sin su presencia desde hace siglos, sin su numerosa muchedumbre, aparecería hoy la isla de muy diversa manera y en condiciones muy diferentes.

Esa ha sido la muestra más tierna de la fecunda y generosa beneficencia de España. Las consecuencias están al alcance de quien quiera fijarse: no somos ni españoles, ni mestizos, ni tampoco libres, ni menos independientes, de un modo franco, cabal y completo.

Somos algo peor, por desgracia, pues que somos todo eso á la vez, en dósis diferentes—una mezclanza, un batiborrillo humano;—una población híbrida y babilónica, retorta colosal manejada por soldados españoles, para extraer incessantemente de tanta miseria y amargura un chorro continuo de miel que al caer en las cajas del fisco se convierte en oro acuñado!





UNA OPINION EN CONTRA
DE PLÁCIDO.

NOTAS CRÍTICAS

EN el número de Julio de la *Revista Cubana* inserta el laborioso estacionario de la Biblioteca Pública de la Real Sociedad Económica, y mi amigo muy estimado, Sr. D. José de J. Márquez, un artículo sobre *Plácido y los Conspiradores de 1814* que, acaso por la precipitación con que ha sido escrito, se presta á muchas y muy graves objeciones. Si tuviera tiempo y espacio suficientes, las que se me han ocurrido

mientras lo leía, á ser presentadas en toda forma, abultarían como un libro; pero necesariamente tengo que ceñirme á ofrecer al activo investigador algunas indicaciones al correr de la pluma.

La más importante desde luego es que el Sr. Márquez ofrece una cosa de sumo interés y de grandísima importancia, y no la cumple. Conociendo la paciente diligencia del Sr. Márquez y algunos esfuerzos suyos anteriores por reunir nuevos datos y descubrir documentos inéditos referentes á sucesos trascendentales de nuestra historia política, cuando leí el título de su actual trabajo en el Sumario de la *Revista Cubana* me holgué con la esperanza de que el Sr. Márquez hubiera hecho algún hallazgo en los archivos y derramase viva luz sobre algun aspecto, siquiera, del obscuro episodio; pero así que repasé las pocas páginas que ha dedicado á su revisión, comprendí que me había equivocado. El Sr. Márquez no ha suministrado un sólo dato más respeto á los conocidos hasta ahora, y en cambio revive sin probanza ninguna la tesis es-

clavista sobre la conspiración, tan en absoluto como la sostenía Ferrer de Couto, por ejemplo.

Mi chasco fué todavía mayor, y para mí más desagradable, en lo que ofrecía y no cumplió el colaborador de la *Revista Cubana*. El Sr. Márquez aseguró categóricamente que Plácido había sido enemigo de los blancos y que había conspirado contra ellos,—mas, forzoso es reconocer que no ha aducido, sin embargo, prueba de ninguna especie. Creyendo yo también que si Plácido no fué precisamente enemigo feroz de los blancos, siquiera porque entiendo que no fué tampoco amigo sincero y mucho menos apasionado de nadie, urdió planes, ó cuando menos procuró urdir planes de conspiración y rebeldía, ó asociarse á los que los urdían, aún asociarse á grupos desímiles y tal vez antagónicos en su composición y sus mirás respectivas,—me prometía, apenas empecé á leer el trabajo del Sr. Márquez, tropezar con argumentos y noticias que confirmasen mi opinión, y no habiéndolos encontrado, la pena ha tenido na-

turalmente que ser tan grande como la sorpresa.

He aquí las palabras del Sr. Márquez:

«La verdad *histórica* debe decirse, pesese á quien pese.—Por eso, *ante los hechos, aseguramos, como lo demostraremos en el curso de este trabajo, que Plácido, así como sus compañeros, no fué un conspirador político, sino un enemigo de la raza blanca. No conspiraba para la independencia de su país, conspiraba para la independencia de su raza.*» ¹

La afirmación, según se vé, no puede ser más terminante. El Sr. Márquez, como quien preparase sus pruebas, empieza su razonamiento con otras dos afirmaciones que no demuestra.

Primera.—«*Las cuestiones de Haití y Santo Domingo preocupaban á la raza de color de Cuba.*» El lector se preguntará con razón, aunque en vano—¿qué *cuestiones* eran esas? Después de averiguadas, todavía quedaría el derecho de inquirir cómo se sabe que *preocupaban* á la gente de color de Cuba.

1 Pág. 36.

Segunda.—«En esa época *circulaban con profusión las noticias* de Haití y Santo Domingo, y ellas *alentaban* á la raza negra á la conspiración».... El Sr. Márquez no indica la naturaleza de esas noticias, no muestra cómo y de qué modo podían circular profusamente en Cuba el año 1843. y por consecuencia cómo tenían que *alentar* á los negros conspiradores.

Y aquí es donde el Sr. Márquez por la primera vez se refiere á Plácido; aunque en una alusión muy vaga, algo confusa también y en que parece que hay por añadidura una errata grave:

«*Nótese* ¹ entre los conspiradores singularidades incomprensibles, pues no faltaban *adoradores de la reina Isabel*, «y sin embargo trabajaban por separarse del dominio de España.»

En la página 40 parece que llega el momento de cumplir su ofrecimiento respecto á Plácido; pero las pruebas prometidas se reducen á unas cuantas frases vagas é insignificantes:

«El nombre de Plácido, como poeta,

¹ No debe ser *Nótese*, sino *nótase*, ó *notbse*.

circulaba por todas partes, y *no faltaron quienes desconfiasen de su fidelidad al blanco*»....

Y después de referirse con mucha obscuridad á los sonetos *Fatalidad* y el *Juramento*,—repite la misma especie anterior, en otra forma:—

«Al finalizar el año de 1843 circularon noticias alarmantes de sublevación «por los alrededores de Matanzas, y *no faltó quien señalase á Plácido como uno de los gefes*»....

Como no me he propuesto impugnar al Sr. Márquez, sino poner en claro que no aduce pruebas en demostración de asertos demasiado concluyentes por lo mismo, no me detengo en desmenuzar esa cláusula en que no hay una pizca siquiera de verdad histórica, y me conformo con asentar que en ninguna parte y por ningún dato conocido aparece que al finalizar el año de 1843 se hubiera señalado ya á Plácido como uno de los gefes de la conspiración. Eso sólo ocurrió, conforme á lo que se sabe, en Enero del año siguiente.

Al referirse á éste, y á la conspiración

que se creyó con alguna razón descubierta, vuelve el Sr. Márquez á emplear el mismo procedimiento:—

«Las declaraciones de los cómplices aumentaron la alarma en las poblaciones de la Isla, dando lugar á un crecido número de prisiones, contándose entre éstas la de Plácido en Matanzas en el mes de Febrero, asegurándose haberse encontrado en su poder *documentos importantes y una bandera distinta á la nacional.*» ¹

Y, en fin, al volver la página se lee:

«Descubierto el plán de la conspiración y reducidos á prisión los principales cabecillas, *no faltó quien denunciase á Plácido como el primer instigador.*»

Tódo esto resulta redundante, desordenado y baladí. Y lo peor es que todo esto es en parte muy vano, y en parte muy inexacto también. La Comisión Militar jamás encontró en poder de Plácido, ni en poder de ninguno de los encausados, un solo documento importante, y muchísimo menos la bande que se dice.

¹ Pág. 45.

El Sr. Márquez, que afirma resueltamente la culpabilidad de Plácido y se había propuesto probarla, escribe estas frases curiosas: «Seguíanse los acontecimientos de unos en otros al extremo que *no daban tregua al descanso*» [y que, entre paréntesis, he leído—bien que más correctamente hecha—en una correspondencia anónima, de donde la tomó él sin duda,] y consigna, pero sin explicación, sin comentario, sin reparo ninguno, otra frase que implica la negación rotunda de su tesis:

«*Cuando MAS SE CREÍA en la IMPOSIBILIDAD de que fuese ejecutado Plácido, considerado por unos como inocente, aparece La Aurora de Matanzas con el siguiente Alcance*»..... é inserta á continuación la noticia que se dió al público por medio de aquella hoja, de haber entrado en capilla Plácido y diez compañeros más, el día 27 de Junio de 1844.

¿Por qué consideraron *unos* como *inocente* á Plácido? ¿Quienes fueron esos *unos*? ¿A virtud de qué motivos, y aún no siendo más que *unos* los que le tenían por inocente, *se creía*, sin embar-

go, en la imposibilidad de que fuese ejecutado Plácido? El Sr. Márquez no se ha detenido en el exámen de estos particulares, y en lo sucesivo no vuelve á decir ni una palabra sola acerca de Plácido. Su tésis resulta, pues, una afirmación gratuita. Y no quiero yo decir que en sí misma lo sea aquella afirmación. Muy lejos de eso. Creo, por lo contrario, que en ella hay mucho de verdad. Solamente he querido significar que, hecha por el Sr. Márquez, y habiendo ofrecido éste demostrar su exactitud, ha quedado destituida de pruebas; todavía más claro: que el señor Márquez no ha aducido una sola prueba, siquiera mínima, y que ni aun ha apuntado una congetura, por tímida que hubiera sido.

Y lo peor es que el Sr. Márquez, en punto de suyo arduo, embrollado y complicadísimo, se funda al consignar varias de sus opiniones, en correspondencias anónimas y en datos suministrados por la colección de un periódico que á la sazón se publicaba en Madrid, *El Observador de Ultramar*, cuando no ha

podido servir como fuente de información respecto á lo que realmente ocurría en esta isla.

Pero es más grave todavía que el señor Márquez se inspirase en las sentencias de la Comisión Militar, y aún que sin siquiera quilatarlas se hubiera tomado el trabajo de ir insertándolas en la *Revista Cubana*, cuando se imprimieron juntas todas, en un volumen que hoy mismo no es muy difícil encontrar.

La conspiración de 1844 es, del cristo á la zeta, materia de crítica histórica. Las sentencias del tribunal militar deben encerrar alguna porción de verdad; pero hay que extraerla y depurarla, porque el grano suele allí desaparecer entre la paja.

En momentos en que se propone la gente de color en esta ista isla levantarle á Plácido una estatua no sé por qué antes que iluminar el juicio y dirigir correctamente la opinión, aviva las pasiones cualquier tentativa en que aparezca ausente ó monospreciada la crítica.

Saber la verdad en absoluto con re-

lación á *Plácido y los Conspiradores de 1844* me parece á mi imposible; pero puede, sin que aquí, como en casi todos los hechos pasados, se toque jamás con el dedo la realidad desaparecida, adquirirse la persuasión de muchas cosas á virtud de las cuales, sin ejercitar severidad excesiva, toda conciencia serena reconocería que Plácido sólo merece, en cuanto cubano y en cuanto hombre, la conmiseración ó el olvido; pero ahí no se llegará nunca por los atajos que ha tomado y en que perdió el rumbo el Sr. Márquez; sino por medio de la crítica del tiempo aquel, de aquellos pobladores de Cuba y de aquel suceso, en cuanto puedan autorizarla los documentos que aún se conservan y en que se encuentran algunos granos de oro, bien que sepultados bajo un montón de escoria.



FRANCISCO SANCHEZ BETANCOURT

AL finalizar el mes de Agosto, bajó á la tumba en Puerto Príncipe, tras dilatada enfermedad, uno de los camagüeyanos más conspicuos y justamente populares y queridos, Francisco Sanchez Betancourt, hombre de la antigua cepa criolla, acomodado de posición social, bondadoso de carácter, firme de propósitos, sereno en las tribulaciones, tranquilo en el peligro, resignado en la desventura, siempre afable, hospitalario y viril.

Los que le conocimos durante la guerra, y le ofrendamos cariño y respeto, ora bajo su techo que á todos abrigaba con dulce calor y generosa simpatía. ora en tiempos más ásperos de la

lucha, nos asombrábamos de su resistencia extraordinaria á la fatiga, y temíamos por momentos que sucumbiera aquel ser endeble, minado por sordo é implacable decaecimiento, que parecía una víctima propiciatoria y, sin embargo, atravesó casi triunfante, indomable al menos, por la guerra tremenda; constantemente doblado, pero tenaz, como el junco que bajo recio vendabal se inclina, vacila y nunca cede hasta la muerte! Al fin, muchos años más tarde—dieciseis después de terminada la contienda,—se rindió al peso de la edad, de los males físicos y de los grandes desengaños.

Fué él de los que aceptaron la lucha muy á sus principios. Acaso sin fe y sin entusiasmo;—y no obstante, en medio del torbellino, con resolución estóica y amable, se situó con todos los suyos,—su esposa, que parecía y ha sido siempre la mujer admirable y buena, fúlgida y risueña como un astro del cielo, y sus hijos, infortunados pequeños que á su alrededor, formando un grupo heróico, hendían la tempes-

tad con sus risas angélicas y apenas si sabían que el rayo vibraba sin cesar sobre sus cabezas indefensas.

Pronto prestó utilísimos servicios aquel patriarca, apesar de sus achaques y cuidados domésticos. Desempeñó permanentemente el cargo de Director de Hacienda del Camagüey, y luego el voto de sus comprovincianos sublevados le hizo sentar junto con cuatro compañeros ilustres en la *Asamblea de Representantes del Centro*, cuyo primer acto de trascendencia fué el Decreto de Febrero de 1869, que declaró abolida la esclavitud en territorio camagüeyano.

Dos meses después Sanchez tomaba parte muy principal en la Constituyente de Guáimaro, ingresando inmediatamente de concluídas sus sesiones y proclamada la República, en la Cámara de Representantes como enviado y personero de su distrito central.

Allí estuvo hasta la hora sombría de la catástrofe, y en largo espacio de tiempo, desde que su familia cayó prisionera del enemigo, compartía aquellos días augustos y miserables, entre

sus faenas legislativas, en que tuvo ocasiones oportunas de ejercitar su carácter conciliador en beneficio de la causa revolucionaria,—y la vida dura, apretada y peligrosa de los campamentos, en que mostró ánimo impassible en frente de la miseria y en frente de la muerte.

Las balas del combate continuo pasaron por su lado silbando sin dañarle nunca; pero esta vez ha caído para siempre, en la paz de su casa, oyendo cerca de su lecho de agonizante los sollozos comprimidos de su familiares, el rumor de las bendiciones de su pueblo, y á lo lejos el confuso estremecimiento del trueno.... Quizás moriría pensando que la tempestad volvería á estallar... ah! pero entonces ya no sacudiría sus ondeantes cabellos negros, ya sus hijos que no habían muerto antes que él, eran hombres serios y podían ser el amparo de la compañera de su existencia contrastada, ahora envejecida también, pero siempre buena y bella como en los días románticos que desaparecían en aquella desventura final, á

modo de últimos destellos crepusculares.

A ella desde aquí, á todos ellos, les envío un tierno y dolorido recuerdo, que cuando evoco aquellos tiempos pasados, turbulentos pero grandes por la esperanza, y magníficos por la ilusión y la juventud,—El Ciego, San José de Guaicanámar... resuenan tristemente en mi corazón, como un eco de gloria y de triunfo, y siento que se me humedecen los ojos pensando que con ese muerto consagrado por el heroísmo, se hundan ó desvanecen muchas cosas deliciosamente melancólicas y amadas!



BIBLIOTECA NACIONAL

55

IMPRESOS RECIBIDOS

Libros:

- «Literaturas Malsanas». Estudios de Patología Literaria Contemporánea, por Pompeyo Gener.—Madrid.—1894.
- «Al Trote». Siluetas, Croquis, Rasgos, Artículos Literarios y Descripciones instantáneas de París y Madrid, por Miguel Eduardo Pardo.—París.—1894.

Folletos:

- «La Fiebre Amarilla considerada como enfermedad de la infancia en los Focos Antillanos», por el Dr. D. Juan Guiteras. (Publicado en la «Crónica Médico Quirúrgica»).—Habana.—1894.

Periódicos:

- «Revista Cubana».—Habana.
- «La Escuela Médica», id.
- «La Habana Elegante», id.
- «El Fígaro», id.
- »La Revista Blanca», id.

- «Revista Azul».—Barranquilla.
«La Pluma».—San Salvador.
«La Gaceta».—San José de Costa Rica.
«La Prensa Libre», id.
«La Crónica Liberal».—Cárdenas.
«La Unión Constitucional».—Habana.
«Las Avispas», id.
«Las Reformas», id.
«El Liberal», id.
«La Nueva Era», id.
«La Igualdad», id.
«La Patria».—Santiago de Cuba.
«El Triunfo», id.
«La Defensa», id.
«El Liberal».—Colón.
«El Renacimiento».—Cienfuegos.
«La Doctrina».—Holguín.
«El Oriente».—San Antonio de los Baños.
«La Alborada».—Pinar del Río.
«El Reformista».—Remedios.
«El Pensamiento».—Guanabacoa.
«La Primavera», id.
«La Luz».—Sagua.
«El Bejucaleño».—Bejucal.
«La Voz de la Razón».—Matanzas.



ERRATAS

- Pág. 360.—Líneas 11 y 12
donde dice: *tiersna*
léase: tierna
- Pág. 368.—Línea 14
donde dice: volverían á Londres
léase: volverían á Lourdes

A LOS SRES. SUSCRIPTORES Y AGENTES

Suplico á los señores suscriptores directos de este periódico que se sirvan saldar á la mayor brevedad posible sus atrasos, por medio de los cobradores habituales, y á los Sres. Agentes que estuvieren demorados en sus remesas, que procuren enviar cuanto antes el importe de las suscripciones vencidas, pues ésta Administración necesita con urgencia del concurso de su buena voluntad para hacer frente á sus obligaciones.

M. S.

No se admiten suscripciones por trimestres, ni semestres, sino únicamente mensuales.

HOJAS LITERARIAS

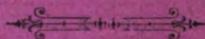
POR

MANUEL SANGUILY

Condiciones de subscripción y venta:

En la Habana, un mes...	50 centavos plata.
Interior de la Isla.....	60 " " "
España y Extranjero.....	60 " " "

Los pagos serán adelantados, ó al recibir cada número. Diríjase la correspondencia administrativa y periódicos, á San Ignacio 24, altos. (Plaza de la Catedral).



La correspondencia literaria y libros, al Sr. D. Manuel Sanguily, en la misma dirección anterior, ó á la «Playa de Marianao.»